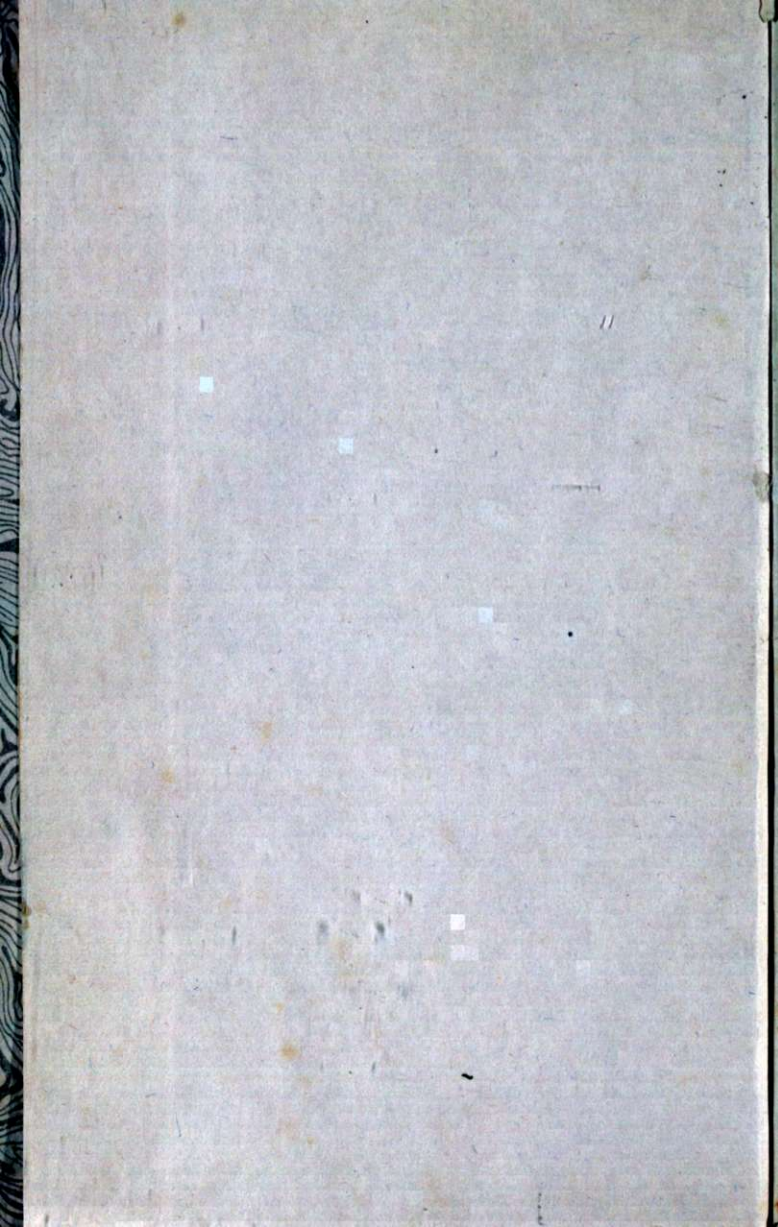










ANT

XIX

194



ANT
XIX
194

18 cms.

R-73.182

EDICION ECONÓMICA.



* LAS BARRICADAS DE CADIZ.

CRÓNICA DETALLADA

DE LOS ACONTECIMIENTOS OCURRIDOS

EN DICHA CIUDAD,

DESDE EL DIA 5 DE DICIEMBRE DE 1868,

por D. Luis Mejias y Escassy.

CADIZ.

—
IMPRENTA DE ARJONA,

Torre, núm. 27.

—
1869.

EDICION ECONOMICA

LAS BARRICADAS DE CADIZ.

EDICION DETALLADA

DE LOS ACONTECIMIENTOS OCURRIDOS

EN DICHA CIUDAD.

DESDE EL DIA 2 DE DICIEMBRE DE 1808.

por D. Juan Martin de Arce

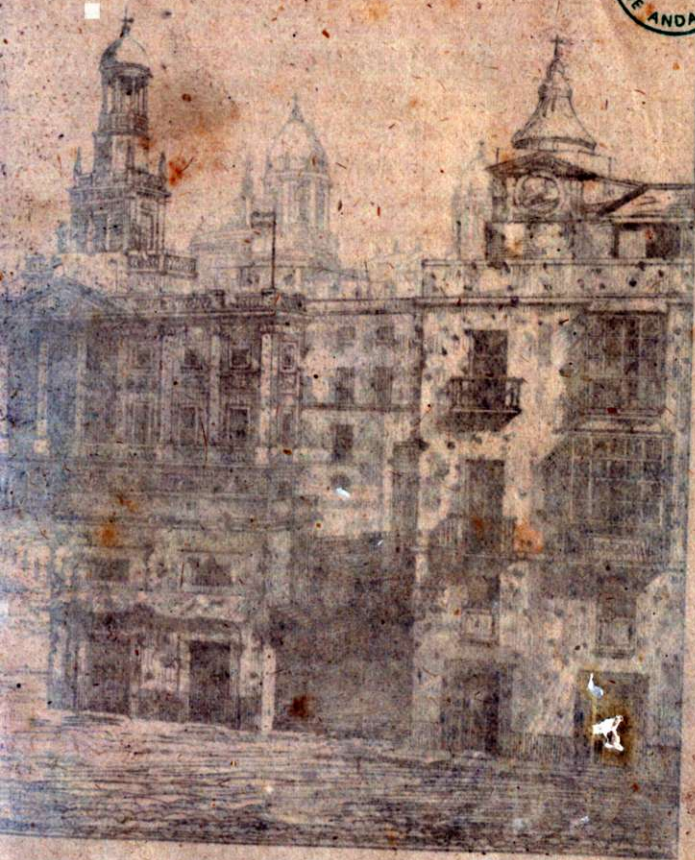
CADIZ.

IMPRESA DE ARJONA.

1809.







Plaza de San Juan de los Rios



Plaza de Sⁿ Juan de Dios después del Combate.

INTRODUCCION.

Escribimos aun bajo la impresion dolorosa de los tristes acontecimientos que van á servir de argumento á nuestra historia.

Aun fortifican nuestras calles las *barricadas*.

Aun resuena en nuestros oidos el silvido de los proyectiles lanzados por una mano torpe á un pueblo digno por su historia, por su cordura, por su civilizacion, por sus gloriosos timbres, de ser respetado por quien hoy sin razon le combate.

Aun oimos el *alerta* que la simpática voz del ciudadano honrado hace vibrar en los aires, para demostrar, no ya al pueblo de Cádiz, no ya á la nacion española, sino al mundo entero, que el pueblo libre, cuna tantas veces de las libertades pátrias, vela por su honra, por sus derechos, que cree arrebatados en un momento de irreflexion, en un momento de ofuscacion injustificada.

Aun humea la sangre inocente de tantas víctimas sacrificadas en una lucha fratricida y sanguinaria: sangre del hermano vertida por el hermano, del ciudadano por el ciudadano, del español por el español: sangre del inofensivo

pueblo que, horas antes yacia, en amigable consorcio con su ahora encarnizado enemigo, dedicado tranquilamente á sus habituales faenas, sin poder imaginarse que un momento despues habia de bañar las calles de la ciudad querida, donde abriera los ojos á la primera luz, sangre preciada del veterano soldado español, siempre heroico, siempre subordinado.

¡Cuánta sangre derramada para conquistar las libertades pátrias y nunca las libertades pátrias consolidadas!

¡Baldon eterno á los especuladores de nuestra política: política de medro personal: política de los hombres para los hombres: nunca de la idea para la idea!

¡Pobre España!

¡Desgraciada España!

No queremos sin embargo que la historia que vamos á escribir sea una historia política: vamos á consagrarnos á ser sucintos narradores de los acontecimientos que el pueblo de Cádiz comenzó á presenciar el dia 5 de Diciembre de 1868, y que á la hora en que trazamos estas mal combinadas líneas, no sabemos cuando terminarán: no sabemos cual será su conclusion.

Pero urge el relato de estos sucesos: los hechos se desfiguran despues; decimos mal, ya se vienen desfigurando, y es necesario que la verdad resplandezca, es necesario hacer la luz, pero hacerla con imparcialidad, sin pasiones,

sin exageraciones, sin saña: ser mas bien riguroso con el vencedor, é indulgente con el vencido.

No negaremos sin embargo nuestras simpatias hácia una de las partes beligerantes.

Nacimos del pueblo y amamos al pueblo; y como le amamos y de él nacimos, para él lo queremos todo.

Para el pueblo queremos la libertad, pero no la libertad enmascarada, sino la libertad verdad, la libertad razon, la libertad justicia. La libertad con orden.

Pensando así nacimos, pensando así vivimos, pensando así moriremos.

Pero aunque la causa que amamos, la causa que defendemos, la causa porque lucharemos siempre es la causa del pueblo, seremos imparciales al narrar los sucesos que nos ocupan, y no vacilará nuestra pluma si en su relato tiene que acusar alguna vez al pueblo, como no vacilará si tiene que encomiar á su enemigo el ejército; decimos mal, á su hermano el soldado.

Ha llegado el momento de la regeneracion de nuestra querida pátria y en el torbellino de las ideas que se desarrollan, el equilibrio es difícil.

El motor de la revolucion impulsa con demasiada fuerza y el descarrilamiento á veces es imprescindible: porque este motor por desgra-

cia se llama falsamente patriotismo: debiera llamarse *hombre*.

Esto es lo que hoy lamenta Cádiz: un descarrilamiento necesario por la violencia de una locomotora fuerte, que no ha sabido contener el ímpetu de su velocidad; y como esta locomotora se llamaba *hombre*, ha sido impulsada por el pensamiento fijo en una idea: no en el triunfo de la revolucion española; sino en el triunfo del propósito de unos contra la voluntad de los mas.

Por eso en Cádiz se han precipitado los acontecimientos: por eso hoy Cádiz en sus torres, en sus edificios, en sus *barricadas*, verdaderas fortalezas, ondea el pabellon tricolor, simbolo de la idea *republicana*; no porque el pueblo de Cádiz quiera imponer la *república* al pueblo español, sino porque Cádiz ha creído ver la tendencia de querérsele imponer por la fuerza la idea *monárquica*.

He aquí el verdadero móvil, el origen de la revolucion de Cádiz, teñida con la sangre generosa de sus hijos: de sus hijos que siempre han sacrificado sus ambiciones, sus rencores, hasta sus vidas, en aras del respeto, de la adhesion que prestan á lo constituido.

No han concluido, tenemos que repetirlo, los acontecimientos, cuando escribimos estas líneas; una trégua pacificadora, aunque breve, ha sucedido á tres dias mortales de un horro-

rosa fuego, no interrumpido un solo instante; de una sanguinaria lucha, que acaso mañana, dentro de una hora, de un minuto, volverá á empeñarse con mayor encarnizamiento, y veremos cruzar nuestras calles al pueblo, hasta ahora vencedor, abrazado á su hermano el vencido; y le custodia para que no sea atropellado, para que se le respete; y le facilita con empeño medios de subsistencia de que carecía durante la lucha: y un pueblo generoso que de tal modo considera á su enemigo, ¿merece ser tiranizado?

Mil veces no! Por eso irreflexivo derramó ayer su sangre, por eso la derramará mañana si fuese preciso. ¡Ojalá no lo sea! Ojalá no concluyamos estas indispensables reflexiones, sin que las campanas de los templos vengán á herir nuestros oídos con el alegre timbre que nos diga:

Nos hemos equivocado.

Cádiz es indigna de ver atacadas sus garantías individuales.

Cádiz merece empuñar las armas que la patria le entregara para su defensa.

Cádiz tiene honra.

Cádiz prefiere á perderla, derramar la última gota de la sangre preciosa del último de sus hijos.

Perdonemos sus ímpetus guerreros, hijos de su amor á la libertad.

Cádiz ostenta una vez mas el timbre impercedero de *siempre heroica*.

¡Viva Cádiz!

No escribimos solamente para esta, hace mucho tiempo desgraciada ciudad, sus habitantes han presenciado hecho por hecho los acontecimientos; todos sus vecinos sin distincion de colores políticos, reconocen la verdad de la causa que el pueblo ha defendido.

Escribimos para la nacion entera, para las demás naciones, á quienes los enemigos de la libertad, disfrazando esos mismos acontecimientos, pueden presentarlos, si no los presentan ya, como una consecuencia de la revolucion, que ellos como vencidos condenan, como un padron de ignominia para esa revolucion.

Se engañan. La revolucion sigue su curso natural.

Cádiz la impulsa, porque Cádiz ha creido ver la reaccion á sus puertas.

Se habrá equivocado, pero ha creido verla. y como lo ha creido, ha creido deberla combatir.

He aquí pues, á continuacion, la verdadera relacion de los sucesos en todos sus detalles, garantizada por una historia política sin mancha, aunque humilde y desnuda de todo mérito, pero constante y exenta de ambiciones.

LAS BARRICADAS DE CADIZ.

Cádiz registra en sus anales muchos hechos gloriosos, no pocos de heroismo, todos memorables.

La Constitución de 1812 la conquistó el justísimo renombre de *cuna de la libertad*.

La reacción caminando con pasos lentos, cediendo al impulso liberal el año de 1854, pero reponiéndose el 56, merced á la bastarda influencia de un mal llamado partido político, sin otras doctrinas que la ambición de mando; marchando despues agigantadamente, trajo sobre la ciudad leal el 18 de Setiembre del presente, el grito de los libres, que apenas resonara en su bahia, fué secundado por sus habitantes, é impregnándose como una chispa eléc-

trica en el corazón de todos los buenos españoles, cuando el grito de Cádiz retumbó en el espacio, sacudieron en un momento, y todos como un solo hombre, el yugo de la tiránica hueste reaccionaria y el horripilante baldon que una mal aconsejada madre venia estampando sobre la inmaculada frente de sus tiernos y bondadosos hijos.

Cayó para no volver á levantarse nunca la dinastía borbónica; y cayó, porque Cádiz habia abierto los ojos á la luz y sacudido sus plateadas alas sobre la espuma de sus azulados mares.

¡Brillante historia la de Cádiz, que la posteridad grabará con indelebles caracteres de oro!

¿A qué ocuparnos en hacer la crónica de un pueblo que, de un polo á otro polo, por el orbe entero es saludado con himnos armoniosos de inmarcesible gloria?

¿A qué ocuparnos de la cara pátria, donde todas las naciones descienden reverentes á colocar ante sus colosales muros una corona de laurel ó siemprevivas?

¡Dichosos los que como nosotros nacimos en tu suelo!

¡Dichosos los que con tanto orgullo pueden llamarse tus hijos, blanca paloma arrullada por el murmullo del orgulloso Océano!

¿Quién osará empañar tu brillo, que no re-

ciba el condigno castigo de tan punible culpa?

Hemos llegado al 5 de Diciembre de 1868.

Como el 10 de Marzo de 1820, dia memorable, de horror y luto, qué pérdida traicion sumiera en llanto á la ciudad acariciada por las olas, lo mismo un sol primaveral hacia olvidar los rigores de la fria estacion.

Como aquel dia, los habitantes de Cádiz bendecian los risueños encantos de la naturaleza.

Y si aquel dia el pacífico vecindario se preparaba á disfrutar tranquilamente de una, que bien podemos llamar gira de campo, éste, con mas confianza aun, con mas expansion, con mas tranquilidad de espíritu, se dedicaba laborioso á sus habituales faenas.

Ante un porvenir de flores, el gozo del espíritu encuentra placeres hasta en el trabajo.

A la sombra de un gobierno que propala y practica, dicho sea en justicia, las libertades pátrias, el horizonte de un pueblo libre es tranquilizador y placentero.

Cuando se juega el porvenir, los destinos de la madre pátria, entre la confianza y la paz que proporciona el buen criterio de un pueblo noble y culto, la confianza y la paz fructifica en el corazon del hombre; aleja de él todo temor y nada le altera. Espera con calma el porvenir, porque el porvenir es suyo.

Así amaneció el pueblo de Cádiz el 5 de Diciembre de 1868.

Tranquilo en sus diferentes fases.

Feliz, risueño con la idea de su porvenir.

El comercio reconquistando pasó á paso la animacion por tanto tiempo perdida.

El obrero en su taller regalando á los aires el eco dulce de las melodias tan simpáticas y por escelencia chispeantes en que tanto se distinguen los privilegiados hijos del privilegiado suelo de Andalucía.

Como nada le inquietaba, era dichoso.

Ni una sola sospecha de su desgracia.

Ni el mas leve síntoma de su esterminio; y sin embargo, su esterminio estaba decretado.

¡Miséra ilusion!

El pueblo cuando es grande no sucumbe.

Vagamente, habíase hablado de descontento en el vecino Puerto de Santa Maria.

Pero si en dicha ciudad existia ese descontento, si estaba decretado por la mano sabia y poderosa del que todo lo puede, que aquel tambien privilegiado suelo habia de ser teatro en este dia de desagradables acontecimientos, en Cádiz ni aun se presumian.

Contra la maléfica costumbre de abultar los hechos, esta vez no llegaban á nuestros oidos con importancia.

Que unos pocos jornaleros solicitaban trabajo que el Ayuntamiento se veia obligado á

escatimarle por falta de recursos; esto era todo lo que en Cádiz se circulaba; pero cuyo rumor acaso no se había propagado en la clase laboriosa de artesanos, que en número mayor son los que forman parte en los batallones de *voluntarios de la libertad*.

Entre estos nada había tramado de antemano.

Bajo ningún concepto reinaba la desconfianza.

Si los sucesos del Puerto de Santa Maria tomaron otras proporciones, ó si se les aplicó un valor inmerecido, no es á nosotros á quienes toca calificarlo.

Nosotros somos meros cronistas de lo acontecido en Cádiz y nos limitamos antes de dar principio á nuestra tarea, á explicar con sinceridad algunos antecedentes con que se ha tratado de justificar lo que, por mas esfuerzos que se pongan en juego, tiene que ser injustificable.

La verdad es, y verdad reconocida por amigos y enemigos, que Cádiz el citado día gozaba de una tranquilidad pocas veces conocida. Tenemos que repetirlo una y mil veces y repetirlo muy alto.

El Gobernador civil de la provincia el Sr. D. Gregorio Alcalá Zamora, decidió pasar al Puerto en cumplimiento de sus deberes que le llamaban á aquel punto, é interinamente entregó el

mando en manos de D. José Gonzalez de la Vega, actual vice-presidente de la Diputacion Provincial.

Habia de suceder en Cádiz un conflicto estando al frente de la capital y su provincia el Sr. Gonzalez de la Vega.

¿Qué causas impulsaron á este señor á resignar el mando de la provincia en la autoridad militar?

No lo sabemos.

Quisiéramos saberlo.

Y aun si estas causas existian; ¿eran bastante poderosas y atendibles para proceder así?

El hecho es, que el Sr. Gonzales de la Vega juzgó pesada la carga y declinó su autoridad, parodiando fatalmente, y acaso sin malicia, á situaciones que tres meses antes derrocó la revolucion por imperiosas y arbitrarias.

El Sr. Gonzalez de la Vega, en su larga carrera política, no ha aprendido aun, que para el pueblo, tiene mas poderosa influencia la voz de la razon, que el alarde de la fuerza. Olvidó que era muy usual en los tiempos pasados de odiosa dominacion y de tristísimos recuerdos, cuando un gobernador necesitaba tiranizar al pueblo para conseguir el logro de alguna mira política, pretestar desórdenes forjados allá en el recóndito vacio de su corazon cobarde, y bajo este antifaz ominoso, disculpar el estado de sitio que la autoridad militar, la

autoridad del *sable*, no vacilaba en decretar *in continenti*, aterrando á los timoratos y sentenciando en contra de los mas fuertes, no ya las deportaciones, sino hasta fusilamientos que, sin temor de exageraciones, pueden calificarse de asesinatos.

Esto pasaba entonces; y esto se parodiaba en Cádiz el dia 5 de Diciembre, siendo ministro de la gobernacion el consecuente progresista D. Práxedes Mateo Sagasta.

La situacion podria ser grave, pero el pueblo de Cádiz la ignoraba.

Por eso el alarde de la fuerza que se le hacia al resignar el Sr. Gonzalez de la Vega el mando, hizo ver á muchos el fantasma de un golpe de estado que la reaccion viene preconizando y difundiendo entre las filas de los hombres libres, para hacer vacilar el perfecto equilibrio en que se mecen los partidos liberales, esperando con la calma de los buenos el fallo que asegure y cimente bajo sólidas bases el porvenir de todos.

La confusion era inevitable.

La autoridad militar reasumia en sí todos los poderes, todas las facultades.

La situacion de Cádiz se consideraba como escepcional.

El pueblo sin embargo, ni aun lo sospechaba.

autoridad del sable, no vacilaba en decretar su
comandante, aterrando á los timorosos y sentan-
ciando en contra de los mas fuertes, no ya las
deportaciones, sino hasta fusilamientos de, sin
temor de exageraciones, pueden calificarse de
asesinatos.

Esto pasaba entonces; y esto se parodiaba
en Cádiz el día 5 de Diciembre, siendo minis-
tro de la Gobernacion el conde de Alcañices,
así como D. Práxedes Mateo Sagasta.

II.

La situación podría ser grave, pero el pro-
blema de Cádiz la ignoraba. Por eso el mando de la fuerza que se le ha-
gía al regimiento de Sr. Gonzalez de la Vega el
mando, hizo ver á muchos el fantasma de un
golpe de estado que la reacción viene preconi-
zando y difundiendo.

Serian las dos de la tarde.

A tambor batiente, ó mejor diremos, á los
guerreros acordes de la banda militar del re-
gimiento de Artilleria, marchaba un peloton
de soldados de este arma, transitando libre-
mente por sus calles, pero no sin llamar la
atencion de los tranquilos transeuntes.

Al llegar á aquellos parajes de mas notable
afluencia, el piquete hacia alto.

Una voz sonora, aunque imponente, recitaba
las palabras escritas en un *bando*, que el pre-
gonero repetia y cuyos ejemplares fijaba en
cada una de las esquinas.

El tenor de aquel bando era el siguiente:

Don Joaquin de Peralta, mariscal de campo, gobernador militar de esta plaza y su provincia, etc. etc.

Cumpliendo las órdenes del Excmo. Sr. capitán general, y en uso de mis facultades como gobernador responsable de esta plaza

ORDENO Y MANDO;

Artículo 1.º Queda declarada esta plaza y provincia en estado de guerra con arreglo á la ley de 17 de Abril de 1821.

Art. 2.º En el término improrogable de tres horas, á partir de la publicacion de este bando, serán entregadas en el parque de la plaza todas las armas de guerra, escopetas, rewolvers, pistolas y demás que existan así en poder de la fuerza ciudadana como de los particulares que no pertenezcan á dicha institucion.

Art. 3.º Terminado este plazo se llevarán al cabo visitas domiciliarias, y las personas en cuyas casas se hallen armas, serán sometidas á la comision militar.

Art. 4.º Todo grupo que esceda de cinco personas ó que altere el órden, será disuelto por la fuerza pública y sometidos los aprehendidos á la comision militar que tengo nombrada.

Art. 5.º Quedan suspensas todas las garantías individuales hasta que restablecido el órden vuelva á entrar en su curso ordinario la ciudad y se pueda organizar la fuerza ciudadana con arreglo al decreto del gobierno provisional.

Art. 6.º Se suspende la publicacion y venta de todo periódico, hoja ó impreso de cualquier carácter que sea.

Art. 7.º Los contraventores del presente bando serán tratados como perturbadores del orden y juzgados por la comision militar con todo el rigor de la ley.

Cádiz 5 de Diciembre de 1868.—El gobernador militar, *Joaquín de Peralta*.

GADITANOS:

Encargado del mando en las dificiles circunstancias que atravesamos, cumpla el deber de manifestaros mis propósitos. Conservar el orden y la tranquilidad á todo trance, hacer obedecer las órdenes del gobierno provisional, hé ahí mi deber y lo cumpliré.

Una sucesion de alarmas injustificadas, una série de hechos que no tienen mas explicacion plausible que la mala intencion de unos pocos, la demencia de muchos y el fructífero trabajo de la reaccion, ha venido á crear un estado de cosas que nos lleva á la disolucion de la sociedad, y por lo tanto al despotismo.

Mi mision es por conviccion y por obligacion salvar la libertad en el territorio de mi mando, y á pesar de los ilusos y alborotadores de oficio, la salvaré.

El gobierno provisional, la nacion entera á quien respondo de mis actos, dictarán el fallo,

y á él me someto con limpia conciencia y corazon sereno, con la tranquilidad del hombre honrado que cumple un penoso pero ineludible deber.

Espero que no me sea preciso aplicar las medidas de rigor que acabo de dictar; inflexible como juez severo, las llevaré á cabo, y los amantes de la libertad bien entendida y los hombres probos de todos los partidos me harán justicia dando la responsabilidad de los sucesos á los que, seducidos por los enemigos de la libertad contra la que conspiran á sabienda, provocan la necesidad de apelar á recursos extremos.

Los pacíficos y honrados habitantes pueden descansar en la seguridad de que sabré sostener el derecho que tienen á vivir tranquilos.

Cádiz 5 de Diciembre de 1868.—El gobernador militar, *Joaquin de Peralta*.

Nosotros, como cuantos pasaban por los parajes en que se fijaba el bando, parábamos nuestra atencion, y recorriamos con nuestra vista aquellas líneas, cuyo contenido nos era sorprendente.

Muchas reflexiones se nos ocurrieron.

Costumbre ha sido siempre en análogos casos valerse de la imprenta para la extension y multiplicacion de esta clase de documentos.

El presente sin embargo estaba manuscrito.

El número de ejemplares, no obstante, era

abundantisimo, segun pudimos observar.

¿Qué significaba esto?

¿Era un acto premeditado?

¿Se habia querido evitar la publicidad hasta en los operarios de la imprenta oficial?

¡Cuántos comentarios!

El hecho era tan grande!

El piquete que, precedido de la banda de tambores y cornetas del regimiento de Artilleria, constituia la publicacion del documento, se componia de dos grandes mitades, con sus respectivos gefes á la cabeza.

¿Para qué tanto alarde de fuerza?

Tampoco lo sabemos y los comentarios en esto serian aventurados y creemos que hasta peligrosos.

Algunos grupos se condensaban por las calles.

Penetremos en ellos.

Ya se hablaba de los acontecimientos del Puerto de Santa Maria.

Se les imprimia un caracter tal de gravedad que hacian presagiar funestos resultados.

Se propalaba que en aquel mismo momento varias fuerzas de Artilleria con *dos piezas* montadas se ponian en movimiento, disponiéndose á salir para dicha ciudad.

Estas, sobre las que ya con *otras piezas* habian salido para el mismo punto muy de mañana.

¿Era tan grande el conflicto del Puerto de Santa Maria?

Los partes oficiales, que á su tiempo publicaremos, lo esplicarán á nuestros lectores.

Pero no dejaremos de hacer una observacion.

Todos los moradores de Cádiz, y cuantos hayan visitado su recinto, conocen la posicion topográfica que ocupan los cuarteles, pabellones y parque de Artilleria.

Desde ellos, hasta la *Puerta de Mar* ó la de *Tierra*, únicas salidas, hay una corta distancia de fácil tránsito y espedito camino por la *ronda* de la ciudad.

La generalidad de las calles de la poblacion son estrechas y dificil al paso de caballerias y carruages.

¿Por qué pues la fuerza de Artilleria con *dos piezas* montadas, lejos de tomar el franco camino de la *ronda*, alargaba su tránsito, penetrando por las calles, remontándose hasta el centro de la ciudad y hasta el popular barrio de S. Lorenzo?

Detalle es este que á primera vista se hacia sospechoso.

¿Era un nuevo alarde de fuerza hecho al rostro de la *fuerza ciudadana armada*, en los momentos en que una órden apremiante de la autoridad militar, le mandaba entregar las armas en el preciso término de tres horas?

¿Era un reto hecho al tranquilo pueblo, á

quien en un momento se le privaba de las garantías individuales?

¿Quién puede penetrar en el sagrado recinto de las intenciones?

¿Pero quién puede oponerse tampoco al impetuoso torrente de la imaginación del hombre?

Los comentarios entre el pueblo se multiplicaban.

El descontento era general en los semblantes hasta de los mas indiferentes.

El malestar se difundía por do quiera.

Un murmullo sordo, el murmullo del terror de los apocados de espíritu, resonaba empero lúgubre y aterrador.

La atmósfera se condensaba.

El aire hervía.

Crecía la esferescencia.

El horizonte, hasta ahora azulado, se teñía de pardas nubes.

Divagaba la muchedumbre en su tranquilo paso.

La tormenta se hallaba cercana.

El huracan arreciaba.

Iba á estallar el temporal.

Estalló al fin.

de los salientes. Las obras de construcción
quedaban paralizadas. Los establecimientos de
comercio empezaban a cerrar sus puertas y los
vecinos alarmados se concentraban en sus
casas. Todo era confusión. Todo desasosiego.
¿Cuál era el verdadero origen de este es-
tado de cosas? No hay que vacilar para responder á esta

III.

Pocos minutos habían transcurrido y ya el
aspecto de la población, antes risueño y tran-
quilo, aparecía lúgubre é imponente.

Algunos *voluntarios* armados salían de sus
casas, pero, inciertos en su marcha, no sabían
á donde dirigirse.

El penetrante sonido de una corneta de
guerra que circundaba los aires por los apar-
tados barrios de la ciudad, demostraba que los
voluntarios de la libertad eran llamados repenti-
namente.

Que debían reunirse en algún punto.

Pero todos ignoraban cual era aquel punto.

Quién dictaba aquella orden: para qué?

El pueblo abandonando sus faenas, dejaba

desiertos los talleres. Las obras de construcción quedaban paralizadas. Los establecimientos de comercio empezaban á cerrar sus puertas y los vecinos alarmados se reconcentraban en sus moradas.

Todo era confusión. Todo desasosiego. Todo incertidumbre.

¿Cual era el verdadero origen de este estado de cosas?

No hay que vacilar para responder á esta pregunta.

El contenido del *bando*.

Cádiz, que el día 18 de Setiembre, día reciente por cierto, había dado el grito de libertad, sacando á la madre patria del caos político á que gobernantes tan ambiciosos como ilusos la tenían condenada; Cádiz, que generosamente había abierto sus puertas y recibido en sus brazos á los *Generales de la revolución*, á quienes confiara llena de fé y entusiasmo los destinos del porvenir en cambio de una lisongera promesa de *libertad*; Cádiz, siempre elocuente á la voz de los libres, siempre bizarra para la defensa de las garantías del hombre, de la autonomía del pueblo, veía arrebatársele en un momento y sin poderse explicar el porqué, la gran conquista de aquello que todos llaman y llamarán con justicia gloriosa revolución.

Esta es una verdad innegable.

Suspender las garantías individuales con tan-

ta sangre conquistadas en Alcolea, privar á la imprenta de su libérrimo derecho, arrebatár al pueblo las armas que la patria le confiara como garantía del ciudadano, declarar el estado de sitio, era retroceder rápidamente á los tiempos pasados, á los tiempos de terror y de luto, en que por todas partes asomaba el patíbulo, las bayonetas de los déspotas y de los tiranos.

¡Como permanecer impasibles!

¡Cómo reflexionar!

No somos nosotros hombres, lo confesamos sinceramente, que creemos que la razon debe dilucidarse por medio de la fuerza.

Interin veamos siquiera remotamente, pero con alguna probabilidad, otros medios de protesta y defensa, creemos que deben emplearse, sin jugar en un combate temerario y dudoso el éxito de una razon que se ventila, de un derecho apoyado por la ley, por la justicia de una buena causa.

Creemos que el pueblo de Cádiz, al ver arrebatársele aquellos sacrosantos derechos, debiera obedecer protestando: pedir por todos los medios posibles la reparacion de aquel ultrage, si ultrage habia en la violenta medida de la autoridad militar representada por el Sr. Peralta.

Pero: acaso, porque nosotros reflexivos por temperamento, por la esperiencia de los años, pensemos así podemos obligar á los demás á pensar de igual manera?

¿Acaso la juventud, menos esperta que nosotros, puede pensar con el tacto y la mesura que reclaman situaciones difíciles y escepcionales?

Y por otra parte: ¿cuando ya en diferentes épocas de libertad la patria ha puesto un *fusil* en manos de sus hijos, la reaccion al cabo, con sus maquiavélicos manejos, con sus detestables intrigas, no ha sabido sobreponerse á los acontecimientos, arrebatando ese *fusil* al entusiasta defensor de las libertades?

Como este ejemplo se ha operado impunemente en diferentes épocas, como la reaccion nunca se ha presentado desenmascarada, no puede extrañarse que el pueblo de Cádiz y sus *voluntarios de la libertad* la viesan asomar victoriosa cubierta con la careta del *bando del Señor Peralta*.

Aun pensando nosotros con el critério de la experiencia, tambien creimos verla internarse en nuestras filas, tomando al pueblo de Cádiz como campo de su primera conquista.

Todos los hechos lo demostraban, y los acontecimientos que se fueron sucediendo paso á paso y con una rapidez indescriptible, lo corroboraban mas y mas.

Porque mientras se publicaba el *bando*, y mientras la Artillería, sopretesto de encaminarse al Puerto de Santa Maria, paseaba las calles de la ciudad, algunos *voluntarios de la li-*

bertad, mas jóvenes y menos reflexivos que otros, se presentaban en actitud hostil en algunos parajes públicos, el primer comandante del segundo batallón de la *fuerza ciudadana* Sr. Junco, con el segundo comandante y un capitán del mismo acudían al Gobernador Sr. Peralta á pedir esplicaciones pacíficas de la medida fuerte que dictara y á salvar la responsabilidad del eminente conflicto que veían abocado.

¿Y qué efecto produjo esta prudente conducta?

La detencion de dichos señores en el local de la *Casa Aduana* que ocupaba la autoridad militar y que un momento despues habia de ser centro de las operaciones belicosas.

Una razon mas para creer, aunque fuese equivocadamente, que el Sr. Peralta representando á la *reaccion*, trataba de dar en Cádiz el golpe de gracia á la libertad.

¿Ni como creer que dicho señor abrigase el temor de perturbaciones por parte del pueblo armado que no contaba con *municiones*, ni con elementos militares para sostener un combate cuerpo á cuerpo?

Por otra parte: ¿qué juicio habia formado el Sr. Peralta de los *voluntarios de la libertad*, escarmentados ya por otras épocas de *desarme*, para arrostrar las consecuencias de su medida, contando solo con una corta guarnicion, pues podemos asegurar que reunidas todas las fuerzas militares existentes en la plaza, acaso no

formarian un número de *dos mil* hombres?

Si nos tomaran parecer sobre este punto, quizás no aventuraríamos nada en suponer que el Sr. Peralta fué mal aconsejado por hombres sin duda que, queriendo abrogarse el sobrenombre de *eco* de los partidos, son sin embargo elemento perpétuo en ellos de disturbios y descontentos.

Y aquí debemos consignar, porque lo creemos muy del caso, para cuando los *acontecimientos de Cádiz* se juzguen con la medida y reflexión que ellos requieren, algunos antecedentes del estado político de esta ciudad.

Nos proponemos con ello, no disculpar el hecho de la *sublevación* ocurrida, eso nunca, la creemos criminal: lejos de nosotros la idea de justificarla; pero sí diremos que para los hombres sensatos para los hombres pensadores, para los pacíficos que miran la política bajo el prisma del desinterés, no era un misterio que tarde ó temprano habia de acontecer en Cádiz una catástrofe como la pasada.

Desde épocas lejanas vienen luchando en esta población en el campo de la política grandes elementos de perturbación y desconcierto.

En el terreno de la ideas luchaban los aquí mal llamados partidos políticos.

Componíanse estos en su mayoría de los tres elementos fuertes que han venido en España hace tiempo disputándose la dirección de la ad-

ministracion del Estado. El partido *Conservador*, ahora llamado *Reaccionario* ó *Neo*, el de *Union liberal* y el *Progresista*. Aquí se desconocia por completo el *Democrático*, que nunca estuvo representado, ni en los comicios, ni en la prensa. Si demócratas existian en Cádiz, estaban en completa desorganizacion y en insignificante minoría.

Componíase el primero de personas de la mayor sensatez, justo es decirlo, que de liberales es hacer justicia hasta á sus enemigos. Luchaban por la idea teniendo por su órgano un antiquísimo y acreditado periódico llamado *El Comercio*.

El segundo, formado como en todas partes de tráfugas y desertores de los partidos radicales, no por eso dejaba de contener en su seno personas dignísimas propensas al orden y á ennoblecir la causa ilusoria de sus heterogéneos principios.

Pero el partido *Progresista*, modelo en todas partes de cordura y discrecion, de abnegacion y patriotismo, era en Cádiz un elemento de inmoralidad y prostitucion política: una especie de *Banco* ó Sociedad comanditaria de ambiciosos y descreídos, que servian á todas las situaciones, siempre que sus servicios encontrasen la recompensa en el opíparo banquete del presupuesto.

De aquí que muchos hombres respetables de

él, apostrofando con dureza á sus desacreditados colegas, repudiándolos con ímpetu de su seno, formaban un grupo, si no mas numeroso que el de aquellos mas compacto en doctrinas y en conducta, y apoyado en una fuerza moral indestructible.

No obstante, el grupo de los *especuladores*, mal llamadamente *progresistas*, y á quienes en la localidad se conoce bajo un epíteto especial, que no creemos del caso consignar aquí, entrometiéndose siempre en los destinos de la localidad, gobernasen *conservadores* ó *unionistas*, traian el descrédito y el descontento sobre todos los hombres amantes de la libertad.

Vino la revolucion de Setiembre, y esos hombres impopulares, aprovechándose de la confusion de los primeros momentos, en que la fuerza de la *osadia* ocupaba en las localidades la mas inmensa altura del poder, pugnaron por apoderarse del mando, poniéndose en lucha abierta y desesperada con los hombres que simbolizaban aquel gran elemento liberal, y constituyendo una Junta Provincial, no proclamada por medio del sufragio, sino por su sola y libérrima voluntad.

De aquí nació el retraimiento de la Junta local revolucionaria, y de aquí nació el que, dueños absolutos del poder, repartiesen el *turron* á manos llenas entre sus *paniaguados* y *sectarios*, y de aquí el nombramiento de un Mu-

+ *nicipio*, que, aunque en su mayoría compuesto de personas apreciables, no gozaba de la popularidad con que la noble política liberal desea investir á todos sus funcionarios.

La agitacion, pues, era general.

Los mas ofuscados y menos cáutos no desperdiciaban ocasion de demostrar publicamente su reprobacion á aquellos hombres; y los prudentes callaban, dándose lugar, para daño del Gobierno constituido, que tan decidido campeon se muestra de la idea *monárquica*, á que en Cádiz se engrosasen de una manera formidable las filas del partido *republicano*, que casi no existia: dándose lugar, á que, donde quiera que aquellos hombres se presentasen, fuesen anatematizados por el pueblo: dándose lugar, por último, á que esos hombres tratasen de reunirse una noche en el *Teatro Principal* y fuesen recibidos á *silvidos* por las masas populares.

¡Qué espectáculo!

Pero no era un espectáculo de desprestijio para el partido progresista; los progresistas de principios, de orden y moralidad, estaban en sus puestos.

Hemos dicho, y lo repetiremos ahora, que el partido republicano engrosaba.

Prueba palpable es el paso dado por el Sr. D. Juan Junco, comandante, segun ya hemos indicado del segundo batallon de *voluntarios de*

la libertad y de toda la oficialidad que le estaba subordinada.

El Sr. Junco y estos Sres. oficiales habian militado constantemente en las filas del progresismo. Pero: era decoroso en Cádiz seguir en ellas? ¿Podian llamarse en Cádiz progresistas los hombres subordinados á la *camarilla* reinante?

No.

Y por otra parte: ¿podian contener el impulso del torrente?

La palabra *República* habia encontrado grato eco en las filas de los *voluntarios de la libertad*, pertenecientes al segundo batallon. Este eco se habia propalado; la idea republicana difundido, y en las filas de los *voluntarios* siempre que se presentaba una ocasion propicia, ya no resonaba mas que una voz:

¡Viva la República!

El Sr. Junco y los oficiales de su batallon fueron arrastrados á la *nueva idea* por la fuerte influencia de los *mas* y en una manifestacion impresa que circuló profusamente por la localidad y que autorizaba las firmas de todos, declaraban solemnemente abandonar al partido progresista y formar en las filas del bando *Republicano*.

Decíase en Cádiz: si los hombres del monarquismo son los *especuladores*, los que viven de la política, los que hacen de ella un comercio bas-

tardo, los que ejercen coaccion en las elecciones, los que se constituyen en mandarines sin que nadie los nombre y si el monarquismo ha de venir á España para que estos hombres lo monopolicen, la salvacion de España está en la República: seamos republicanos.»

Y ya en Cádiz habia *clubs* donde se ilustraba al pueblo y se le entrañaban las doctrinas republicanas, que en teoría tienen tal atractivo como atractivo tienen las doctrinas del crucificado.

Y se organizaba un *comité* directivo; y mas tarde *comités* de distrito, que celebraban reuniones casi diarias.

Y se leian con avidez y preferencia los periódicos que representaban aquellas doctrinas: *La Soberanía Nacional* y *La Republica Federal*, si el primero escrito con moderacion y templanza, el segundo con *veneno*.

Y se llevaba á efeto una *gran manifestacion*, en un dia borrascoso, compuesta de mas de ocho mil almas, que el Gobernador militar de la plaza saludaba afectuoso desde los balcones de la Comandancia general.

Ya habia, en fin, en Cádiz, un *gran partido republicano* constituido por la inmensa mayoria del pueblo, en cuyas filas formaban todas las clases sin distincion, desde la encumbrada á la humilde, desde el grande hasta el pequeño.

Si el *Gobierno provisional* de la nacion, que

desde sus primeros actos no vaciló en declararse sinceramente partidario de la *Monarquía democrática*, tiene algun dia que lamentarse de que Cádiz no secunde ingenuamente su pensamiento, no culpe al pueblo de Cádiz, culpe á los hombres que llamándose monárquicos y debiendo ser la egida de este pueblo, tan mal le han servido: á los hombres que, solo impulsados por un interés mezquino, han sido una rémora para llevar á cima aquel alto propósito: que con sus impopulares actos han estraviado la opinion.

El ser en Cádiz republicano era para los hombres honrados una cuestion de honra. Mas que de una cuestion política se trataba de una cuestion *local*, que habia de tener su desenlace tarde ó temprano en un grave conflicto.

¡Y el conflicto vino al fin!

¡Baldon eterno para los culpables!

IV.

Nos hemos separado un momento de nuestro relato.

Era forzoso.

Continuemos pues.

Mientras los Sres. Junco, y otros dos señores jefes de los voluntarios, eran detenidos en la Casa Aduana, el piquete de artilleros, de que ya nos hemos ocupado, y que constaría en su totalidad de unos ochenta hombres, por mas que en algunas reseñas hayamos visto aumentado ó disminuido este número, en cumplimiento de las órdenes á que estaba sujeto, continuaba su marcha aguerrida por las calles y plazas, llevando á cabo la publicacion del bando funesto. Al llegar á la de La Virreina, un grupo de

hombres armados que desembocaba por la de *Alonso el Sabio* se interpuso á su paso.

Muchas versiones se han hecho sobre este encuentro origen del sanguinario acontecimiento que hoy lamenta el pueblo gaditano.

Los amigos de la situacion atribuyen la culpabilidad del atentado á la fuerza popular.

Los defensores del republicanismo, á *nombre de cuya idea* peleó el pueblo armado en los tres memorables dias, acusan de agresion á la militar, y en todos los que hasta ahora han descrito estos tan desastrosos sucesos, encontramos gran disencion en el relato.

Nosotros no fuimos testigos presenciales, pero hemos tratado de inquirir, tomando las noticias de aquellas personas mas imparciales, y la version que encontramos mas autorizada es la hecha por la *Soberanía nacional*, periódico de buen criterio y cuyos redactores nos merecen entera fé, tanto por su larga práctica en el periodismo, cuanto por la gravedad, mesura, verdad é ilustracion de sus escritos.

En la crónica que publicó en su número del dia 11 de Diciembre, se esplicaba del modo siguiente:

«No se hizo esperar mucho la decision de los voluntarios de la libertad, pues al llegar á la calle de D. Alonso el Sabio el piquete de artilleria que iba publicando al son de música el bando de la autoridad militar, el jefe de dicha

fuerza, que vió en actitud hostil á un corto número de paisanos armados, dió la voz de *preparen*, y antes que pudiera continuar mandando, dió la voz de *fuego* uno de los paisanos, haciendo estos acto continuo una descarga contra el piquete. Desde entónces empezó una lucha á muerte, que ha durado sin interrupcion por espacio de tres dias, y que ha causado gran número de víctimas así al ejército como al pueblo.»

Antes de continuar esta breve reseña histórica, haremos observar que el periódico *La Palma* ha incurrido en una equivocacion, efecto sin duda de la precipitacion con que habrá recogido algunos de sus apuntes. El principio de la lucha fué tal como nosotros lo hemos descrito. El piquete de artilleria se dispuso á disparar al paisanage, y el paisanage, sin darle lugar á ello y como medio de propia defensa, fué cuando rompió el fuego. Está, pues, equivocada la version de la *Palma* al asegurar que sin hacer ningun ademan hostil el piquete de artilleria, un reducido número de paisanos hizo una descarga contra el piquete al grito de ¡viva la República!

Pero sea cual fuere la verdad, este acto de agresion por una ú otra parte fué la voz del combate: acto que no vacilamos en calificar de injustificada lijereza y en el que vemos destacarse á primera vista, ó la impericia é irre-

flexion del pueblo armado, ó el orgulloso alarde militar rebajado en su amor propio por la para él acaso despreciable agresion del paisanage.

De cualquier manera, en cualquier caso, como quiera que se pinte, como quiera que se disfrace, culpabilidad y grande exsiste en el agresor.

En todo el relato de esta obra hemos de ser severos y justos en nuestras apreciaciones.

Habíase pues vertido sangre, sangre preciosa, porque era española: sangre preciosa sacrificada en aras de una injustificada causa: sangre inocente, porque es sangre inocente la del soldado que se sacrifica en holocausto de los sagrados aunque terribles deberes que le impone, á que le condena la ordenanza militar; y la sangre inocente reclamaba venganza.

El soldado ofendido hizo fuego tambien, y á la sangre del soldado vertida, sucedió la sangre vertida del hijo del pueblo.

Trabada pues la lucha cuerpo á cuerpo, el desenlace tenía que ser funesto.

La efervescencia creciente le hacia impetuoso: el soldado que se lanzaba al fiero combate, era el soldado español, fuerte siempre, aguerido siempre: el pueblo que comenzaba á luchar, era el pueblo de Cádiz, siempre valeroso, siempre heroico.

El torrente se habia desbordado: el ímpetu

del torrente era terrible, asolador.

Algunos muertos y heridos resultaron de este encuentro funesto. No podemos fijar el número, porque en estos primeros, aunque decisivos momentos, todo fué confusion.

El piquete de artilleria puesto en dispersion por el paisanage se replegó hacia la plaza de San Juan de Dios, donde ya se encontraba la fuerza de igual arma que se habia dicho marchaba al Puerto de Santa Maria y que, dada la señal de la pelea, tomó posicion en el frente que forma la *Puerta del mar*, ocupando esta en su interior y exterior, estendiéndose por la muralla hasta la *Casa Aduana* y ocupando algunos edificios de particulares que desde esta calle hacen frente á la citada plaza y comunican con la calle *Nueva*, así como algunas casas de la misma plaza que forman rinconada con la muralla y *Puerta del mar*.

Los voluntarios de la libertad que ya en mayor número habian acudido á aquellos sitios y algunos paisanos armados de escopetas y rewolvers, ocuparon no solo la *Casa Ayuntamiento*, baluarte inespugnable durante la contienda, sino otras varias que hacian frente á las que poseia la fuerza militar, desde cuyas posiciones, ambos contendientes trabaron la encarnizada lucha, que no se interrumpió un solo instante desde las tres y media de la tarde del dia cinco de Diciembre, hasta las once de la

mañana del ocho del mismo mes.

Colocadas las fuerzas de artillería y las del pueblo armado en esta actitud, ¿podia aun remediarse la continuacion de la terrible catástrofe que habia de ensangrentar nuestras calles durante *sesenta y ocho horas y media?*

No nos atrevemos á asegurarlo.

Y sin embargo nos permitiremos preguntar:

¿Qué medida adoptaba el Ayuntamiento popular, cuyas oficinas habian sido invadidas?

¿Cuales la Diputacion provincial con su vicepresidente *Sr. Gonzalez de la Vega*, entónces Gobernador civil interino, cuyos poderes resignara momentos antes?

Lo ignoramos.

Las únicas medidas que conocemos, porque sus resultados aparecieron palpables, fueron las dictadas por el *Sr. Peralta*, gefe á la vez militar y civil del pueblo de Cádiz.

Creemos que los individuos de la corporacion popular se encerraron en sus casas: que el *Sr. Gonzalez de la Vega* permaneció en la *Casa Aduana*, siendo mero espectador de los sucesos, hasta hallar la ocasion de embarcarse para San Fernando, donde tiene su casa habitacion y desde allí dirigir al Gobierno superior provisional, los telégramas que han publicado los periódicos oficiales y que á su tiempo comentaremos dándolos á luz.

En cuanto á las determinaciones tomadas por

el Excmo. Sr. Comandante general, no fueron otras que las de reconcentrar todas las fuerzas de la guarnicion en el único punto no invadido por el pueblo armado, que en gruesas masas iba acudiendo al teatro de la lucha: así es que vimos prontamente coronarse la muralla y calle de la *Aduana* de la fuerza de *carabineros* que guarnecia todo el recinto, de alguna del *regimiento de Gerona*, acuartelada hasta entónce en el de *Santa Elena*, de la *Guardia civil* que ocupaba las azoteas de la *Casa Aduana*, quedando el resto de *Gerona* guarneciendo su cuartel y custodiando la *Puerta de tierra*, cuyo tránsito estuvo interceptado desde este momento para el público, alguna de artilleria ocupando los *cuarteles* y *parque* de su arma, *cuartel de Candelaria* y residencia de la *Comandancia general*, la guardia del *Presidio*, algunos otros puntos de poca importancia; y por último, los *soldados de la bandera de ultramar* en bastante número que ocupaban, amalgamados con los demás cuerpos, algunos de los citados edificios, aunque el grueso de ellos acuartelados en el *castillo de Santa Catalina*.

Esta era la distribucion de las tropas desde los primeros momentos del combate, aunque durante la primera noche el fuego solo se sostuvo por las fuerzas aglomeradas desde la *Casa Aduana*, hasta la *Puerta del Mar*.

V

No queremos pasar adelante sin describir las escenas de horror de que fueron víctimas muchos pacíficos habitantes durante las primeras horas en que el atropello y confusión era la norma que presidía á todas los falanges combatientes.

Las calles circunvecinas al lugar de la contienda no podian ser transitadas. Cada cual tenia que renunciar á albergarse en su casa, si desgraciadamente no se hallaba en ella.

Si algunos mas osados ó menos precavidos, atropellando por todo, se lanzaban al peligro, pagaban cara su temeraria obstinacion ú osadia.

Las indefensas mujeres y los niños corrian divagando siendo algunas de ellas desgraciadas

víctimas del mortífero plomo que, roto en proyectiles sin cuento, se cruzaba por los aires sin respetar para herir sexo, clase ni categoría.

Una pobre mujer, rezagando sobre su seno á una inocente criatura de pocos meses, corría despavorida á buscar un punto de salvación que le pusiera á cubierto de aquella agresión sangrienta.

Aunque con incierto y vacilante paso, había logrado ganar la calle *Nueva* para internarse en la de *S. Fernando*: apenas hubo doblado la esquina, una bala mortífera rompió el tierno cráneo del inocente niño.

¡Dos veces desventurada madre, que al deramar desesperada de horror y sentimiento, la primera lágrima de su congoja, perdió el hábito vital, pues otra bala atravesó su lacerado pecho!

Aun vemos humeantes dos charcos de sangre en un espacio estrecho de terreno: sangre de aquellas dos inocentes é indefensas víctimas!

La pluma se nos cae de la mano. No tenemos corazón para recordar estas escenas.

Los vecinos, cuyas casas habían sido allanadas por los irritados soldados, eran atropellados, sinó en sus personas, en sus intereses, en el moviliario de sus habitaciones. La soldadesca, temerosa acaso de traición indigna, los desalojaban de sus moradas, y de más de un balcon veíanse desprender los hombres, las mu-

jeros y los niños, ayudados á veces por los mismos soldados que, al tomar por asalto el edificio, habíanse cuidado muy bien de atrancar y barricar las puertas para no ser sorprendidos.

Cada cual se refugiaba donde humanamente querian recibirle, y tras los hombres, mujeres y niños desprendidos por los balcones, veíanse arrojar muebles, colchones y cuantos utensilios se consideraban de aprovechamiento para formar un gran parapeto ó barricada en la parte exterior y entre las dos puertas que forman la del *Mar*: parapeto ó trinchera que llegó á hacerse casi inespugnable y desde donde la fuerza militar podia herir y matar sin ser herida ó muerta.

Háblase aun de atropellos, de exesos cometidos por el ejército en algunas casas de la calle de la *Aduana*. Nosotros los ponemos en duda. El soldado español no ha sido nunca criminal, ni aun batiéndose con enemigos extranjeros. No podia serlo ahora que peleaba contra sus hermanos.

Hemos visto sin embargo muchas puertas de calles, en la ya nombrada, hechas pedazos, todos los cristales de los cierros y vidrieras rotos. Algunos establecimientos de donde desaparecieron los efectos á la venta, las *canillas* de las botas de las *tabernas* abiertas y los rastro en la calle, de una gruesa corriente de *vinos*.

¡Cuanta tribulacion!

En medio de este trastorno desolador, hemos tambien sido testigos de muchos hechos heroicos.

Aun suenan de boca en boca otros no menos notables. Todos cuantos presenciarnos, todos cuantos han llegado á nuestros oidos, los iremos consignando.

Como en los primeros momentos la confusion era grande, mientras las tropas tomaban posiciones, así como los *voluntarios* y el pueblo armado, el choque de unos con otros en algunos puntos era inevitable, y no pocos rasgos de valor tuvieron lugar cuerpo á cuerpo.

Pero siempre se distinguian como españoles, porque españoles eran todos por sus rasgos humanitarios.

Los heridos y muertos eran al instante arrastrados fuera del sitio de la pelea y recojidos en las casas mas cercanas ó conducidos á los hospitales.

Cuando los primeros disparos lanzados entre el grupo de *voluntarios* y el piquete que publicaba el *histórico bando*, algunos muertos y heridos tuvo que lamentar el ejército: dos soldados pudieron ganar el *zaguan* de una de las casas de la calle de *Alonso el Sabio* y de allí fueron amparados, quitados de la presencia de sus enemigos, curados, alimentados, sin que nadie pudiera apereibirse de ello hasta despues de

la contienda que los mismos *voluntarios de la libertad* los conducian al hospital militar.

Un ayudante del comandante general *Sr. Peralta*, corria á caballo seguido de un lancero, tambien montado, por la calle *Nueva*, sin duda á comunicar órdenes para el combate, dictadas por su gefe, y como las balas se cruzaban por todas las calles transversales á aquellas, los paisanos gritaban desenfrenadamente: —Señor oficial, no pase usted.

El ayudante obedeciendo á su consigna, atropelló por todo, no sin devolver algunas palabras de reconocimiento á aquel noble pueblo que se interesaba por su vida, pero al cruzar la calle de *Flamencos* fué herida su cabalgadura, que cayó á tierra, causando en el ginete el golpe recibido, trastorno tal, que le privó del sentido.

El *lancero* que le seguia continuó su rápida marcha: las balas silvaban horrorosamente y la vida del ayudante era imposible de salvar.

¿Quién osaba aproximarse á aquel sitio sin grave riesgo de la existencia?

El jóven oficial iba á perecer.

De repente un voluntarios armado, que apenas contaria diez y seis años, con la velocidad del rayo, con el ímpetu del gigante, desafiando aquel inminente peligro, corre sobre el oficial, le cubre con su cuerpo y en ademan suplicante decidido y enérgico, grita con voz de trueno que

retumba en el espacio, dirigiendo su accion á uno y otro lado:

—¡Alto el fuego! Voluntarios, está indefenso! ¡Soldados, es un gefe vuestro!

Y como la voz de la piedad es tan elocuente, su voz penetra en el corazon de los combatientes y logra arrastrar de aquel sitio al que hubiera sido víctima del mortífero fuego, sin el auxilio eficaz y denodado de aquel valiente y generoso jóven.

Quisiéramos poder citar nombres propios.

Hay hechos que deben escribirse con tinta indeleble, pero un deber imperioso detiene nuestra pluma.

Cuando escribimos estas líneas, están recientes los acontecimientos. *Un consejo de guerra* funciona activamente en averiguacion de los culpables; se hacen prisiones todos los dias; podriamos ser imprudentes y causar un mal que nos proponemos evitar en cuanto esté de nuestra parte.

No citaremos los nombres, porque ni aun queremos averiguarlos.

¡Ojalá una medida de clemencia dictada por el Gobierno *liberal* de la nacion, venga á enjugar de una vez las lágrimas de muchas familias que aun ignoran qué será de la suerte de sus hijos, de sus padres, de sus hermanos, los unos encarcelados, los otros fujitivos.

Fuertes ya cada cual en sus posiciones, el

fuego siempre creciente no cesaba.

Pero no era ya solamente la detonacion de las carabinas la que heria nuestros oidos.

Como á la media tarde, algunos disparos de cañon hicieron mas desesperado el combate.

Dos piezas de artilleria habian sido colocadas por el ejército, la primera bajo los arcos de la *Puerta del Mar*, entre uno y otro postigo de los dos de que aquella se compone, y la segunda en el *muelle*, por la parte exterior de dicha *Puerta*.

El propósito del ejército estaba visto.

No era otro que el de destruir el edificio *Ayuntamiento*, donde los *voluntarios* y el pueblo armado se hallaban parapetados, y desde donde tan certeramente hacian sus disparos, que no pocas bajas causaban á los soldados del Gobierno.

Algunos individuos del *Comité Republicano* habian acudido ya á las *Casas Consistoriales*, ocupando con abnegacion y entusiasmo el honroso puesto que en la hora del peligro habia sido abandonado por la *Corporacion municipal interina*, nombrada *ad-hoc* por la Junta provincial revolucionaria.

Pasados los primeros instantes de confusa indecision, pudo observarse que las operaciones militares, por parte de los *voluntarios de la libertad*, eran ya concertadas y aguerridas. Asi es que, á pesar de luchar con armas desiguales

puesto que el ejército multiplicaba sus disparos de *artillería*, ni un solo paso habian retrocedido. Por el contrario, los esfuerzos de los militares eran desesperados y la ventaja no ciertamente estaba de su parte.

Se dejaba notar alguna mas regularidad en la lucha, debida sin duda á la directiva voz de un gefe entendido y obedecido ciegamente.

Era así en efecto.

El segundo comandante del primer batallón de *voluntarios*, el jóven *D. Mermin Salvochea*, habia acudido al sitio de la refriega y colocado en el puesto de mayor peligro, dirigia todas las operaciones.

Justo es que nos ocupemos de este señor, objeto de la atención pública en estos momentos y de quien la prensa se ha ocupado detenidamente.

VI.

El Señor Salvochea no es militar. No lo ha sido nunca.

Nacido en Cádiz, hijo de una familia respetabilísima, aunque solo de regular fortuna, apenas en su juventud ha abandonado el suelo donde vió la primera luz.

En esta ciudad recibió su educacion y cuando escribimos estas líneas, solo cuenta veinte y ocho años de edad.

Desde que en Cádiz empezó á agitarse la idea democrática, el jóven Salvochea, obedeciendo al instinto que arrastra al hombre por el sendero de los adelantos del siglo, sintió latir en su pecho un corazon libre, afecto por la conviccion y firmeza que dá la juventud á la defensa



de ese derecho divino que se llama libertad.

Nuestra pluma tiene que ser imparcial de todo punto al hacer la apologia del novel demócrata.

No nos honramos con su amistad, por mas que como hijos del mismo suelo y observadores de las cosas y de los hombres de esta localidad, conozcamos hasta los mas ligeros accidentes de su vida, tanto pública como privada.

De la segunda no le es lícito ocuparse al escritor público, por mas que la prensa tanto española, como extranjera, se halle bastardeada desgraciadamente, hasta el extremo de ver no pocas veces, en medio de las contiendas políticas, que casi siempre descienden hasta la recíproca odiosidad del hombre con el hombre, libelos infamantes para la honra del ciudadano, que sin embargo es muy digno como hombre público de ser respetado.

Nosotros protestamos contra toda clase de personalidades, por lo que respecta á la vida privada del individuo.

Dé cada cual de la suya cuenta á su conciencia.

Pero aceptando el principio de que el hombre público está sujeto al fallo y á las calificaciones del público, debemos hacer algunos apuntes de la vida, y mas notables rasgos que caracterizan al señor Salvochea, héroe el mas señalado de los deplorables acontecimientos que nar-

ramos con la imparcialidad debida.

El Señor Salvochea, á la fecha de estos sucesos no era una gran figura política.

De caracter franco y risueño siempre, pero indiferente casi á todas las fases de la vida no revelaba en su apatía general ni en sus acciones, un genio decidido ni arrojado para arrostrar una gran empresa.

Creemos mas: creemos que si Salvochea figuraba como individuo del comité democrático, llamado republicano desde la revolucion de Setiembre, no se le debia á sus reconocidos esfuerzos por el fomento y desarrollo de la gran idea liberal. Era hijo tal vez de simpatías personales, ó estrechas amistades con los hombres mas pronunciados en Cádiz en pró de los principios democráticos.

Ningun servicio señalado, ningun acto ejecutado, nada, en fin, podia anunciarnos que el nombre de Salvochea pudiera hacer eco en Cádiz, ni objeto de la atencion pública en España, ni mucho menos una figura en los fastos de la revolucion española.

La historia no obstante hablará de la revolucion de Setiembre, hablará de los acontecimientos de Cádiz y tendrá que hablar de Salvochea.

Y, ¿qué puesto le reservará en sus páginas? ¿Hará un ataque á la personalidad privada, como menguadamente hicieron algunos perió-

dicos, entre ellos la engañosa, la falsaria, la *camalcona Correspondencia de España?* *

No.

La historia podrá decir que Salvochea fué rebelde á un Gobierno constituido por sus votos propios, no por los votos de la nacion, ni del pueblo su único soberano; pero cuando le llame rebelde, rebelde le habrá llamado tambien á ese mismo Gobierno que tres meses antes se pronunció contra otro poder aun mas legítimo.

La historia podrá decir que Salvochea alen-
tó con el empuje de su voluntad de hierro una *insurreccion* que trajo el luto y la desolacion al seno de innumerables familias, pero justa en sus apreciaciones, esplicará las causas de esa insurreccion y descargará el terrible golpe de su fallo sobre los culpables.

La historia, por último, respetará, como respetamos nosotros, la sentencia de un tribunal á quien no tenemos el derecho, por mas que vivamos en tiempos de libertad, de calificar de injusto.

Pero ¿podrá la historia calificar á Salvochea de cobarde?

No.

Por el contrario: dirá que Salvochea, fué el verdadero héroe entre los héroes de los acontecimientos de Cádiz.

Dirá que se batió con un arrojo á toda prue-

ba, con una decision admirable.

Que fué severo, pero digno en la lucha.

Que no fué vengativo. X

Que fué un buen gefe, un entendido militar, un ciudadano honrado, un amigo generoso del vencido, un padre caritativo de los hijos del pueblo, un gaditano ilustre, un valiente.

Desde nuestro humilde bufete vemos colorearse algunas mejillas con el sonrojado carmin del despecho y del rencor.

Almas serán envidiosas: si son de gaditanos, de gaditanos bastardos; pero aunque nuestras palabras sonrojen mejillas, nuestro corazon se ensancha al hacer estas calificaciones, nuestros labios sonrien con la sonrisa de nuestra conciencia tranquila, porque nuestra pluma se inspira en el recto principio de la verdad y la justicia.

Salvochea, dentro de su propio critério, ha sido el héroe mas notable de las barricadas de Cádiz.

Su nombre será siempre escuchado con orgullo por los hijos de esta querida ciudad.

Enemigos intransigentes somos del gran Napoleon, del capitan del siglo.

El, trajo á nuestra querida pátria una hueste tiránica extranjera, para despojarnos por la fuerza de las bayonetas de nuestro mas codiciados derechos é imponernos una odiosa monarquía napoleónica. España sacadió aquel

odioso yugo y en España se estrelló el inmenso poderio, la terrible pujanza de su Imperio. Pero ¿podremos decir que no fué un gran Capitán?

Hombre odioso y anatematizado es el invicto Duque de la Victoria, el pacificador de España, para los bandos reaccionarios de la nación: hoy mismo cuando una mano imperiosa y prepotente le designa un altísimo puesto, se agitan en pos de su alta fama venenosas plumas inspiradas sin duda por el egoismo ciego de mas bastardas ambiciones. Pero: ¿habrá quien se atreva á consignar sin ser anatematizado por la Europa entera, que el invicto Espartero, el honrado solitario de Logroño, no es un gran general?

Esto acontecerá con Salvochea.

Su conducta en los acontecimientos de Cádiz podrá ser calificada con mas ó menos severidad, con mas ó menos justicia, con mas ó menos imparcialidad, con mas ó menos saña por sus amigos y adversarios. ¿Pero habrá quien pueda negarle el renombre de heróico caudillo de las barricadas de Cádiz?

Negar esto, sería negar la luz.

VII.

Decíamos, que desde el momento en que Salvachea dirigia consus acertadas voces de mando el combate empeñado, por parte de los voluntarios y del pueblo armado, se notaba una gran regularidad en las operaciones.

Ya era una lucha organizada: ya era un combate, una gran batalla entre fuerzas regulares.

El fuego, sin embargo de no sentirse interrumpido por un solo momento durante aquella noche, no era tan nutrido como en los primeros momentos, y la causa de este fenómeno se explica facilmente.

En primer lugar, las fuerzas del ejército no podian suponer tan denodado al pueblo de Cá-

diz, que el sostuviese con ímpetu una lucha encarnizada que habia de durar tres dias: así es que se limitaba á conservar sus posiciones, sin atreverse á tomar una medida decisiva, tanto por no contar para ello con grandes elementos de fuerzas, cuanto por ignorar cuantos y cuales eran los que animaban á los *voluntarios*.

Estos por su parte tampoco demostraban tener un plan combinado: prueba mas palpable de que en Cádiz nadie habia pensado en una insurreccion, y que sin el bando del señor Peralta y su alarde militar, el conflicto que lamentamos no hubiera tenido lugar.

Ni los voluntarios contaban con pólvora y proyectiles mas que para disparar cada cual *media docena* de veces sus armas, ni sabian á aquella fecha si el resto de sus compañeros se aprestarian á la lucha y sin estos refuerzos, unos doscientos hombres que serian los primeros que entraron en fuego, poco ó nada podian adelantar.

Así es que la noche se pasó en una continua escaramuza: los combatientes se dirigian disparos reciprocos, pero inciertos, como quien dice al acaso.

Habia llegado la noche y la oscuridad era densa.

Las farolas del alumbrado público no habian podido ser encendidas; ni quizás, á poderse cruzar por las calles que eran teatro de aquella lucha, los combatientes lo hubieran consen-

tido. La oscuridad por el pronto evitaba el derramamiento de sangre.

Todo hacia creer que por aquella noche ningún hecho decisivo por una ni por otra parte vendría á resolver tan mortal y angustiosa crisis.

Entretanto el estupor de los pacíficos vecinos de la ciudad era grande, la ansiedad inmensa, el cuadro que representaban algunas familias desconsolador.

Madres que echaban de menos á sus hijos, mujeres á sus esposos, hijos á sus padres. Era de suponer que aquellos seres queridos que faltaban del lado de las madres, de las mujeres y de los hijos, se hallaban en el sitio del peligro.

Apartémonos por un momento del lugar del combate y recorramos el resto de la ciudad.

Desde las primeros momentos, al sonar los primeros disparos, la poblacion, como era consiguiente, empezó á presentarse á nuestros ojos en un estado anormal.

Todos los establecimientos, hasta los de primera necesidad, cerraron sus puertas rápidamente.

Los mas pusilánimes corrian á encerrarse en sus respectivas casas, así como los animosos se lanzaban á las calles y corrian de aquí para allá, preguntándose unos á otros la causa de aquellos repentinos sucesos.

Para todos los conocedores del espíritu pa-

cífico de esta localidad, aquello que acontecía era un hecho sin consecuencias.

El carácter festivo andaluz, que de todo saca partido, hasta de las cosas mas graves, no podia avenirse seriamente con prestar á los hechos la gravedad que ellos en sí tenían.

Al hablarse en Cádiz antes de este dia de *milicianos nacionales*, como se llamaban antes del 18 de Setiembre, la sonrisa maliciosa del desprecio se asomaba en mas de un lábio.

Cuando se les veia pulular por las calles armados, ó bien guarnecian algun punto, ó ya que desempeñaban algun acto del servicio, no dejaban de oirse algunos épitetos burlescos, lanzados por los menos formales, y hasta las mujeres los miraban con la prevencion de una indiferencia pirarezca.

No parecia sino que en Cádiz la palabra *miliciano*, era sinónimo de *cobarde*.

Y casi puede decirse que los hechos así lo tenían justificado.

Para nosotros la milicia ciudadana no merecia tan dura calificacion. La historia nos recuerda los hechos del Trocadero y otros que prueban lo contrario.

Pero ello es que así acontecía.

Nadie podia suponer que en Cádiz llegase un momento en que las armas de la patria, sirviesen para defender con denuedo la libertad.

Así es que muchos vecinos oian los dispa-

ros y reían, si es posible reír cuando se escuchan tan nutridos y sin interrupción.

En poco tiempo se difundió el motivo origen de aquel estado alarmante y belicoso.

Todos hablaban del bando del señor Peralta, y la verdad es que todos, hasta los mas indiferentes al hablar del bando, lo hacían con indignación.

Los voluntarios continuaban armándose y lanzándose á las calles y, según que iba avanzando el tiempo, el pueblo armado reforzaba sus huestes.

Como á las oraciones, empezaron á levantarse *barricadas* en todos los barrios, pero á pesar de esta actitud del pueblo, todavia era dudoso el carácter grave de aquel acontecimiento.

Nosotros vimos quizá levantar la primera y no pudimos menos de sonreír.

Media docena de *chiquillos* eran los ingenieros.

En otras las mujeres funcionaban en medio de la bulla y algazara peculiar en el *bello* sexo en todos los accidentes de su vida.

¿Qué iba á pasar?

Curiosos nosotros, y descreídos á la vez, nos propusimos recorrer todos los puntos, y la alarma que iba cundiendo, y el espíritu amenazador y decidido que manifestaba el pueblo, nos hicieron reflexionar seriamente sobre el incremento que ya presagiabamos de aquel inespe-

rado accidente. Quisimos atravesar algunas calles que daban salida á la *muralla* por el lado de la Aduana y nos fué imposible. Los soldados repartidos por dicho sitio no respetaban nada, ni aun á los pacíficos transeuntes: tiraban al *bulto*.

Al llegar al extremo ó *boca* calles, un *mozo* de tienda tuvo la humanitaria precaucion de anunciarnos el peligro que nos amenazaba si osabamos atravesar. No habiamos aun escuchado su voz, ya casi estabamos atravesando y una lluvia de balas se estrelló en la portada de un establecimiento que no distaba un metro de nuestras personas.

Desistimos de tal propósito y retrocediendo prudentemente, comprendiendo ya la gravedad de las cosas, tratamos de retirarnos, pero gruesas masas de voluntarios armados iban ocupando varios puntos de la poblacion y aunque á nadie absolutamente atropellaban, daban la voz de alerta á los transeuntes y les impedian el paso, interin el reconocimiento que practicaban, no les hacia conocer que no eran enemigos.

Por último, las *barricadas* se multiplicaban por todas partes, y á las doce de aquella noche, el aspecto de Cádiz, era el de un campamento militar.

Todo hacia ya traslucir que iba á correr por sus calles mucha sangre española.

¡Triste espectáculo!

Pero por mas que los hechos se presentaran graves, nosotros creemos y con nosotros lo creian muchas personas, que tanto en los primeros momentos, como durante aquella terrible noche, se pudieron tomar medidas que evitasen la prosecucion de aquella lucha.

Autoridades populares tenia Cádiz obligadas á velar por sus intereses, por su tranquilidad.

Nada se intentó.

El mismo Sr. Peralta pudo, asociado ó las autoridades civiles buscar algun medio, reparador en parte de los daños hasta entónces causados y que pusiera término, siquiera hubiese sido por el momento, á aquel horroroso conflicto.

Nada se intentó, repetimos.

Es indudable que se quiso traer á Cádiz, á la liberal Cádiz á aquel estado de desolacion y de ruina.

De aquí la aseveracion fundada de muchos y justificada hasta cierto punto por el trascurso de los hechos, que tras del bando del Sr. Peralta, se encubria un propósito de trascendental consecuencia.

Pero, decimos á la vez nosotros: ¿con qué elementos contaba el Sr. Peralta para dar un golpe de mano? ¿con una reducida guarnicion?

Verdad es que de los gaditanos no se esperaba

ni por las autoridades, ni por los asesores y consejeros de ella una actitud tan digna y tan resuelta.

Si pudiera penetrarse en el sagrado recinto del pensamiento, quizás no fuera difícil adivinar cual era la tendencia que envolvía en su entraña el contenido del bando del Sr. Peralta y sus poco premeditadas medidas desde los primeros momentos de la lucha.

No se trató de pacificar á Cádiz: no hubo el menor síntoma tranquilizador y conciliatorio: se trató solamente de vencer con la fuerza á un pueblo digno, valiente, sensato y pundonoroso: se trató de ametrallar á los gaditanos.

A medida que la noche avanzaba, la ansiedad iba siendo mas grande para todos.

Los voluntarios de la libertad hacian un alarde de valor desconocido.

Veíaseles animados de un ardor belicoso tal que causaba asombro.

Pero en medio de este valor que sus gefes necesitaban alentar una vez empeñado el combate, estos, mas precavidos que aquellos, no dejaban de inquietarse por lo dudoso del resultado y las consecuencias que arrastraban.

Las armas eran desiguales.

El ejército contaba con soldados aguerridos que tenian en su favor la disciplina y por apéndice una *ordenanza* á quien obedecer ciegamente y la cual dice al soldado sin andarse en otras

contemplaciones: «Pelea y muere.» Estos contaban con gefes al parecer entendidos que los dirigieran y alentaran.

Contaban con pólvora y municiones suficientes para sostener muchas horas de fuego.

Con piezas de artillería manejables, que sacudían á discrecion la metralla sobre los edificios, causando su demolicion á poco esfuerzo.

Con el *telégrafo* á su disposicion para pedir los refuerzos necesarios, como así se verificó inmediatamente.

Con las puertas de la ciudad para comunicarse sin tropiezo alguno con las poblaciones vecinas.

Y por último, con una retaguardia marítima compuesta de varios buques de guerra, entre los que se contaba la fragata acorazada *Tetuan*, la goleta *Edetana* y otros mas.

Puestos en absoluta comunicacion con los pueblos, no podian carecer tampoco de provisiones.

Y entretanto los voluntarios de la libertad, tenian pocos gefes y noveles, poco armamento, gran escasez de pólvora y municiones y, hasta esta fecha, un corto número de hombres resueltos.

¿Que iba á suceder al dia siguiente?

Esto se preguntaban los hombres que, unos por el acaso, otros por sus compromisos, otros por conviccion y otros por temeridad, se encon-

traban al frente del pueblo gaditano armado. ¿Y cual era la suerte que les prometia una rendicion?

Empeñada la lucha, fueran ó no justificadas las causas, sobre lo cual ya hemos dejado traslucir nuestras opiniones, retroceder hubiera sido cobarde y es seguro que los mas comprometidos no hubieran escapado al rigor de las leyes administradas en circunstancias escepcionales por un consejo de guerra, mandado organizar por el brigadier Don Joaquin Peralta, comandante general de la Provincia de Cádiz, siendo vice-presidente de la Diputacion provincial y gobernador interino de la misma el ex-progresista *no abstinentes* de antaño Gonzalez de la Vega.

No tenian otro remedio que concluir de un modo digno la obra ya comenzada: pelear con bravura hasta vencer, ó morir con honra.

En tal propósito, se acordaron algunas medidas prudentes, sobre todo la de difundir entre los voluntarios y pueblo armado el mayor respeto y la inviolabilidad del domicilio, hasta para los que se creyesen enemigos; castigo severo á los contraventores y *pena de muerte al ladron*.

Siempre que se apela al patriotismo de los pueblos honrados, estos saben corresponder dignamente al llamamiento que se les hace.

Al pueblo honrado de Cádiz apelaron los generales de la revolucion el 18 de Setiembre, para

salvar á la España de la deshonra en que se la veia sucumbir por momentos; y el pueblo de Cádiz no fué sordo á tan justificados clamores.

La honra de Cádiz se ventilaba para el pueblo en esta ocasion, y el pueblo tenia que justificar su patriotismo.

Y no eran solo los voluntarios armados los que se aprestaban á la defensa. Ya lo hemos dicho; hombres, mujeres, niños, todos, en fin, se ocupaban en construir las barricadas que al lucir el nuevo sol, habian de fortificar los puntos mas principales de la ciudad.

En medio del conflicto, todo era animacion, todo entusiasmo.

No parecia que el pueblo gaditano se aprestaba á una lucha fratricida, todo convidaba á creer que aquellos preparativos eran los preparativos de alguna fiesta popular.

Solo el corazon lloraba: la frente se ostentaba erguida y severa.

Aunque la noche avanzaba, el ruido fragoroso de los disparos de fusil y el estampido del cañon no dejaban de retumbar en nuestros oidos.

De momento en momento el áire hacia circundar por el espácio la alarmante voz de los *voluntarios de la libertad*, que no hacian un disparo sin esclamar con febril entusiasmo un «¡Viva la República!»

VIII.

Y así amaneció el día seis de Diciembre.

Día aun mas triste que el anterior para los hijos de esta aflijida ciudad.

Cádiz, la bella Cádiz, la blanca paloma bañada por la espumosa orilla del anchuroso mar, no presentaba como otras veces el risueño aspecto de aquella plateada matrona que se ensenorea sobre las ruinas de la antigua Gades.

La reina del Océano, la sirena de los mares, la perla entre las ciudades europeas, no tendia esta vez como siempre sus juguetonas alas sobre ese piélago inmenso que cruza el navegante, para luchar con el poderoso elemento, apartado del querido puerto donde yacen acaso sumidos en llanto los objetos queri-

dos de su corazon.

El sol tendiendo sus primeros rayos no daba la dulce entonacion de esos mágicos colores que entintan el espácio, sin nubes que lo circunden. Y no obstante, el horizonte despejado y sereno, los rayos del sol dorados siempre, pero helados en la estacion que atravesamos, este dia herian con sus abrasadores destellos.

Era que hasta el gigante planeta del dia se agitaba esfervesciente y calenturiento á la vista de un espectáculo aterrador que llenaba de consternacion, de luto, de ruina y de miserias, al pueblo mas favorecido por las galas de la naturaleza de cuantos tienen asiento en el espacioso vergel, rico de encantos y maravilla, que se llama Andalucia.

Era que los rayos del arrogante Febo, siempre altaneros y penetrantes, siempre poderosos para herir con su fuego é inundar con su fulminante luz el espacio contenian su vivificador impulso á la vista de un cuadro tan repugnante, cuyas tintas de un carmin espumoso, luchaban por pugnarle y contrariar su benéfico impulso.

Porque cuando la tierra se estremece, los elementos descompuestos secundan su estremecimiento.

Porque cuando la ira de los hombres se desenfrena, el rayo del cielo se desprende, la mano de Dios reprobadora se deja sentir impetuo-

sa, en señal de su justa indignacion.

No parecia una mañana de invierno. Tibios vapores confortaban la atmósfera y los rayos del sol herian con fiera el rostro de las criaturas.

Un impetuoso y aterrador huracan, una tempestad furiosa, hubiera acaso influido para aplacar la cólera de los hombres y decaer su espíritu sanguinario y encarnizado. Hubiera hecho si nó del todo imposible, al menos de fútil éxito la lucha, hubiera enfriado los ánimos y dado tiempo á pensar, lo que era imposible pensar en el calor de la pelea.

Pero Dios siempre es justo.

Dios quiere que en el mundo destellen con el mas vivo relieve las injusticias de los hombres; porque los hombres á la vista de las injusticias, aprenden el camino de la rectitud y de la verdad; porque las ideas no se desarrollan sin un fuerte impulso que se oponga á su desarrollo; porque el hombre para ver la luz, necesita buscarla en el caos.

La idea salvadora de nuestra nacion querida, que es la *República*, nació de la revolucion de Setiembre; se amamantó en el desconcierto, en las ambiciones de los hombres mal llamados revolucionarios; creció en las continuas declaraciones de los que todo lo sacrifican en aras de un poder que ambicionan á cualquier precio, y se consolidó en Cádiz al impulso aterrador de

la metralla y de las bayonetas realistas, confirmandose de una vez y á poco en Málaga, al gemido del asesinado y al bramido del asesino. ¿Cómo conoceríamos lo detestable del martirio sin ser martirizados? ¿Cómo condenaríamos con nuestra odiosidad la monarquía, sin conocer á los monarcas?

Todas las ideas en teoría son muy buenas, siquiera se las presente por el hombre con los fascinadores rasgos del sofisma. Pero como en la práctica los hombres las hacen palpables, descórrese el ilusorio velo que las encubria y aparecen á nuestros ojos con el vivo colorido de la verdad desnuda.

Los gaditanos hemos tenido ocasion de apreciar, aunque por poco tiempo, desgraciadamente, el benéfico influjo de la idea republicana llevado á la práctica en un momento decisivo de la mas terrible crisis.

El sistema republicano se apoya mas que en ninguna base en la honrada sensatez de ese pueblo que la monarquía siempre desprecia y tiraniza, y como el pueblo español es noble, honrado y sensato á la vez, se basta por sí solo para gobernarse, sin otra presion que su misma honradez, su misma cordura y sus humanitarios instintos.

Cádiz entregado á sí mismo, gobernado por sí mismo, sin mas dique que sus propios instintos, sin otro apoyo que el suyo propio, sin

otra autoridad mas que su soberanía, sin otra barrera mas que su sensatez, su cordura, su honradez y sus generosos sentimientos, ha realizado, con gran admiracion del país entero, de la Europa, del mundo, el sistema republicano.

¡Fatal ejemplo para los que combaten este sistema, fundados en la falta de educacion que atribuyen á las masas populares!

Cádiz al amanecer del dia 6 de Diciembre, despues de entregado á sí mismo durante una mortal agonía, en medio del desconcierto á que una lucha fratricida le condenaba, conservaba sin embargo ilesa toda su sensatez, toda su honra, toda su generosidad.

No tenia autoridades, porque estas sin duda poco conformes en la defensa de sus intereses, le habia abandonado: impopulares hasta lo sumo, como emanadas de un poder, que solo era poder por su autoridad propia, que no por la autoridad legítima del pueblo, comprendia su ridículo, el ridículo la hacia cobarde, y, ruborizada, se escondia de la vista de los honrados gaditanos, que no hubieran tenido para ella mas que el sarcástico desden que se tributa siempre á lo que para nada sirve; á lo que nada es, porque nada debe ser.

Faltaba á Cádiz esa plaga de *polizontes*, llamados malamente *agentes de seguridad*, porque por punto general lo único que aseguran es el *haber* que perciben mensual y que sale

de la entraña del desgraciado pueblo, que paga á sus agentes para que le tiranice y á veces apalee sin justicia.

X Ni la guardia *Municipal*, ni la de *Serenos* ocupaban sus puestos. Desde el primer momento del fuego, desde la tarde anterior, cada uno de los individuos que las componen, habia tenido la precaucion de ocultarse, y la seguridad individual y la del domicilio habian quedado en manos del pueblo.

No tiene Cádiz porque arrepentirse de este abandono. Por el contrario, ha demostrado de una manera palmaria, que los servicios de esa *plaga* son completamente inútiles, cuando el pueblo comprendiendo cuales son sus verdaderos deberes, no tiene cortapisas para dedicarse á cumplirlos.

Si la guardia *Municipal* hubiese acudido en aquellos momentos: ¿qué hubiera hecho? ¿Hubiera defendido los intereses del pueblo que le paga? ¿No se hubiera visto obligada por el prisma de sus propios intereses, á secundar los propósitos de los que, erigidos en gobernantes en mal hora, habian consentido que las autoridades militares decretasen y llevasen á cabo la demolicion de este desgraciado pueblo y el ametrallamiento de sus honrados y liberales vecinos?

¡Bien haya la hora en que no se presentó! Hijos del pueblo tambien, hubieran tenido que

hacer armas contra el pueblo *su amo*.

Pues bien: Cádiz entregado á su alvedrio, ni un solo hecho habia tenido que lamentar que deshonrase á sus hijos en momentos tan supremos.

El domicilio respetado hasta lo fabuloso; porque nadie desconocia que dentro de Cádiz habitaban enemigos del pueblo, muchos amigos y afectos de los que en aquellos momentos lo tiranizaban; muchos desafectos á las libertades que el pueblo con teson proclama: y ¿quien en un arranque de desbordamiento puede contener el ímpetu de la corriente?

Dentro de un alvedrio tan absoluto y supremo, reinaba la mayor seguridad. Dentro de una borrasca tan impetuosa, se destacaba la mas bonancible y consoladora calma.

Así es qué á pesar del inminente riesgo, esta mañana, fuera del lugar á donde se hallaban concentradas las fuerzas que combatian, por todas las calles de la ciudad transitaba la gente con la mayor tranquilidad, si tranquilidad es posible en momentos de tanto temor é incertidumbre. Los hombres, y hasta las mugeres, atravesaban de un lado para otro, atendiendo así á sus mas urgentes necesidades; si bien todos alarmados por la actitud tomada por las tropas, pero seguros y confiados en la decision, arrojo y espíritu de los hijos del pueblo, que ya sostenian con el empuje de su brazo, no so-

lo la honra ultrajada, sino el domicilio y la seguridad individual de los hijos de Cádiz.

Muchas barricadas se habian levantando durante la noche; pero al amanecer del nuevo dia, visto el incremento que tomara el combate, cada vecino procuraba en su morada poner una valla que en el caso desgraciado de una invasion militar, fuese cuando menos un punto de segura defensa para los *voluntarios de la libertad*, cuyo número iba en aumento, pues como hemos consignado otra vez, los sucesos de Cádiz tenian por motivo una causa local y las banderas políticas significaban casi nada para aprestarse á la defensa.

Fortificábanse las calles y las casas de una manera rápida y asombrosa: unos arrancaban hasta con solo las manos piedras y adoquines, de que en su mayor parte se componian las *barricadas*; otros formaban montones de arenas, de que llenaban sacos para colocarlos en aquellas; pero lo que mas llamaba nuestra atencion, era ver á las mugeres, á los niños y á los ancianos hacer acopio de piedras, adoquines y otras materias sólidas y ofensibles de que coronaban las azoteas, pretilos y balcones, como disponiéndose cada uno, y todos con relacion á sus fuerzas, á hacer una resistencia ofensiva y formidable por cuantos medios sugiere la imaginacion humana.

Porque era muy de notar que nadie tenia miedo; que todos sin distincion, *todos*, lo repe-

timos con la mas solemne protesta de nuestro corazon, deseaban con creciente fervor el triunfo del pueblo.

A medida que aumentaban las barricadas, se veian agruparse á ellas á los *voluntarios* é individuos armados que durante la noche anterior no habian tenido decision bastante para lanzarse al peligro, pero que ahora no podian vacilar, con conocimiento de causa, en llenar el mas imprescindible de los deberes: la defensa de la humanidad atacada en una de sus mas sacrosantas garantías; en la de la libertad.

En todos los puntos fortificados y guarnecidos, carteles fijados por los *voluntarios*, dejaban leer en gruesos caracteres esta sentenciosa palabra:

«*Pená de muerte al ladron!*»

Otro impreso habia circulado y apareció tambien en las esquinas llamando al pueblo á las armas.

Quisiéramos insertalo en este lugar para conocimiento de nuestros lectores, pero es el único documento que nos falta para el complemento de la historia de estos sucesos. Intentamos copiarlo y no se nos permitió. Respetamos las causas. Acudimos á solicitar su adquisicion al *centro* de donde debiamos suponer emanaba, y tampoco obtuvimos resultado. Era lógico en aquellos momentos el negar la iniciativa, porque cualquiera de estos detalles podia

de el Hospicio á la Plaza de toros, Cárcel y Casa de matanza.

Parte del regimiento de Gerona, acuartelado en Santa Elena, tambien tomaba puesto entre los combatientes del ejército, y el resto ocupaba las afueras de la Puerta de tierra que tenian incomunicada para el pueblo, que se hallaba reducido á un espácio rodeado de murallas, resguardado por un constante fuego de fusilería y artilleria.

Las fuerzas de la Bandera de Ultramar que se hallaban de estacion en esta esperando su embarque para la Isla de Cuba, habian tomado posesion del castillo de Santa Catalina, desde cuyas troneras atisbaban á los que descuidadamente osaban ponerse á su vista, para dispararles sus carabinas.

Esta actitud tomada por el ejército al nacer el nuevo sol del dia seis, no aminoró un átomo el espíritu popular. Por el contrario, mientras mas acrecia la energia, bravura y desenfreno de las tropas, mas y mas resaltaba el denuedo, la bizarría y heroicidad de los voluntarios y paisanos.

Con alma grande y corazón tranquilo, al frente de su enemigo y recibiendo con valor los disparos que se le hacian, lanzaban chanzonetas y burlescos epítetos á su adversario, y á su vista, á corta distancia, levantaban nuevas barricadas, que momento despues habia

de serviles de fuertes baluartes para su defensa.

No nos cansaremos de enaltecer la bravura del pueblo de Cádiz.

Nuestros lectores de fuera de esta querida y maltratada ciudad, podrian tomar á fábula nuestro relato, si en apoyo de él no se hubiera levantado en el acto la opinion pública.

No tienen número los rasgos de heroicidad hechos en estos dias por jóvenes, en su mayoría, sin el critério indispensable para sostener con la constancia y energía propia un hecho de armas que hoy admiramos todos y que los siglos conservarán en su memoria.

¡Loor eterno á la juventud gaditana!

¡Mentís el mas solemne á los que un dia antes os miraban con desden y desprecio!

El aspecto de la poblacion en este segundo periodo de creciente agonía y sobresalto, era aun mas aterrador que en la pasada noche.

A pesar de la festividad del dia todos los templos permanecian cerrados. Y aquí debemos consignar con dolor, no ya el desamparo hecho á la poblacion por las autoridades y funcionarios públicos de todas clases, sino lo que es aun mas lamentable, por todos los individuos pertenecientes á la Iglesia.

¿De qué servia al pueblo de Cádiz en momentos tan terribles, tan decisivos y solemnes, el profesar las religion Católica, Apostólica, Romana?

¿A donde estaban sus ministros?

¿A donde apelaban los moribundos para obtener los necesarios auxilios espirituales?

¿A donde para buscar en su última agonía, en el último suspiro de su vida, el perdón de sus culpas?

¡Triste es confesarlo!

Los ministros de la Iglesia permanecieron mudos á la voz de la humanidad que perecía en medio de las calles, de las plazas, revolcada en el humeante charco de su sangre!

Ni uno solo, ni un solo caso, ni un solo rasgo humanitario y religioso en los tres mortales días.

La humanidad solo se reflejaba en los hijos del pueblo. Ellos solamente se prestaban sus recíprocos auxilios.

¡Ni aun el consuelo de la religion para el pueblo que exalaba su último gemido!

¡Terrible ejemplo! ¡Cruento desengaño!

.

Decíamos que los templos se hallaban cerrados. En cambio todas las casas estaban abiertas, de todas emanaban auxilios para los héroes de Cádiz, en todas habia preparativos para su defensa.

Tambien prestaban sus mas interesantes servicios los establecimientos de primera necesidad. No solo surtian al público, sino que bastaba la firma de un oficial de los voluntarios,

de un gefe de barricada, para facilitarse por los dueños de dichos establecimientos toda clase de raciones y víveres para el sustento de los ciudadanos, que se batian los unos, velando los otros por la seguridad del vecindario.

Justo es consignar este espontáneo desprendimiento, que, no dudamos, pagará el pueblo de Cádiz en un dia quizás cercano.

Ya hemos dicho que las fuerzas populares contaban con escasos medios de defensa; y esto, aunque no debilitaba por completo el ánimo de los voluntarios, hacia meditar seriamente á los gefes, mas directamente conocedores del peligro.

Pero entretanto que estos deliberaban sobre la gravedad del caso, para el que no encontraban solucion, aquellos, que por todas partes y en todos sus actos iban dejando un honroso rastro de su heroismo y decision, se ocupaban del mismo asunto con la resolucion del que todo lo vé perdido y lo arriesga todo por salvarse.

Como á las nueve de la mañana, un convoy conducido por fuerzas militares y compuesto de tres carros cargados de algunas provisiones y gran cantidad de paquetes de cartuchos para carabina atravesaba con las mayores precauciones por la Alameda de Apodaca.

Desde el Parque de Artilleria habia tomado direccion hácia la Aduana para prestar este resfuerzo indispensable á las fuerzas acantona-

das en dicho edificio, pues las que ocupaban el muelle, la muralla, barricada de la plaza de San Juan de Dios y casas ocupadas por la tropa en dicha plaza, recibían las municiones de los buques de guerra surtos en nuestra bahía.

No llegaría al número de veinte voluntarios los que, apercebidos de la conducción de aquel convoy, le salieron al encuentro, y después de un combate poco reñido, pues las fuerzas que lo custodiaban, conociendo la decisión de aquellos, comprendieron que era inútil la lucha, sopena de perder la vida hasta el último de los soldados, abandonaron dos de los carros en poder de los voluntarios, que coronaron con este nuevo triunfo el logro de su propósito, casi reducido á fracasar en aquellos momentos, sin la preciosa adquisición que acababan de hacer.

Poco tardó en difundirse por la población este nuevo hecho de armas, y volviendo á reanimarse el espíritu ya decaído de muchos por la falta de municiones que cada momento se iba haciendo mas ostensible, los ánimos reanimados, recobrando su entusiasmo, redoblaron con mas ardor el esfuerzo, y el combate tomó un aspecto mas enérgico por parte del pueblo.

Ya cada cual no se contentaba con formar en las filas de los combatientes. Cada uno quería distinguirse por un nuevo hecho notable que lo pusiera de relieve y ensalzara á la vista de sus compañeros y de sus gefes.

Este entusiasmo, este belicoso ardor, no era sin embargo fundamento bastante para dejar de pensar gravemente sobre el desenlace de aquellos terribles acontecimientos.

Aun siendo segura la victoria en las calles de Cádiz; ¿el resultado sería favorable á la causa del pueblo?

Vencidas las tropas de la guarnicion, la victoria seria momentánea.

No se trataba de una sublevacion nacional que, partiendo de Cádiz, tuviese eco en otras capitales importantes y se hiciera general y extensiva en toda la nacion para proclamar una idea, una nueva era de Gobierno, una nueva forma. No era una revolucion: era un hecho aislado y local, provocado por un ataque á la honra de la localidad y que, en un momento de irreflexion, se habia puesto en tela de juicio con las armas en las manos.

Forzoso se hacia reflexionar sobre el desenlace, sin dejar ya el camino emprendido por temor á la implacable venganza de los vencedores.

Obtenida la victoria sobre la guarnicion, sería, no hay que dudarlo, una victoria efímera.

Fuerzas poderosas habrian de caer sobre Cádiz, imposible de resistir, y entónces la lucha convertida en una temeridad mal entendida: porque la lucha sin probabilidades de triunfo es una ignorancia indisculpable.

Pensando de este modo cuerdamente los ge-

+ fes del pueblo armado y el Comité republicano que, como dejamos dicho, se habia erigido en autoridad, y deliberaba reunido en la Casa Ayuntamiento, la tendencia de sus discusiones se encaminaba á concluir de una manera decorosa con aquella situacion, evitando en cuanto le fuese posible el derramamiento de sangre, de que ya habia que lamentarse, tanto de los hijos del pueblo, como de los soldados sus hermanos, que hermanos son suyos, é hijos del pueblo son tambien.

+ Para aplacar en lo posible la cólera de estos, para hacerles comprender lo injustificado del ensañamiento, acordose fijar en un programa, cuales eran las tendencias populares, sus intenciones con respecto á la tropa, y en un gran lienzo que cubria mucha parte del edificio Casa Ayuntamiento, punto á donde se dirigia el mas formidable ataque por el ejército, se estamparon con gruesos caracteres, visibles á la mas larga distancia, las siguientes inscripciones, en esta forma:

VIVA
EL EJER
CITO
LICENCIA
ABSOLUTA
TODOS
HERMANOS

Tal era la conducta que se trazaba el pueblo con los soldados.

El Comité republicano es indudable que trabajaba por llevar á un buen fin los tristes acontecimientos que describimos.

Pero ¿como ponerse *al habla* con los gefes del ejército? Estos no lo hubieran permitido sin duras condiciones, porque el brigadier Sr. Peralta, autor del *bando* origen de esta discordia, era el que hasta entónces dirigia las operaciones, y estaba plenamente probado su designio.

Sentada al mismo tiempo la hipótesis de que lo que acontecía en Cádiz debia considerarse como una *insurreccion* contra las autoridades constituidas, pues así ellas cuando menos lo habian de afirmar, no era tampoco probable una transacción.

El Sr. Peralta no hubiera consentido en retirar el *bando*, y con el bando en todo su vigor no habia para los *voluntarios* mas que un camino: la rendicion, y con la rendicion la entrega de armas.

Dado el primer paso de desobediencia al mandato de la autoridad militar, considerado este mandato como un ataque á las libertades proclamadas por la revolucion de Setiembre, no habia medio legal para el pueblo de retroceder sin deshonor. Así lo comprendian los hombres que se hallaban al frente del movimiento; y el

pueblo español, cuando se trata de su honra, no retrocede nunca; prefiere morir mil veces. Podrá ser generoso, pero jamás cobarde.

Tal era la situación de los gaditanos armados.

La voz conciliadora de las autoridades llamadas á terminar el conflicto, tampoco se había dejado oír.

Y en este caos de confuso laberinto, de tan encontrados sentimientos, no era dudoso el camino. La prosecucion del conflicto era evidente, aunque nadie se prometia del resultado ventajas notables.

Entretanto se desconocia el espíritu del Gobierno que, indudablemente, á esta fecha, debía tener conocimiento de los sucesos.

¿Podia un Gobierno liberal revolucionario aprobar la conducta del Sr. Peralta?

¿El pueblo español permanecería mudo al grito de indignacion lanzado en Cádiz? ¿Conocería los sucesos y la verdad de su origen?

Lógico era que si el país, penetrado de la razon de los *voluntarios de la libertad* de Cádiz, hubiese protestado de las medidas de su gobernador militar, el Gobierno habria dictado sus órdenes conciliatorias, para remediar un tanto el desastre acontecido. Esto parecia lo justo.

Pero por ventura ¿al Gobierno se le decia la verdad? Por ventura ¿al pueblo español no se le estraviaba en su criterio?

Y por otra parte, ¿no era también de presumir que las órdenes dictadas en Cádiz por Peralta, emanasen de ese mismo Gobierno?

Todo era posible.

Y si esto sucedía, había casi un fundamento para creer que el alzamiento de Cádiz iniciado y llevado á cabo por consecuencia del *bandol* del Sr. Peralta, podía ser secundado por otras capitales, y entónces, no se trataba de una revolución contra un Gobierno que, matando las libertades que el mismo había proclamado, se hacía acreedor á que los pueblos procediesen con él, segun él había procedido pocos meses antes contra un poder tenido hasta entónces por lejítimo.

Divagando entre estos encontrados pareceres, la actitud de los *voluntarios de la libertad* y la de los paisanos armados, una vez organizado aquel sanguinario combate, obedecía, no solo al instinto de su propia defensa: obedecía á una bandera de partido, y esta bandera era la del partido republicano.

Muchos creían ver en el alzamiento de Cádiz la proclamación de la República Ibérica.

Y ¿qué mas natural y posible que la proclamación de una forma de gobierno iniciada en una ciudad que, dos meses antes, puestos á su cabeza los hombres que ahora ocupaban el poder, había hecho pedazos, pisoteado, escarnecido, el trono de los fatales Borbones, para

entrar en una era de regeneracion política y social?

Pero no nos detengamos aquí en estas reflexiones, ya que nos es forzoso hacerlo para dar á conocer á los lectores de tan mal trazada reseña, la opinion formada por el país en los primeros momentos de la fratricida lucha; y como esta opinion no tenia otro punto de apoyo que el de las noticias que sobre los sucesos emanaban de las autoridades, porque el pueblo gaditano incomunicado no podia prolongar sus ecos mas allá de su estrecho recinto, vamos á transcribir en el siguiente capítulo las noticias que de estos acontecimientos se hacian llegar al Gobierno provisional, y que este poder, hoy único supremo en la nacion, trasmitia al pueblo español, tantas veces fascinado tantas veces estraviado en su recto y severo criterio.

X.

Como que las autoridades de esta Provincia han manifestado ver el origen de lo acontecido en Cádiz, en los sucesos habidos anteriormente en el Puerto de Santa Maria, forzoso es dar á conocer los partes que aquellas hicieron llegar al Gobierno, desde los primeros síntomas de trastorno en dicha ciudad.

He aquí los que el dia cuatro, es decir, el anterior al de la publicacion del *bando* del Sr. Peralta, dirigia el Sr. Alcalá Zamora, Gobernador civil de esta Provincia, al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion:

«Cádiz á las cuatro y cinco minutos de la mañana.

El Gobernador al Ministro de la Gobernacion.

El alcalde quinto del Puerto, hoy en funciones de primero, en telégrama que acabo de recibir, me dice lo siguiente:—Antes de encargarme de esta Alcaldía venian gastándose 11,000 rs. en jornales á las clases trabajadoras. Por falta de recursos para continuar así, acordó hoy el Ayuntamiento emplear cada dia cien hombres á seis rs. alternando. Convencidos en ello los jornaleros se han presentado, sin embargo, esta noche tumultuosamente á exigir mayor jornal, y diario, para todos. Segun confidencias se proponen mañana atacar por fuerza al Ayuntamiento. La situacion la tengo por grave.—Lo que traslado á V. E. para su conocimiento, debiendo manifestarle que inmediatamente he teleografiado al alcalde para que con la fuerza de carabineros, interin por la mañana vñ del ejército, que he reclamado á este Gobierno militar, sostenga el órden á todo trance y con la mayor energía, entregando á los revoltosos á los tribunales de justicia.»

«Cádiz 4, á las dos y once minutos de la tarde.

«El Gobernador al Ministro de la Gobernacion.—No creo necesario marchar al Puerto, en cuyo punto tengo setenta carabineros y dada órden para que vaya el batallon cazadores de Madrid que se halla en Jerez. El alcalde quinto, que está hecho cargo de la jurisdiccion, ejecuta mis órdenes con puntualidad, y como me ha-

ya dicho que la fuerza ciudadana no le inspira confianza y que aunque sin armas está mezclada con los alborotadores, le he ordenado proceda al desarme de los perturbadores, y espero constestacion. Hasta las once y cuarenta de esta mañana los grupos de revoltosos no habian hecho uso de las armas, pero persistian en su actitud hostil y exigian que el alcalde entregase el mando. De todo le daré aviso, y esté firmemente persuadido de que tanto en el Puerto como en cualquiera otra parte en que el orden sea alterado lo restableceré pronta y enérgicamente.»

«Cádiz 4, á las cinco y cinco minutos de la tarde.

«El Gobernador al Ministro de la Gobernacion. He dado orden al alcalde del Puerto para que proceda al desarme de la milicia de dicha ciudad, y si no fuese obedecido iria yo en persona á ejecutarlo. Al alcalde de San Fernando he vuelto á oficiar hoy preguntándole si está desarmada la que desobedeció sus órdenes, y si no estuviesen cumplidas lo será enérgicamente.»

«Cádiz 4, á las ocho de la noche.

«El Gobernador al Ministro de la Gobernacion.—Salgo esta noche en el tren para el Puerto de Santa Maria, donde se hace necesaria mi presencia para el completo restablecimiento del orden y desarme de la Milicia sublevada.»

«Puerto 4, á las once y cincuenta y cinco minutos de la noche.

«El Gobernador al Ministro de la Gobernacion. He llegado á esta ciudad. A estas horas, las once de la noche, la ciudad parece tranquila. Tambien lo ha hecho el batallon cazadores de Madrid, procedente de Jerez. El alcalde quinto, Sr. Vinthuysen, ha ejecutado enérgicamente cuanto se ha ordenado y ha sido posible hacer, sin tener otra fuerza que le apoyara que sesenta y cinco carabineros. Se procede sin levantar mano y activamente á la formacion de causa. Los revoltosos han estado todo el dia en actitud amenazante y provocadora, pero la actitud resuelta del Sr. alcalde y de D. Angel de Bara, jefe de la pequeña fuerza de carabineros, han evitado el choque. He publicado un bando enérgico, del que por el correo acompaño un ejemplar.»

Veamos ahora los dirigidos el dia cinco por la misma autoridad:

«Puerto 5 á las doce y treinta y cinco minutos de la mañana.

«El Gobernador al Ministro de la Gobernacion.—«Anoche llegué á esta ciudad; esta mañana se ha publicando el bando para la entrega de armas; fué arrancado, y estando en session con el Ayuntamiento supe hacian barricadas. El alcalde con el jefe de cazadores de Madrid y fuerza de su cuerpo, marcharon á donde estaban, arengándolos para que depusieran las armas y obedecieran; contestaron con una descarga; empeñóse la lucha, y los revoltosos fue-

ron desalojados con algunas pérdidas: un cazador herido. Se reconcentran hacia el camino de Jerez, de donde esperan refuerzos. Yo los he pedido á Sevilla y Cádiz, y en cuanto el batallón coma serán de nuevo batidos.»

«Puerto 5, á las cuatro y cuarenta y dos minutos de la tarde.

«El Gobernador á los Ministros de la Gobernacion y Guerra.—La poblacion tranquila ahora: en la lucha de las calles han resultado seis paisanos heridos, cuatro de ellos de gravedad; un sargento y un soldado de cazadores de Madrid tambien heridos. Al primero de estos se le ha amputado una pierna. Los revoltosos que no han podido esconderse se retiraron á los pinares y marismas. Puede decirse que todo ha concluido, puesto que llegando los refuerzos que espero, se dispondrá una batida general, quedando fuerzas para defender la ciudad caso necesario.

Se han recogido 114 fusiles, y espere se seguirán entregando.»

Como se desprende de los documentos anteriores, la insurreccion del Puerto de Santa Maria en nada tenia relacion con los acontecimientos que mas tarde sobrevinieron en Cádiz.

En la tarde del cinco se consideraba vencida por la autoridad: durante aquel dia, en su mañana, el orden no se habia alterado en Cádiz, y sin embargo, el brigadier don Joaquin Pe-

ralta, ocupado, segun se deja concebir por los anteriores telégramas, en mandar parte de la fuerza militar de su mando á reforzar las existentes en el Puerto de Santa Maria, quedando por consiguiente en la capital una muy reducida guarnicion, á las tres de la tarde de dicho dia, mandaba, por medio de un bando, publicado á tambor batiente, desarmar á los *voluntarios de la libertad* que, hasta entónces, ninguna actitud hostil habian demostrado.

La imprevision, cuando menos, no puede estar mas patente.

Solo una *mal aconsejada* autoridad, que desconoce la índole del pueblo que le está subordinado, procede con tan injustificada ligereza.

Puede el pueblo gaditano vivir eternamente reconocido á los consejeros del Sr. Peralta.

La *Gaceta* de Madrid, entretanto, daba á conocer al pueblo español, en su parte no oficial, estos acontecimientos del modo siguiente:

«En la tarde del dia 4 del corriente, ha sido alterado el orden público en el Puerto de Santa Maria: varios grupos de trabajadores armados se presentaron tumultuariamente al alcalde pidiendo trabajo, y exigiendo que resignase el mando en uno de los tenientes. La autoridad municipal, accediendo á lo primero, y resistiendo, como debia, la segunda exigencia, dió cuenta al Gobernador de la Provincia, quien se presentó con fuerzas para imponer el orden, dic-

tando las medidas que juzgó convenientes, y publicando un bando para que entregasen las armas los que hacian de ellas uso tan contrario á la ley. Ni el bando ni las demas disposiciones de la autoridad fueron atendidos, y por el contrario, los perturbadores, trataron de hacerse fuertes al dia siguiente construyendo barricadas y poniéndose en actitud de resistencia.

«El alcalde, acompañado del comandante de matriculas y del segundo jefe de la fuerza militar, trató de amonestar á los amotinados pero fueron recibidos á tiros, teniendo que apelar á la fuerza que los acompañaba y que sufrió una descarga, de la cual fueron heridos un sargento y un soldado del batallon cazadores de Madrid. Cargados los insurrectos por la tropa, abandonaron las barricadas, dejando seis heridos en el choque y poniéndose en fuga hácia las marismas y los pinares, dejando en poder de la tropa 200 fusiles.

«Despues de este suceso, el órden fué restablecido en el Puerto de Santa Maria, pero sin trascurrir mas tiempo que el necesario para que la noticia de estos hechos fuese transmitida; la alteracion del órden se reprodujo en Cádiz, siendo cortada la comunicacion telegráfica y la vía férrea entre aquella plaza y San Fernando.

«Durante toda la noche el Gobierno ha recibido partes que se le han dirigido por las auto-

ridades de la provincia y por algunos funcionarios del Puerto de Santa Maria, manifestando que se oia un nutrido fuego dentro de la ciudad de Cádiz. Se carece de detalles, porque no hay parte oficial aun ni del general gobernador de la plaza, ni de la autoridad civil de la provincia, que regresaba á la capital con la fuerza que habia salido de la misma para sofocar la insurreccion del Puerto de Santa Maria; pero por noticias de referencia se supone que la insurreccion quedaba dominada.»

A continuacion insertaba los telégramas siguientes:

«Puerto 5, á las seis y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

El Gobernador al Capitan general de Andalucia y á los Ministros de la Gobernacion y Guerra.— Dos patrones de barco que llegan de Cádiz, dicen que entre tres y cuatro de esta tarde se ha roto el fuego en dicha ciudad entre el ejército y pueblo, oyéndose un muy nutrido fuego de fusilería y artillería. En este momento resigño el mando por la gravedad de las circunstancias.»

«Sevilla 5, á las doce y treinta minutos de la noche.

«El Capitan general al Ministro de la Guerra.—Segun las últimas noticias recibidas del Puerto, aquel punto y Jerez tranquilos. En Cádiz seguia la lucha, presumiéndose iba dominando la tropa. El brigadier Pazos saldrá con

fuerzas, embarcando en el Puerto en la goleta *Edetana*.»

«San Fernando 6, á las nueve y treinta y nueve minutos de la noche.

«El administrador al del correo central.—La expedicion ascendente no ha salido por estar la plaza incomunicada con esta á causa del fuego que empezó ayer á las tres de la tarde y no ha cesado. La vía de Cádiz rota. La descendente del 4 ha llegado hasta la puerta de Tierra de Cádiz en dos calesas, de donde fué rechazada por fuerza armada, regresando á San Fernando. Este administrador sale mañana en la ascendente.»

«Sevilla 6, á las siete y ocho minutos de la noche.

«El Gobernador al Ministro de la Gobernacion.—Segun telegramas del comandante general del Departamento, las noticias que tiene de Cádiz son de estar rendidos los insurrectos. Las comunicaciones interrumpidas por mar á causa de la barra. Nos faltan, por tanto, por menores y noticias directas. Aquí, Jerez, San Fernando y demás pueblos, tranquilos.»

Es decir, que el país tenia conocimiento de haber ocurrido una *insurreccion* en Cádiz, pero desconociendo el origen hasta ahora, siendo el espíritu natural de todos los buenos liberales el sostenimiento del orden público, la actitud del pueblo español tenia que ser especitan-

te y mas bien indignada á condenar á los *revoltosos* de Cádiz, que tal calificacion merecian los que segun el último de los anteriores telegramas en pocas horas de lucha habian de-
puesto las armas.

Pero no era así desgraciadamente, y decimos desgraciadamente, porque sean cuales fueren las causas que lancen á un pueblo á una lucha fraticida, nosotros, al ver correr la sangre española, no podemos por menos de lamentarnos con toda la espontaneidad de nuestro corazon.

Reanudemos nuestra reseña del dia seis de Diciembre.

XI.

Mientras las fuerzas combatientes vacilaban un tanto ante la perspectiva de la reiterada y cada vez mas prepotente resistencia de los *voluntarios de la libertad*, estos no perdonaban ocasion de redoblar los medios de defensa.

Al violento empuje de la artillería enemiga, necesario les era oponer así mismo armas de igual índole, y el baluarte de San Sebastian les facilitó la manera de llevar á cima su propósito.

Mentira parecerá á nuestros lectores, como nos lo parecia á nosotros que lo presenciábamos, que un punto tan importante como lo es el castillo de dicho nombre, en momentos tan criticos estuviese desatendido por las fuerzas

militares. Nada hay mas cierto.

Una masa de hombres del pueblo, entre los cuales no se hallaban por cierto la mayor parte armados, como á las once de la mañana, corría por el barrio de la Viña en direccion á la playa llamada de la Caleta.

Nadie se podia esplicar el intento de aquellos hombres á quienes todos observaban con curiosidad, y no faltaban propaladores de noticias inventadas, que asegurasen que aquellos hombres iban á favorecer el desembarco de un peloton de *voluntarios de la libertad* de la ciudad de Jerez de la Frontera, que acudia á prestar sus auxilios á los de esta ciudad. Semejante comentario, que corria de boca en boca, atrajo á aquel sitio gran número de curiosos que no retrocedian en su camino, á pesar de los repetidos disparos que se les hacia por los soldados de la bandera de Ultramar parapetados tras las troneras del Castillo de Santa Catalina.

Pero tal suposicion era un absurdo. En Jerez se ignoraba, como en toda España, el origen de la sublevacion de Cádiz y la causa que defendian los héroes de este pueblo.

El propósito de aquella masa de hombres era el de apoderarse de una ó mas piezas de artillería de las existentes en el mencionado baluarte.

Para llevarlo á cabo con mas precision, seguridad y menos violencia, se habian apode-

rado de los bagajes necesarios con que hacer la conduccion de dichos cañones.

No hemos presenciado jamás operacion mas rápida: en menos de una hora el célebre cañon *Pizarro*, tal es su nombre, del calibre de treinta y seis, que hasta desmontado se hallaba, habia sido colocado con gran inteligencia sobre su cureña, arrastrado con gran velocidad y atravesando estrechas callejuelas, tortuosos laberintos, cuevas casi intransitables, puesto á disposicion de los voluntarios, que, sin perder terreno, se batian en la Casa Ayuntamiento bajo la direccion de su bravo gefe el comandante Salvochea.

Para el pueblo decidido no hay escollos ni barreras.

En circunstancias normales se hubiera tenido por imposible la práctica de aquella pezada cuanto difícil operacion, esta vez ejecutada con tanta prontitud é inteligencia.

Gran sorpresa debia causar á las huestes militares ver en poder de sus adversarios un arma tan terrible contra sus intentos; pero aun mayor debia ser, el observar que aquella arma mortífera era manejada con la inteligencia y pericia de combatientes, aunque sin la debida instruccion al efecto.

Los medios usados para poner en juego el cañon *Pizarro*, no nos parece muy del caso explicar. Lo que sí podemos asegurar es, que los

voluntarios de la libertad contaban en su seno á muchos *artilleros*, unos *licenciados* de esta arma y otros prisioneros de guerra, que no eran pocos los que en este concepto, y no solo de artilleria, sino de infanteria y carabineros, existian á aquellas horas á buen recaudo en la Casa Ayuntamiento.

Lo que de cierto hay en todo ello, es que el cañon *Pizarro* empezó á funcionar con tanto acierto, que desde sus primeros disparos, que produjeron gran pánico en las filas del ejército, se empezó á notar alguna ventaja por parte de los voluntarios.

Puede tambien atribuirse á algun desaliento entre los militares, ocurrido desde el momento en que una bala de carabina, hiriendo en un pié al brigadier Sr. Peralta, dejó á este jefe fuera de combate.

De cualquier modo, cuando el batallon Cazadores de Madrid, que se hallaba en el Puerto de Santa Maria, llegó á reforzar el ejército combatiente, la ventaja, si ventaja podia considerarse que obtenia una de las partes beligerantes, estaba por el pueblo armado.

No queremos pasar adelante, sin consignar un hecho que tambien tuvo lugar en las primeras horas de esta mañana y que merece nuestra mas severa censura.

Nos hemos propuesto en todo el transcurso de esta obra ser severos é imparciales, y no va-

cilaremos en reprobar cuando el caso lo requiera, aunque nuestra reprobacion recaiga sobre los hijos del pueblo querido entre quienes nacimos y por los cuales gustosos derramaríamos la última gota de nuestra sangre.

Simultáneamente y mientras el combate tomaba grandes proporciones en los puntos culminantes, que tales eran la renombrada plaza de San Juan de Dios, y barricadas adyacentes á la muralla desde dicha plaza á la Aduana, la poblacion en general no dejaba por ninguno de sus ámbitos de poner en práctica cuantas medidas ofensivas y defensivas estaban á su alcance.

Una turba de hombres del pueblo armados y sin armar habia corrido hasta el edificio *correcional*, situado en el campo del Sur, y atropellando la guardia que lo custodiaba, habia hecho prisioneros al oficial y soldados de que se componia, se habia apoderado del armamento, que todos se disputaban y repartian, contándose este caso como una hazaña mas entre las muchas llevadas á cabo por el pueblo gaditano.

Pero esta hazaña, si tal quiere llamársele dejaba un terrible vacio en la buena marcha de la conducta trazada por los *voluntarios* desde el principio de su campaña.

Despojado el edificio del piquete ó guardia encargado de su custodia, los *penados* allí existentes, en número de mas de sesenta, quedaban

en completa libertad. No era dudosa la resolución de estos en un momento para ellos de tan suprema ventura. Victoreando á sus libertadores, emprendieron prontamente la fuga, pero al mismo tiempo, guiados por el instinto de su reconocimiento, antes que poner en salvo sus personas del rigor de las leyes que los condenáran, cada cual corrió á ocupar un sitio de peligro en el lugar del combate, siendo en casi su totalidad, durante los dias de lucha y los que subcedieron á ella, modelos de honradez y comedimiento.

Empero nosotros, que antes que nada proclamarémos siempre el respeto á las leyes, quisiéramos que aquellos desgraciados presidiarios hubieran sido conservados en su lugar, sin perjuicio de impetrar clemencia para ellos, cuando las circunstancias, mas favorables, lo hubieran permitido. Lo demás era atropellar la ley, y la ley nunca debe ser atropellada.

XII.

Hemos hecho notar en el capítulo anterior, que el batallón Cazadores de Madrid que se hallaba en el Puerto de Santa Maria, habia llegado á Cádiz en auxilio de la guarnición que combatia con el pueblo y que hasta este momento ningun golpe decisivo habia intentado.

Era en efecto, que los gefes que se hallaban al frente de las tropas, no las creian suficientemente poderosas para arrostrar una gran empresa.

No pensó acaso lo mismo el batallón *Cazadores de Madrid*. Mas animoso que la guarnición que hasta entónes se batia, no sabemos si por voluntad propia, ó quizás en mal hora mandados por el gefe superior de todas las fuer-

zas, ello es, que apenas desembarcó por el muelle de la Puerta de Sevilla, en aquella misma mañana, se propuso un golpe definitivo.

Distribuido en varios puntos, los que acaso se creían menos defendidos por los *voluntarios de la libertad*, proyectó un ataque definitivo, fijándose muy particularmente en tomar al asalto la barricada construida en la calle de San Francisco, cerrando la boca de la de Pedro Conde.

Imponente era ver la bravura y decisión manifestada por este cuerpo del ejército, en mal hora creado por el inolvidable Duque de Tetuan, durante el *bienio* progresista; y decimos en mal hora, porque es indudable que el susodicho Duque, ó lo que es lo mismo, la funesta *Union liberal*, que al subir al poder el año de mil ochocientos cincuenta y cuatro, echándose en brazos de los cándidos progresistas, admirando la bravura de los hijos del pueblo que con tanto valor como abnegación se batieron en las calles de la entónces coronada villa, comprendió la necesidad que tenía de luchar y vencer á ese mismo pueblo, si al cabo había de tener lugar la *premeditada jugarreta* del cincuenta y seis. Esto no lo consideró posible sin grandes y destructores elementos de guerra, y el general O'Donnell, gran general por cierto, por mas que fuera el gefe de la *Union liberal*, ó servil, como la llaman muchos, hizo crear estos cuerpos de cazadores, cuyos ejercicios gim-

násticos y táctica especial de guerra, dedicada á combatir en las calles, los hacen muy superiores á los demás del ejército.

Decíamos que era imponente la decidida actitud manifestada por los Cazadores de Madrid.

Una gran masa de soldados vióse desembarcar por la ya citada calle de Pedro Conde, al grito de «Vivan los Cazadores de Madrid.»

Aquella masa de hombres, según su furioso ímpetu, debía arrollar cuanto se le opusiera á su paso.

Internada en la calle, una lluvia de balas se estrelló contra la barricada, solo defendida por una veintena de *voluntarios*, que á pesar de su escaso número y de la bravura de su encarnizado adversario, descargó sobre él un tan nutrido fuego, que los *cazadores* aterrados tuvieron que retroceder y desistir de su empresa, dejando en la *embestida* la calle regada, diremos mejor, anegada de un torrente de sangre y un número considerable de cadáveres.

Simultáneamente dieron los Cazadores de Madrid en otros puntos un parecido espectáculo, aunque en todos con los mismos resultados.

No dejaron de experimentar también algunas pérdidas los *voluntarios de la libertad* en estos ataques resistidos de una manera casi prodigiosa, pues siendo pocos en cantidad, solo tenían en ventaja la posición por su defensa con las barricadas.

Pero: ¿qué más? Vimos pelear á los padres al lado de los hijos, aquellos alentando á estos; estos dando infalibles pruebas de valor y arrojo para no desmentir la bravura de aquellos.

Y porque no se crea que exageramos, citaremos algun ejemplo.

Juan Corzo Rey, voluntario de la sesta compañía del primer batallon, fué mortalmente herido en la calle Cruz de la Madera esquina á la delos Doblones: apenas contaria diez y ocho años de edad. Su padre le miraba combatir. Viole caer en tierra, reconoció su cuerpo ya cadáver, y como no estuviese armado, exalando un rugido espantoso, brotando de sus ojos un raudal de lágrimas de dolor y desesperacion, arrancó de las manos del que fuera su hijo querido el arma que en un momento antes le sirviera de defensa, y jurando venganza con voz aterradora, púsose á cuerpo descubierto y en obstinada lucha con las fuerzas entre quienes se encontraba el brazo esterminador de aquel tan para él idolatrado objeto.

¡Cuadro admirable de heroismo y amor paternal!

Su venganza sin embargo no podia verse cumplida. Cuando el dolorido padre descargaba su carabina, los Cazadores de Madrid emprendian la retirada. Al desventurado no le restaba ya sino el consuelo del llanto.

Muchos hechos pudiéramos consignar aquí

ocurridos en el espresado dia seis, pero no que-
remos hacer pesada nuestra reseña.

Con la impaciencia, agitacion é incertidum-
bre que las circunstancias requerian, continuó
la lucha durante todo aquel dia, sin que se no-
tara un solo momento de interrupcion.

Ningun hecho decisivo por una ni por otra
parte de los combatientes vino á resolver el com-
bate trabado, y así permanecieron hasta las ocho
de aquella triste noche de agonía en que con harta
satisfaccion de los intranquilos vecinos, se sus-
pendió el fuego, si nó por completo, solo de-
jándose oír algunos disparos de intervalo á in-
tervalo, que aumentaron no poco á la salida de
la luna, pero sin otras consecuencias que el so-
bresalto natural que ocasionaban las detona-
ciones.

En todos los puntos ocupados por los com-
batientes la oscuridad era completa é imprimia á
aquellos lugares un sello de terror inesplica-
ble y solo concebible para el que por necesidad
tenia que transitar por ellos.

La lucha en este dia ocasionó muchas ba-
jas á los combatientes: á cuarenta se hace as-
cender el número de *voluntarios* entre muer-
tos y heridos. El ejército mas castigado, por
hallarse tambien á la descubierta en sus posi-
ciones, puede decirse que duplicó aquella can-
tidad.

Durante la noche continuaron los prepara-

tivos de defensa por una y otra parte, ocupándose muy particularmente los paisano, como en la noche anterior en la formacion de nuevas barricadas.

Los establecimientos con muy cortas excepciones se hallaban cerrados; era muy escaso el número de transeuntes por las calles y plazas, y la poblacion aparecia en un tétrico y mortal silencio, solo interrumpido de instante en instante por el alarmante pero aterrador *alerta* y el *quien vive* de los centilenas.

Pero sí se consultaba de nuevo el espíritu de los *voluntarios de la libertad*, mas que terror y pánico, se descubria un fondo de verdadero ardimiento y entusiasmo que pasmaba á los observadores y hacia decaer el ánimo de sus adversarios que, aunque lejos del contacto de aquellos, no desconocian la índole ya probada del valiente pueblo gaditano que lo jugaba todo por conseguir el triunfo en aquella empresa.

Pasó el dia seis y ningun atropello, ni una sola imprudencia habia alterado la tranquilidad en el centro de la poblacion. Tal era la conducta intachable de los hijos de Cádiz.

Toda la prensa al ocuparse de la sangrienta jornada de este dia no ha podido dejar de consignar un recuerdo de gratitud para tan dignos como honrados ciudadanos.

La Soberania Nacional, periódico afecto á los principios republicanos, al concluir su li-

gera reseña de este dia se esplicaba así:

«No queremos terminar la narracion de los sucesos del dia 6 sin consagrar á la juventud el recuerdo mas afectuoso por su heróico comportamiento. En ese dia, lo mismo que en el anterior, vimos á jóvenes de diez y seis, de diez y ocho, de veinte y de veintidos años, armados de carabinas y revolvers, haciendo prodigios de valor. ¡Gloria y honor á esa juventud bizarra que tanto ha contribuido á enaltecer el nombre de la invicta Cádiz! ¡Reciban los padres de esos jóvenes héroes, delicias y orgullo de la madre patria, nuestro mas sincero parabien!»

El Comercio, diario poco afecto á los principios populares, como *moderado recalcitrante*, aunque imparcial y de un privilegiado critério, terminaba la suya de este modo:

«En medio de todo, hay seguridad para los vecinos pacíficos y debe elogiarse la conducta de los voluntarios que se abstienen de molestar al vecindario y hacen su penosísimo servicio con una constancia admirable y con una completa subordinacion.»

XIII.

Amaneció el día siete.

Terrible día había de ser este para los ya consternados gaditanos.

Nubes espesas cubrían la atmósfera.

No amenazaban por cierto una tempestad hija de la naturaleza. La tempestad que presagiaban era mas temible, mas cruel. Era la tempestad impulsada por el brazo del hombre. Era el impetuoso huracan que brota de la humanidad desenfrenada en un momento de ofuscación. La ofuscación del suicidio.

Cádiz defendiendo sus libertades, Cádiz en su actitud heroica, en el ímpetu de su coraje desenfrenado para la defensa de su honor, se suicidaba.

¡Triste Cádiz!

Tras este día fatal, ¡cuántos males!

A las cinco de la mañana el fuego por parte de las huestes combatientes era tan nutrido que, á pesar de la *familiaridad* que habíamos contraído con el silvido de las balas y el estampido del cañon, nuestros cabellos se crispaban y nuestra sangre congelada hacia difícil su circulación.

Nunca hubiéramos creído el sostenimiento de una empresa tan grande por parte de los hijos de esta pacífica ciudad.

Los pueblos se desbordan: en el momento de su desbordamiento acometen toda clase de luchas, aparecen gigantes á la vista del Universo, arrostran todos los peligros, vencen todos los inconvenientes, rompen toda clase de barreras, pero tras el ímpetu del gigante, viene la calma de la razon: tras la bravura del leon, viene la razon de la conciencia.

Cádiz luchaba contra un ejército aguerrido igual en número á sus huestes, llevaba dos dias de lucha, no se habia entregado al descanso, resistia una penosa campaña á que no estaba acostumbrado. Parecia natural que el cansancio, la reflexion y, por último, sus debilitadas fuerzas, se rindiesen al fin.

Por el contrario: el día siete de Diciembre de mil ochocientos sesenta y ocho, Cádiz, los hijos de este lastimado pueblo, aparecian á nues-

tros ojos, como el pueblo mas potente de Europa.

En medio de tanta tribulacion, de tanta sangre derramada, de tanto luto en el seno de las familias, una lágrima se desprendia por nuestros párpados de reconocimiento y admiracion á tan valientes conciudadanos.

Pueblo de Cádiz, la historia te hará justicia. La verdad siempre resplandece aunque se le lance maliciosamente en la mas abominable oscuridad.

El combate de este memorable dia presentaba ya, no un aspecto triste é imponente, sino aterrador.

En el edificio Casa Aduana, ocupado como tenemos dicho por el ejército, ondeaba este dia *bandera negra*. Las fuerzas populares haciendo menos alarde de su encarnizamiento, se habian contentado con enarbolar en algunas torres y sitios públicos el pabellon tricolor, simbolo del partido republicano.

Las barricadas levantadas por los paisanos habian aumentado en gran número y estos defendian ya la Casa Ayuntamiento con dos piezas de artilleria de grueso calibre.

El tránsito por la mayor parte de las calles se habia hecho casi imposible. Ya no habia solo que temer á las balas de los combatientes que por doquiera se cruzaban, sino que furtivamente y de una manera traidora, desde los

balcones de algunas casas se disparaba por la espalda sobre los voluntarios é indefenso pueblo. Este, á pesar de agresion tan infame, no hizo armas contra ninguna de estas casas. Solo satisfizo su justa venganza haciendo registros que en algunas no dieron resultados, aunque sorprendieron en otras á varios carabineros disfrazados que, apadrinados por vecinos indignos, se valian de este medio artero y villano para esterminar á los que cara á cara no podian vencer.

Uno de estos casos, quizás el mas grave, tuvo lugar en la calle de *Cobos*. Los voluntarios que defendian las barricadas allí inmediatas se vieron acometidos por la espalda sin poder atinar con sus invisibles enemigos. Puesta con firmeza y constancia la atencion sobre el punto de donde se desprendian los disparos, todas las sospechas recayeron en la casa, comercio de géneros, de Don Pablo Tosso, situada en dicha calle. Para los voluntarios de la libertad, este personage, muy iniciado en la política gaditana, como uno de los campeones de esa fraccion que se disfraza con el dictado de *progresista*, tenia que ser sospechoso, y no les quedaba duda de que en las azoteas de dicha casa habia algunos hombres armados que disparaban sobre ellos.

Los que se veian acometidos no pudieron contener el impulso natural de su indignacion y proponiéndose reconocer la casa para adqui-

rir la evidencia de sus sospechas, acudieron á la puerta, llamando con ímpetu. No fueron por el pronto atendidas sus indicaciones, pero como estas se repitieran con gran fuerza, presentose abriendo la puerta, el dependiente principal del citado establecimiento, Don Nemesio Revuelta, jóven de treinta y tres años de edad. Intimidado por los voluntarios para que permitiese un escrupuloso reconocimiento, hubo de negarse á ello, de un modo tan hostil, y, segun la version mas autorizada, con revolvers en mano, dando lugar su negativa y aptitud amenazadora á que un voluntario disparase su carabina sobre su cuerpo y le dejase exánime. Cara pagó su obstinada resistencia que por otra parte venia á comprobar en cierto modo la sospecha que habia dado lugar á aquel desagradable accidente.

No queremos hacer comentarios sobre este hecho y guardamos de él la misma reserva observada por toda la prensa, entre la que solo *La Soberania Nacional* ha hecho indicaciones en los siguientes términos:

«Por no manchar la narracion de los hechos heroicos que han tenido lugar en Cádiz, no hemos querido mencionar el que tuvo efecto en la casa de uno de los hombres que nos vienen dominando desde que se apoderaron de los cargos públicos los individuos que todos sabemos. El principal de dicha casa armó á sus dependien-

tes para que hiciesen fuego á los voluntarios, de cuyas resultas fué herido gravemente uno de estos; pero bien caro costó á dichos dependientes tal atentado, pues uno de ellos pagó con la vida.»

Bien puede asegurarse que de los tres dias que duró la lucha, el que describimos fué el mas terrible.

Varios combates parciales tuvieron lugar en diferentes puntos entre los soldados y el pueblo.

En la Alameda de Apodaca un encuentro entre un grupo de Cazadores de Madrid con otro de *voluntarios*, causó á aquellos, que se vieron obligados á retroceder, muchos muertos y heridos, teniendo un herido solamente los segundos.

Pero los hechos mas graves de este dia fueron dos que debemos describir con algun detenimiento.

El primero fué, el disparo hecho por algunos buques de guerra sobre la ciudad, hecho que no podemos esplicarnos, porque, en nuestro concepto, se trata de una agresion fuera de los límites de toda regla de guerra legal, y un atropello al derecho de gentes tan reprobado por nuestras leyes.

Estos disparos es indudable que partieron de la goleta *Edetana* de nuestra marina de guerra y de algun otro buque de menor porte. Lo

cierto de ello es, lo que nosotros podemos asegurar porque lo vimos, es que gruesos proyectiles de cañon penetraron en la ciudad por la playa de la Caleta y otros sitios, y que algunos de ellos causaron el destrozo consiguiente, como lo demuestra la enorme brecha abierta en la casa de la plaza de San Antonio esquina á la calle Tetuan, cuyo rastro aun se conserva para acusacion de los que para combatir á un pueblo que en nada habia estraslimitado sus medios legales de defensa, se le trataba de esterminar. ¡Cuanto desacierto! ¡Cuanta saña!

El segundo, y mas importante acontecimiento de esta sangrienta jornada, se refiere al ataque dado por las fuerzas militares para tomar á viva fuerza la Casa Ayuntamiento.

Toda idea que pudiéramos consignar en nuestra narracion para describir el heroismo del pueblo gaditano seria incolora. Creemos mas imparcial, para que no se nos pueda nunca tacha-
char de apasionados, insertar aquí el parte oficial que ha publicado la *Gaceta*, sin que nos privemos por eso de hacer sobre todos los acontecimientos en general los comentarios que nuestra conciencia nos dicte. Decia así:

«El capitan general de Andalucia, con fecha 10 del actual, ha remitido al ministerio de la Guerra el parte que le ha dirigido el gobernador militar de Cádiz sobre los acontecimientos de aquella plaza, que dice así:

«Excmo. Sr.: En cumplimiento de las instrucciones que de V. E. tenia recibidas, salí de Sevilla el dia 6 del corriente en tren expres, á las dos de la tarde con direccion á esta plaza de Cádiz, á cuya bahía llegué por el Trocadero á las siete de la misma: á mi paso por la ciudad del Puerto de Santa Maria, me comunicaron el alcalde y el comandante militar un parte telegráfico puesto por el Excmo. Señor Capitan General del Departamento, en que se decia concluido el movimiento popular de Cádiz; en su consecuencia, telegrafíé á V. E. y dispuse quedara en el Puerto el batallon Cazadores de Barcelona, que ya no juzgué necesario me acompañara, y sí conveniente su permanencia en el Puerto. Informes verbales que en el Trocadero recogí, me hicieron saber que durante el dia no habia cesado el fuego en Cádiz, y aun me pareció oir algun disparo: tomé allí un bote que me condujo á la fragata de guerra *Tetuan*, surta en bahía; en el trayecto percibi claramente las detonaciones de la fusilería; en la fragata supe que muy lejos de haberse concluido el movimiento, los insurrectos ocupaban casi toda la poblacion y mantenian incesante combate con las tropas; que estas eran muy escasas con relacion á las posiciones ocupadas por aquellos, y que eran urgentes los refuerzos: en su consecuencia, ordené al comandante á mis órdenes, D. José Villa, fuera al

Puerto con la órden para el batallon Cazadores de Barcelona de venir inmediatamente, y luego á Sevilla con la mision que al lado de V. E. ha desempeñado: ordenó tambien al comandante de infanteria capitan de ingenieros, D. Miguel Goicoechea fuera á tierra, se informara minuciosamente del estado de las cosas y combinara con el comandante de marina, y si podia tambien con el gobernador militar, el desembarco del batallon Cazadores de Barcelona; así lo hizo, y de regreso á bordo supe que habia comunicado con el teniente coronel capitan de Ingenieros, Cerero, de la dotacion de la plaza, por los perfiles de la izquierda del frente de tierra; que este jefe le habia dicho se encontraba la guarnicion y el batallon Cazadores de Madrid reconcentrados en su mayor parte en los cuarteles del frente de tierra; que ocupaban tambien la Puerta de Mar, la Aduana, el Parque, los cuarteles del Campo de las Delicias, los castillos de Santa Catalina y San Sebastian; que el general Peralta preparaba un ataque para la mañana del dia 7, y que el desembarco de los Cazadores debia verificarse al lado de la estacion marchando por el terreno que esta ocupa hasta llegar á los glasis y penetrar en la plaza por la Puerta de Tierra, operacion que se verificó á las seis de la mañana siguiente con felicidad, quedando las cinco compañías de cazadores y yo con ellas, unidas al resto de las tro-

pas, á las ocho en el patio del cuartel de Santa Elena.

«Este cuartel era el centro, base de operaciones establecido por el general Peralta, que á pesar de hallarse herido de bala en un pié, continuaba ocupándose de las importantes funciones de su cargo; en ellas cesó á mi llegada, y tomé el mando de la plaza y su guarnicion. Las posiciones que con esta ocupaba, eran las mismas de que yo tenia conocimiento la noche anterior: comprendí que mi base de operaciones debia ser tal, que me proporcionara constante comunicacion con la marina, y fuerte bastante para nuestra seguridad: elegí el mismo frente de tierra y la Aduana como su extremo, sin prescindir por ello de la conservacion de los demás puntos importantes. Las posiciones de los insurrectos eran tambien las mismas señaladas anteriormente; su frente de accion, el edificio del Ayuntamiento, reten de uno de sus batallones, y cuya sólida construccion, situacion frente á de la Puerta del Mar, enclavado entre estrechas callejas, rodeado de elevados y sólidos edificios, hacian de él una fuerte posicion, que, ocupada por mí, juzgué dominaría muy en breve la insurreccion; igual importancia le daba el general Peralta, y su ataque de aquella mañana á él iba á dirigirse: todas estas razones me decidieron á elegirlo yo para punto inmediato objetivo de mis esfuerzos:

en Santa Elena combiné mi plan de ataque: envié la artillería, protegida por alguna fuerza de carabineros, á buscar dos piezas rayadas largas, de ocho centímetros, y ordené que con ellas, y otras dos de montaña de ocho centímetros cortas, batieran de frente desde la puerta del Mar, el edificio del Ayuntamiento, y con preferencia su puerta; al efecto el coronel comandante de ingenieros de la plaza se habia proporcionado materiales, y empleando soldados del regimiento de Girona y carabineros, construía una barricada bajo el fuego enemigo desde el ángulo de la calle de la Aduana á la puerta del Mar; á su llegada tambien contribuyó la artillería á su construccion.

«Dividí en Santa Elena la fuerza disponible en dos secciones; la primera la componía el batallón de Cazadores de Barcelona, la segunda el de Madrid, y con ambas y alguna fuerza de carabineros salí de este cuartel por su poterna interior con ambas secciones sobre el baluarte de Santiago; atravesé la cortina que lo une al de los Negros y descendí á la calle de la Muralla, que desemboca en la plaza de San Juan de Dios próxima á las bóvedas de la Puerta del Mar; atravesé la plaza con los Cazadores de Barcelona y los hice formar en columna en la calle de la Aduana, á cubierto allí del fuego enemigo; Cazadores de Madrid quedó en la calle de la Muralla; las fuerzas de Girona, posesionadas de

algunas de las casas de la de la Aduana desde el día anterior, protegieron estas operaciones; ya en la calle referida, ordené á la artillería rompiera el fuego sobre el Ayuntamiento, operación ejecutada con suma bravura bajo el fuego enemigo y casi á descubierto, porque la barricada en construccion se servia á barbata: un cañon largo de ocho centímetros y un obús de montaña hice situar bajo los mismos arcos de la Puerta del Mar, y completamente al descubierto batian al enemigo: la puerta del Ayuntamiento no se presenta de frente á las posiciones que yo podia ocupar y queda oculta por los pilares del pórtico de entrada; tras un fuerte cañoneo, en la imposibilidad de romper aquella puerta y de abrir brecha en el edificio por la solidez de la fábrica, determiné asaltarlo, rompiendo con hachas sus puertas; formé la columna de ataque con los Cazadores de Barcelona, 100 carabineros y los gastadores de Madrid armados de hachas, en todo 300 hombres; hice pasar á retaguardia del sitio que ocupaba Barcelona á Cazadores de Madrid, formando con él otra segunda columna destinada á secundar la primera y á proteger la artillería en caso de un mal éxito: arengué á las tropas, cesó el fuego de cañon, y me lancé á la cabeza de los carabineros y Cazadores de Barcelona sobre el edificio del Ayuntamiento; atravesé la plaza de San Juan de Dios, bajo un nutridísimo fuego que desde

los balcones, azoteas y barricadas de las bocacalles se me hacía; llegué hasta la puerta misma del Ayuntamiento; al pié de ella cayeron muertos ó heridos la mayor parte de los que hasta allí avanzamos, abrasados por el fuego del enemigo y sobre todo por el que se nos hacía de una barricada que cerraba el extremo lateral derecho del pórtico; á nuestros esfuerzos saltaron pedazos de la puerta, y por un hueco pude distinguir una verja de hierro; barricada detrás: la puerta no cedía; mi situación era insostenible, estrellándose mis esfuerzos contra aquella masa inerte; decidí retirarme á mi posición anterior y lo verifiqué con orden, llevándome el gran número de heridos que tenía.

«Debo aquí, Excmo. Sr., hacer mencion á V. E. del denuedo y bizarría que demostraron en esta operacion cuantos en ella tomaron parte; y no porque el éxito feliz haya dejado de coronar aquel esfuerzo, puedo omitir yo el elogio de cuantos la llevaron á cabo. Dos compañías de Cazadores de Madrid apoyaron mi retirada, y siguieron sosteniendo la Puerta del Mar y la bateria, á retaguardia; en la calle de la Aduana, reorganicé las tropas que habian formado la columna de ataque, y ordené la retirada: destiné los Cazadores de Barcelona á reforzar la guarnicion de Santa Elena, y yo me replegué con Cazadores de Madrid, los carabineros y la artilleria, y Gerona, al edificio de la Aduana.»

«El ataque infructoso dado al Ayuntamiento, las fuertes posiciones que constituyen las casas de esta poblacion por su solidez, el hallarse barricadas todas las calles y el no contar yo sino con escasos 800 hombres disponibles, estenuados de fatigas, faltos de municiones y de víveres, y con gran número de oficiales muertos ó heridos, me obligaron á tomar la sensible determinacion de abandonar la ofensiva y replegarme á las posiciones ya dichas.

«El enemigo situó dos cañones en las barricadas contiguas al edificio del Ayuntamiento, y con ellos emprendió el fuego; primero de bala, de metralla luego, sobre nuestra barricada y la Puerta del Mar: á él contestaban con sus carabinas los Cazadores de Madrid; fuerzas de este mismo batallon protegian la retirada á la Aduana, de todas las demás fuerzas, quedando tambien en las casas y boca-calles sosteniendo mis comunicaciones con la Puerta del Mar: á las dos de la tarde terminó este movimiento, y acto seguido ordené al comandante Goicoechea marchara á Sevilla á poner en conocimiento de V. E. cuanto habia ocurrido y otros extremos que al lado de V. E. ha desempeñado.

«Desde el edificio del Ayuntamiento, casas y barricadas próximas, continuó el fuego de fusil y de cañon hasta la noche sobre nuestra barricada y Puerta del Mar; cuya posicion juzgué comprometida, no solo por lo difícil y sangrien-

to de mantener espeditas las comunicaciones, sino tambien por el servicio que hubieran estado obligadas á prestar mis tropas en tan estensa línea: la necesidad de dar descanso al soldado despues de cuarenta horas de fuego constante y de veinte y cuatro los Cazadores de Madrid, y las dificultades mencionadas, me obligaron, como mas conveniente, á replegar la avanzada de la Puerta del Mar, reduciéndome á conservar la Aduana, el baluarte de San Antonio, el muelle y puerta de Sevilla, para tener espeditas mis comunicaciones marítimas, conservando tambien las otras posiciones de frente de tierra, los castillos, parque y cuarteles.

«Tal es, Excmo. Sr., la relacion exacta de los acontecimientos que han tenido lugar en esta plaza durante el dia 7 del actual; de los que le precedieron, así como de cuantos han sobrevenido hasta la fecha, tendré el honor de dar á V. E. el oportuno aviso, no haciéndolo ahora por la premura del tiempo de que puedo disponer. Antes de dar fin á este escrito, debo cumplir el deber de justicia de elevar á la consideracion de V. E., para que así lo haga presente al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, el alto ejemplo de bravura, abnegacion y sufrimiento de las tropas de mi mando; de ello es muestra palpable las posiciones tomadas y sostenidas, y las numerosas y sensibles pérdidas en todas las clases.»

«Dios guarde á V. E. muchos años. Cádiz 9 de Diciembre de 1868.—Excmo. Sr.—El General Gobernador, Manuel de la Serna.—Excmo. Sr. Capitan General de este distrito.»

Como se vé por el anterior relato, el General *Lacerna*, que desde este dia y por consecuencia de la herida del brigadier Peralta, se habia encargado del mando militar de esta plaza, se daba tácitamente por vencido y emprendia la retirada, reduciendo su accion á la defensiva en los puntos que le era dable consevar y que indudablemente conservaba, porque los *voluntarios de la libertad* y los paisanos armados en toda su campaña no habian hecho otra cosa que defenderse: ni habian acometido, ni contaban con elementos para ello.

Otra prueba mas es el parte oficial que acabamos de insertar de que desde el principio de esta reñida batalla, si se hubiesen empleado medios conciliatorios, se hubiera cuando menos evitado el derramamiento de sangre.

El dia terminó sin ningun síntoma favorable que demostrara la terminacion de los acontecimientos.

Pero al espirar este dia tan fatal, Cádiz, valiéndonos de una calificacion vulgar, mas que una ciudad hermosa favorecida por las galas de la naturaleza, parecia un cementerio.

Se habia derramado este dia mucha sangre. Las bajas habian sido considerables, particular-

mente en las fuerzas del ejército que, desmayado, necesitaba cuando menos descanso. Estaba estenuado por la fatiga y hasta por el hambre que ya en sus filas se dejaba sentir, y como durante tres días ninguna ventaja había logrado obtener, la desanimación era completa.

Pero, aunque los voluntarios de la libertad y con ellas, su jefe, el infatigable Salvochea, ocupaban una posición ventajosísima con respecto á sus adversarios, ni aquellos ni este la podían apreciar.

Temían, y con razón, la llegada de nuevos refuerzos, les quedaba muy poca pólvora que quemar y esto les alarmaba sobremanera.

No podían envanecerse con su triunfo, porque solo efímeramente lo conocían, y en este estado de cosas, llegó la noche del siete de Diciembre.

XIV.

En mucho cuidado habia hecho entrar á todos los vecinos de la poblacion los disparos hechos por la *marina* en aquella mañana.

Parecia imposible que el bizarro cuerpo á quien en gran parte se debia el buen éxito de la revolucion de Setiembre, se prestase á destruir al pueblo que primero que ningun otro habia secundado el grito de los libres dado por el brigadier *Topete* a bordo de la *Zaragoza*.

Parecia imposible que nuestros valientes oficiales de la Armada, que en mucho número son hijos de esta abatida ciudad, cuyas familias habitan en su suelo, cuyos hijos se hallaban esclavos de la voluntad del pueblo de Cádiz, se prestasen á mandar hacer fuego sobre sus ho-

gares, sobre sus familias, sobre sus padres, sobre sus hijos!

Nada era desgraciadamente mas cierto.

En medio de este inesplicable fenómeno, un hecho extraordinario contrariaba la mal explicada determinacion de la marina.

La tripulacion de la fragata *Tetuan* habia hecho sérios conatos de sublevacion contra la disposicion de sus gefes: estos habian tenido que luchar mucho, lucha moral, pero respetable para llevar la calma al espíritu de aquellos leales marineros, y la actitud en que estos se manifestáran habia hecho temer mucho á aquellos y contener no poco su propósito exterminador.

Loor á los marineros de la *Tetuan*, hijos al fin del pueblo, esclavizados á la ordenanza por esa ley tiránica que se llama *quintas*, que se llama *matrículas de mar*.

¡Cuando desaparecerán de entre nosotros esos aborrecibles tributos, en justo desagravio de la humanidad lastimada y en holocausto de la autonomía del hombre!

La situacion de Cádiz, era cada vez mas horripilante. En todos los sitios de la refriega existian cadáveres insepultos. Era imposible recojerlos sin esponerse á una muerte segura.

Los que habian sucumbido de enfermedades y accidentes naturales desde las primeras seña-

les de la lucha, se hallaban en las casas, sin poder ser conducidos á su última morada. Algunos habian sido colocados en las azoteas, huyéndose de la fetidez que su putrefaccion ocasionaba.

Muchos artículos de consumo, como la carne, el pescado, la verdura, etc., faltaban, y los establecimientos de primera necesidad empezaban á cerrar sus puertas por temor á ser atropellados por no poder abastecer á los consumidores.

La miseria empezaba á pronunciarse desenfrenadamente entre las clases proletarias; el hambre se presentaba con síntomas alarmantes; la consternacion era general: entre las mugeres no se escuchaban mas que sollozos y suspiros...

¡Qué situacion! ¡Qué cuadro!

Al oscurecer se habia fijado en todas las barricadas una órden prohibiendo el tránsito á los vecinos y disponiendo un escrupuloso reconocimiento de los que se atreviesen á transitar, por temor á una traicion.

Era imponente la noche; por el exceso de gravedad que tomaban los sucesos, por la oscuridad que reinaba, por las precauciones que se advertian, por el terror que infundia en todos los corazones la llegada del dia siguiente.

Aunque el fuego de cañon habia cesado desde aquella tarde, el de fusileria continuaba, si

bien no tan empeñado como durante el día. En la plaza de Mendez Nuñez, donde durante aquella mañana la lucha había sido tenaz, esta noche no se escuchaban los disparos.

Hablábase de haberse tomado por el *cuerpo consular* la resolución de interponer su mediación, para poner un término á este tan deplorable estado.

El país entretanto seguía ignorando la verdad de lo acontecido en Cádiz, al Gobierno también se le extraviaba con las equivocadas noticias que de sus delegados recibía y algunos periódicos de Madrid *mentian* descaradamente para presentar ante la vista de la nación al pueblo de Cádiz degradado y envilecido.

Al Gobierno se le daban las siguientes noticias telegráficas:

«Puerto 7, á las dos y treinta minutos de la tarde.

«El Ayudante de Marina al Ministro del ramo.—El Comandante de Marina de Cádiz dijo anoche que los revoltosos ocupaban las mismas posiciones del Ayuntamiento y manzanas contiguas y además el Parque de Artillería: que este fué tomado á la bayoneta por los Cazadores de Madrid, y que el general se preparaba para atacarlos simultáneamente. Hoy por la mañana con referencia á un patron pescador que viene de bahía, se sabe que daban el ataque y entraban nuevas tropas, sin duda seis

compañías de Barcelona que de esta se mandaron. El fuego vivísimo, circunscrito solo en el extremo oriental de la poblacion. Jerez tranquilo, y esta ciudad y San Fernando lo mismo.»

«Sevilla 7, á las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde.

«El Capitan General al Ministro de la Guerra.—Las últimas noticias recibidas de Cádiz son de las siete de esta mañana, trasmitidas á este Gobernador Civil por el Alcalde de San Fernando, y son que á la oracion del dia de ayer, y despues de haber entrado en Cádiz algunas fuerzas, cesaron de oirse los disparos, y así ha permanecido toda la noche hasta el ser de dia hoy, que ha vuelto á oirse muy frecuente, y así seguia. Del Puerto dicen á la misma autoridad en la propia hora, que las noticias recibidas de Cádiz eran que el fuego continuaba y la tropa estrechaba cada vez mas á los insurrectos. En el resto del distrito sin novedad.»

«San Fernando 7 (recibido á las cuatro y seis minutos de la tarde).

El Alcalde de San Fernando al de Medina.—Segun parte del vigía de Torre-Alta, los revoltosos piden parlamento en Cádiz, y habiendo algunas horas que no se oyen disparos, creo que el órden se halla restablecido en dicha ciudad. Aquí no ocurre novedad.»

Que los *revoltosos* pedian parlamento se le hacia creer al Gobierno en el parte anterior,

cuando ni habia tales *revoltosos*, porque no puede calificarse de este modo á un pueblo entero y á un pueblo importante que pelea por salvar su honra (así el pueblo de Cádiz lo creia).

Que pedian *parlamento*. Lo cual significaba para el Gobierno que habia tales *revoltosos* y que se rendian á discrecion.

Y continuaba recibiendo telégramas cuyo contenido era tan *falso* como el de los tres que insertamos á continuacion:

«Sevilla 7, á las siete y once minutos de la mañana.

«El Gobernador Civil y Capitan General á los Ministros de la Guerra y Gobernacion.—El Alcalde de San Fernando, en telégrama de las cuatro y veinte minutos dice: Por el vigía de Torre-Alta me participan á las dos y media observar banderas blancas en los edificios ocupados por los *revoltosos*, y de haber atracado al muelle dos falúas de buques extranjeros con la misma señal. El fuego cesó á las doce y media de hoy; aunque no respondemos de la exactitud de esta noticia, nos apresuramos á ponerla en conocimiento de V. E.»

«Sevilla 7, á las cuatro y cuarenta minutos de la tarde.

«El Capitan General al Ministro de la Guerra.—El Gefe de Barcelona me dice desde el Puerto de Santa Maria que el fuego intenso de cañon y fusilería que se ha oido de Cádiz desde

las siete de la mañana, ha cesado casi por completo desde las doce, oyéndose únicamente alguno que otro disparo.»

«Sevilla 7, á las diez y diez y ocho minutos de la noche.

«El Gobernador al Ministro de la Gobernación.—El Alcalde de San Fernando en telégrama de las siete y diez minutos, me dice: Hanse recibido noticias de Cádiz por mar: se sabe que hay todavía algunos de los revoltosos encastillados en algunas de las casas de la parte de Sudoeste, y dice el señor Gobernador que pronto queda todo terminado. Me apresuro á transmitirlo, como haré con los demás que reciba. Sevilla está y estará tranquila.»

Hé aquí ahora lo que, con referencia al periódico *La Revolucion Española*, publicaba *La Correspondencia de España*.

He aquí como se estraviaba la opinion pública:

«Las noticias que circularon anteanoche en Madrid y que recibió el mismo Gobierno de estar terminado el alboroto de Cádiz, las vemos hoy confirmadas por el despacho y noticias de última hora que con el epígrafe de *importantísimo*, publica la *Revolucion Española* de ayer, único periódico de Sevilla que recibimos hoy. Despues ya saben nuestros lectores que ha continuado la resistencia, aunque se cree que no haya pasado de la noche última, pero debemos

transcribir lo que dice el periódico sevillano.

«Puerto 6 á las cinco y cincuenta y cinco minutos.

«El General Segundo Cabo al Capitan General de Andalucía.

«Llegado sin novedad: segun telégrama del Capitan General del Departamento, se han rendido los insurrectos de Cádiz. Teniendo en consideracion esto mismo y lo que me dice el Sr. Alcalde y el Comandante del Amo, dejo aquí su batallon y yo sigo mi marcha por el Trocadero de Cádiz.

«Noticias oficiales que hemos podido adquirir, con posterioridad al telégrama que acaban de leer nuestros lectores, lo confirman en todas sus partes. A la hora avanzada en que escribimos estas líneas solo podemos estractar el contenido del boletin extraordinario dado á la imprenta por este Gobierno de provincia, en las últimas horas de la noche.

«El origen de la sublevacion en Cádiz fué debido á que una parte del pueblo quiso oponerse á la salida de algunas fuerzas de la guarnicion que se dirigia al Puerto de Santa Maria, para restablecer el orden allí alterado.

«No habiendo conseguido su objeto los amotinados se posesionaron de las Casas Consistoriales, hospital de San Juan de Dios, así como de las casas que dominaban las calles inmediatas, hostilizando desde los balcones á las tro-

pas que trataban de reducirlos á la obediencia. La lucha fué encarnizada, siendo preciso, en vista de su tenaz resistencia, hacer uso de la artillería, que desde la muralla de la puerta del mar, batía los edificios ocupados por los insurrectos, mientras que la fragata *Tetuan* desde la bahía, bombardeaba los sitios de que se habían apoderado. Esta lucha se prolongó hasta que á las dos del día de ayer, el brigadier Pazos penetró en la mencionada plaza al frente de la brigada, que desde esta ciudad había salido para reforzar aquella guarnición. Poco despues, los sublevados en su mayor parte, depusieron las armas, entregándose á discrecion, menos algunos pocos que huyeron por el camino de la Isla, hostilizados en su fuga por los fuegos de las lanchas de la *Tetuan*.

«Ayer al anocheecer, el general Laserna, segundo cabo de esta Capitanía general, llegó á Cádiz al frente de nuevas fuerzas.

«Hasta aquí el resumen de las noticias oficiales. Una vez mas la victoria ha quedado por los defensores del orden, pero una vez mas tambien tenemos que lamentar dolorosas escenas. Hondamente afectados, nos abstenemos hoy de comentar esos lamentables sucesos. Unicamente recomendaremos una y mil veces á los hombres verdaderamente liberales, que pesen las tristes consecuencias que trae la demasiada credulidad de hermanos nuestros, que, dejándose

engañar por agentes de la páfida reaccion, no reflexionan que al obrar así, forjan los primeros eslabones de las nuevas cadenas que en breve oprimirán nuestras libertades, si en vez de apoyar al gobierno, tratan, por el contrario, de crearle cada día nuevos conflictos, impidiendo así que lleve á cabo la gloriosa obra de nuestra regeneracion política y social.»

No puede darse una manera mas descarada de mentir; pero lo que causa nuestra total indignacion es que se llamase al pueblo de Cádiz, al pueblo que peleaba al grito de: ¡Viva la libertad! «¡Viva la República!» partidario de la dinastía destronada por la revolucion. Y sin embargo el *Centinela del Pueblo*, periódico de la Corte, así lo aseguraba.

«Los partidarios de la dinastía espulsada de España por la nacion (decia), que han sido los promovedores de los desórdenes ocurridos en Cádiz y el Puerto de Santa Maria, se han entregado á discrecion á las autoridades de aquellas poblaciones, y sus gefes principales serán castigados severamente, segun nuestras noticias, destinándolos á los presidios de Fernando Poó é islas Marianas.»

Y entretanto la oficiosa y falsaria *Correspondencia* añadia de su esteril cosecha:

«A las tres de la tarde se habian refugiado los revoltosos de Cádiz en la catedral de aquella poblacion, donde permanecian cercados por

las tropas del ejército y por los voluntarios de la libertad. El gefe de las fuerzas no habia querido atacarlos para evitar efusion de sangre, esperando que se rindieran ante de terminar el dia. En el resto de la poblacion reina la mayor tranquilidad.»

Y mientras se hacia circular este cúmulo de inesactas noticias, el Gobierno Provisional que desconocia por completo, ó afectaba desconocer, las verdaderas causas de los sucesos, *obsequiaba* al pueblo gaditano con el siguiente nombramiento que en forma de decreto publicaba *La Gaceta*:

«Atendiendo á los servicios y circunstancias del teniente general D. Antonio Caballero y Fernandez de Rodas, el Gobierno Provisional ha tenido á bien nombrarle General en Gefe del ejército de Andalucía.»

Entretanto el pueblo de Cádiz permanecia firme en su puesto de honor, no vencido por el ejército como se queria hacer creer á la nacion, no *revuelto* como se le suponía y hacia aparecer, sino firme, sereno, tranquilo; no como el reo que espera contristado el fallo de su severo juez, sino como el juez severo y recto que hace imperar su justicia sobre la cabeza del homicida.

XV.

Pero toda esta arrogancia, todo este conato de triunfo que se reflejaba en la frente de los gaditanos contrastaba de una manera triste con la sumisión que rendían á la incontrastable razón de la fuerza, al poderoso influjo de la necesidad.

Crítica era la posición de los *voluntarios de la libertad* en esta noche.

Al amanecer del nuevo día se iba á decidir de su suerte. Era improrogable ya el término de los sucesos.

El fallo terrible iba á fulminarse y este fallo según lo hacían preveer las circunstancias era poco favorable.

El Sr. Salvochea incansable en la lucha, in-

quebrantable en su propósito, apelaba al concurso de los hombres mas autorizados que en torno suyo se agrupaban.

Todos buscaban una solucion, pero la que preveian era poco satisfactoria.

El primer rayo del sol que alumbrara al pueblo de Cádiz el dia ocho de Diciembre, habia de ser, al entender de todos, el rayo exterminador.

Los recursos estaban agotados.

Aunque los combatientes del pueblo se manifestaban impetuosos, no podia desconocerse que en su mayoría se hallaban estenuados por las fatigas y el cansancio de tres dias constantes de una lucha no interrumpida.

Ninguno habia abandonado su puesto, que habia sabido defender con un heroismo á toda prueba, pero aquel puesto de honor era ya insostenible al dia siguiente.

El fusil de la patria habia ensordecido y su fragoroso eco no podria retumbar de nuevo por falta de combustible.

La situacion era desesperada.

El ejército sabe luchar y vencer cuerpo á cuerpo al poderoso empuje de la relumbrante y aguda bayoneta. El pueblo solo sabe conservar sus posiciones: defenderlas esponiendo su pecho al proyectil del enemigo, á quien hace retroceder su firmeza y sus acertados disparos.

En resumen: se habia concluido la pólvora.

Apenas se quemasen los últimos cartuchos en número muy escaso, los voluntarios no podrían disparar un solo fusil y se verían obligados á rendirse á discrecion.

Se apelaba á todos los recursos, á todos los medios para proveerse de los proyectiles que faltaban, y todas las tentativas eran inútiles.

No quedaban pues recursos.

Pero este conflicto que contristaba el corazón de los gefes, no era bastante á apagar el animoso espíritu de los subordinados.

Ninguna de las anteriores noches, como la presente, las barricadas se hallaban mas vigiladas, ni el *alerta* y el *quien vive* de los centinelas se habia dejado oír con mas fuerza.

No dormia el pueblo á pesar de la prolongacion de la lucha. Velaba y estaba dispuesto á pelear de nuevo.

La situacion empeoraba por momentos.

La catástrofe estaba próxima.

Pero esta situacion tan crítica para los *voluntarios de la libertad* era desconocida por las fuerzas del ejército.

Si en el altivo orgullo militar hubiera sido posible abandonar el campo, al amanecer del dia ocho, el ejército que combatia en Cádiz se hubiera dado por vencido desapareciendo de sus puestos.

La llegada de los refuerzos se prolongaba y segun la opinion de los gefes militares la pro-



secucion de la lucha era infructuosa, sin espo-
nerse á un resultado vergonzoso y fatal.

Para evitar estos males no quedaba mas que
un camino.

Triste para el ejército.

Transigir.

¡Pero transigir con el pueblo!

¡Cómo hacerlo sin deshonra!

Hemos dicho ya, que el *Cuerpo consular* tra-
taba de imponer su mediacion, y el gefe militar
que mandaba la plaza encontró en dicho cuer-
po el pretesto honroso que necesitara para ob-
tener una suspension de hostilidades.

Durante aquella noche de terrible agonia los
Sres. Cónsules extrangeros, tuvieron una larga
entrevista con dicho gefe militar, que dió por
resultado el que mas adelante verán nuestros
lectores.

XVI.

Y los primeros rayos del sol vinieron á alumbrar el día ocho de Diciembre, uno de los que el pueblo español celebra en el año con mas fausto.

Antes de llegar este día, todos presentian que en él habiamos de presenciar un nuevo espectáculo de terror.

No podia nadie suponer que despues de un tan empeñado combate, el iris de paz viniera ni por un momento á tranquilizar los corazones por tanto tiempo oprimidos con el dolor y la incertidumbre.

Pero nada era mas cierto.

Como la reflexion se sobrepone las mas veces á la cólera: como el amor propio cede casi

siempre al poderoso influjo de la razon, el ejército que ya se consideraba impotente para vencer tomó la iniciativa, y en el edificio de la Aduana, donde todo el dia anterior habia estado enclavada la bandera negra que anunciaba la destruccion y la guerra, en este dia habia sido sustituida por otra blanca que pronto demostró al pueblo de Cádiz la suspension de las hostilidades.

¡Con cuanto júbilo recibieron todos esta señal!

Era la manera mas elocuente de consignar ante la España entera que los *voluntarios de la libertad*, el pueblo armado de Cádiz, añadia en su corona de gloria una vez mas el laurel de los héroes.

Nosotros tenemos la mas firme conviccion de que si el ejército hubiese contado con la menor probabilidad, no ya diremos de triunfo, si no de defensa, no hubiese tomado la iniciativa para solicitar, siquiera fuese por un breve plazo, la suspension del combate.

Asegurose despues que esta peticion fué debida á las gestiones hechas por los Sres. Cónsules.

Pero lo cierto, lo seguro es, sin que nos tengamos que fijar mucho en las causas que lo motiváran, es que las huestes militares pedian parlamento al pueblo, y que el pueblo que no habia abandonado ninguna de sus posiciones, que continuaba como en el dia anterior, como

en los primeros momentos en los puestos del peligro, podia y debia llamarse vencedor.

Porque el ejército además, les habia abandonado el punto principal de su defensa y ataque.

La Puerta del mar y la muralla que la corona se encontraban á disposicion de los voluntarios, cuyo adversario habia emprendido la retirada, replegándose á la Casa Aduana y conservando solamente este edificio, los cuarteles, parque de artilleria y castillos.

Estas noticias que desde las primeras horas de la mañana corrió de boca en boca, fué para los gaditanos un verdadero acontecimiento de alegria; y si á ello se agrega el que el fuego habia cesado casi por completo en todos los puntos, débese comprender que si el dia ocho de Diciembre, dia de la Inmaculada Concepcion, Patrona de España, es en el año uno de los que mas celebran los hijos de este libre pais, en el presente año, Cádiz, todos sus hijos sin distincion de clases ni matices políticos, debian saludarlo con toda la efusion de su alma.

La bandera blanca, ó sea de parlamento, que ondeaba en la torre de la Aduana era muy elocuente.

Ella decia á la nacion entera, á todos los pueblos libres, que al grito de la libertad lanzado por la humanidad, las bayonetas de la tirania se estrellan en la coraza de los valientes y honrados liberales.

Ella decia con voz elocuente que contra la razon se estrella la fuerza.

Ella decia por último, que el impremeditado y poco elocuente bando del *Sr. Peralta* habia sido hecho pedazos.

Hecho pedazos quedarán siempre en España todos los alardes de fuerza que se empleen para destruir la libertad proclamada en Setiembre y sellada con la sangre española en los campos de Alcolea.

Pero ¿el pueblo gaditano con sus voluntarios de la libertad, se hallaban en el caso de aceptar la paz iniciada por el ejército contrario?

Si tenemos en cuenta las leyes de la guerra, no vacilaremos en contestar afirmativamente. Deber es de todo adversario leal.

Pero se nos ocurre una pregunta: ¿á ser los voluntarios los que abrumados bajo el peso de una lucha para ellos insostenible, los que hubiesen solicitado la suspension, á su llamamiento se hubiera contestado generosamente por el ejército?

Los *voluntarios de la libertad*, y por ellos el *Sr. Salvochea*, aceptaron el parlamento.

Señal espresiva de este generoso comportamiento fué el repique general de campanas que atronaba el espácio con sus alegres cuanto bulliciosos ecos á las nueve de la mañana de dicho dia.

El terror se habia trocado en tranquilidad,

la tormenta en calma.

La alegría, siquiera fuese efímera y pasajera, se había infiltrado en todos los corazones.

Solo lloraban las madres que habían perdido sus hijos: los hijos que habían perdido á sus padres, la esposa que había perdido á su esposo; todos los que en fin, echaban de menos á su lado algun objeto querido, víctima del desastroso drama ocurrido en los tres días memorables.

Todavía esta mañana tuvimos que lamentar algunas desgracias.

Una inocente jóven fué inmolada en la calle del Hércules al rigor de un proyectil enemigo. Apenas la desgraciada contaba diez y seis años, cuando impunemente é indefensa el plomo de la guerra le arrebatara la vida.

La voz general circulaba por todas partes, en todos los sitios la tranquilizadora especie de que entre las partes beligerantes, y por la mediacion de los Cónsules, se contrataba un armisticio, con seguridad probable de un lisonjero resultado.

El vecindario en masa se lanzó á las calles, ávido de noticias, no tanto del pasado, como para el porvenir.

En medio de esta natural alegría, el aspecto de la ciudad era horrible. Su estado deplorable.

Veamos.

Lo primero que se presentaba á nuestra vista era un número considerable de camillas que recorrían las calles para conducir los heridos y muertos que en el último día y aun en el anterior habian tenido que permanecer tendidos sobre el pavimento, espuestos á la intemperie, al rigor de los abrasadores rayos del sol y hasta á la befa de los desalmados.

Instantaneamente los hospitales se llenaron de heridos, que asistian con un interés y prodigalidad esmerada, los tres profesores de los establecimientos y aun muchos que voluntariamente se habian agregado con el fin de prestar sus eficaces y bienhechores auxilios á la humanidad doliente.

Tambien se recojian los cadáveres que en muchas casas permanecian insepultos y de que ya hicimos mencion anteriormente.

El cuadro no podia ser mas elocuente.

¡Cuántas escenas de horror!

A pesar del natural espanto que causaba este desolador espectáculo, no sabemos si este era el mas horripilante que se presentaba á nuestra vista, ó el desastrozo aspecto de muchos edificios.

Saltando barricadas, transitando por multitud de calles, donde nuestros pies interrumpian su natural marcha para salvar los escombros, vivos fragmentos de la demolicion, llegamos á la plaza de San Juan de Dios.

¡Qué panorama!

Los que tenemos la gala, que tal debe llamarse y ahora mas que nunca, de haber visto la primera luz en esta ciudad, hoy tan maltratada, al llegar á la plaza antes nombrada, no podíamos por menos, al contemplarla, que dejar rodar por nuestras mejillas una lágrima de tristeza y desconsuelo.

Quien conozca la alegría de este precioso sitio, siempre animado por la multitud que de continuo se agrupa en estos lugares, siempre risueño, por el risueño aspecto que le imprimen sus blanqueados edificios de una elevacion gigante y le contemplara en este dia, no podria por menos de retroceder espantado de terror y conmovido de sentimiento, al observar el asolador estado en que todo se hallaba.

Charcos de sangre por doquier.

Una atmósfera fétida, espesa, condensada por los humeantes despojos de los efectos combustibles que antes sirvieran de barricada al ejército.

Fétida y repugnante, porque á juzgar por los efectos que producía en nuestro olfato, por la calentura que fatigaba nuestra imaginacion, entre aquellos restos que ardian sin piedad, y de cuyo alrededor retrocedian aterrados todos los transeuntes, parecíanos ver arder los despojos de algun humano cuerpo sacrificado al rigor de las llamas para ocultarlo mas ligeramen-

te á la vista del espectador: parecíanos percibir el nauseabundo hedor de la *carne quemada*, de los *huesos caldeados*: parecíanos en nuestra ilusoria óptica ver un monton de cadáveres consumidos por las llamas.

Los árboles que adornáran la mayor parte de la alegre plaza, habian sido talados por los proyectiles del combate, y yacian tendidos en tierra, como mudos testigos de las horrorosas escenas que pocas horas antes habian tenido lugar en aquel sitio.

Las fachadas de todas las casas se encontraban agujereadas en forma virolenta: todos los cristales de los balcones y ventanas rotos.

Los puestos del pequeño mercado que circundan la renombrada plaza, arruinados y destruidos.

Todas las paredes, antes blancas y relucientes cual el alabastro, ahora ennegrecidas por el humo salitroso de la pólvora quemada.

Nada sin embargo era comparable al estado en que se hallaba el precioso edificio que constituye el llamado *Ayuntamiento*, la Casa del pueblo, donde principalmente se habia ensañado la cólera de las fuerzas militares, como punto mejor y mas fuertemente defendido por los voluntarios de la libertad.

La fachada conservaba su forma, pero habia perdido su aspecto. Cada espacio era la hendidura de una bala. De trecho en trecho,

pero á muy corta distancia, se notaban los rastros de la metralla en el destrozo de las paredes, cornizas, columnas y balaustradas. De estas, la que forma el gran balcon, se encontraba completamente destruida. El trasparente reloj que conserva el edificio en la cúpula, tambien habia padecido detrimento y por consiguiente, toda la losa, minuterio y horario completamente inutilizados. La puerta principal se hallaba agujereada por algun casco de metralla ó bala raza y aun por algunos hachazos que en el dia anterior habia recibido en el ataque dado por las huestes militares y que hemos descrito anteriormente.

Pero el estado de este edificio no impedia sin embargo que en su torre mas alta ondeara flamante y como orgullosa de su altura y del triunfo que simbolizaba la bandera republicana.

Igual bandera habia sido colocada en la muralla, frente al muelle, desde el momento en que los voluntarios de la libertad se habian posesionado de este punto importante, por la retirada de las fuerzas militares.

El mismo aspecto de la Casa Ayuntamiento presentaba la fachada del Hospital de San Juan de Dios.

Por mas que sobre sus azoteas habia sido colocada desde los primeros momentos de la lucha la bandera de *paz y caridad*, segun se acostumbra en casos de guerra, el edificio no ha-

bia sido respetado.

Pero si las fuerzas militares le habían lanzado sus proyectiles demoledores, sin respeto á la clase de moradores que en él se albergaban, los voluntarios de la libertad, en desagravio, se aprovechaban de los primeros momentos de suspensión de hostilidades, para estampar en la pared mas desembarazada de balcones y lumberras, una significativa inscripcion que decia: *Plaza de la República.*

Necesitamos un espácio con que no contamos, porque no queremos salirnos de los límites de una ligera reseña, para pintar con todos sus detalles y coloridos, edificio por edificio, casa por casa de los ametrallados y lastimados por consecuencia de estos sucesos.

Baste decir que todo, era escombros, cristales rotos, puertas sacadas de quicio y calles ensangrentadas.

Este era el aspecto que presentaba la famosa Cádiz, al suspenderse las hostilidades el dia ocho de Diciembre.

XVII.

Si al visitar la ciudad en aquellos momentos, llamaba nuestra atencion de una manera ostensible el deplorable estado que presentaban los edificios, aun mas nos conmovia al asomarnos á la plaza de San Juan de Dios y al visitar el muelle, la aglomeracion de gente que con una precipitacion, en nuestro concepto mal justificaba, acudia á aquellos sitios, buscando asiento en cualesquiera de los buques anclados en la bahia ó que se hallaban próximos á darse á la vela para los puertos y poblaciones inmediatas.

Este tropel de personas se componia en su totalidad de todas las clases, edades y séxos de nuestro vecindario.

A juzgar por aquellos síntomas de una emi-

gracion tan exagerada, Cádiz, despues de algunas horas, solo seria comparable á un desierto del Africa.

Y decimos que llamaba nuestra atencion, porque no podemos esplicarnos el móvil que impulsaba á aquella muchedumbre á abandonar la poblacion despues de haber cesado las escenas de horror, que todas las probabilidades hacian presentir que no se repetirian de nuevo.

Tal era el criterio de los hombres mas pensadores, y tal debia ser.

Hay cosas en la vida que no pueden repetirse y los acontecimientos de Cádiz se hallan en este caso.

Por eso no nos esplicamos esta emigracion.

Pero todos corrian á embarcarse, y entre tanto se hacian circular algunas absurdas especies que eran las que alarmaban al vecindario.

Decíase principalmente que el armisticio que se proyectaba era solo un ardid para dar tiempo á la llegada de gruesos refuerzos militares, para combinar un ataque simultáneo por mar y tierra que, despedazando la ciudad, diese definitivamente el triunfo á los sostenedores del bando del Sr. Peralta.

Y que algo habia de ello es innegable, por que es innegable que las hostilidades no se hubiesen suspendido á haber llegado esos refuerzos que mas tarde entraron en esta ciudad.

Pero de todo ello lo cierto es, que la poblacion empezó á quedarse desierta, lo cual era un nuevo conflicto para los voluntarios de la libertad, y un absurdo autorizado por estos, que, solo se esplica, si se tiene en cuenta la nobleza de un pueblo, que cuando se lanza al combate, solo se inspira en la generosidad de su corazon y su entusiasmo por la causa que defiende.

Entretanto que la poblacion amenguaba en su vecindario, el *Sr. Salvochea* con otros individuos de la Milicia y del comité republicano, á invitacion de los Sres. Cónsules, conferenciaban con el *Sr. Laserna*, Comandante general de la Provincia, y otros gefes militares.

Tambien en el *Casino* de la Plaza de San Antonio se reunian gran número de vecinos, invitados al efecto por algunos Sres. Sócios, discutiéndose y acordándose el nombramiento de una comision, que, pasando á conferenciar con los gefes de ambas partes beligerantes, pudiese la terminacion de los sucesos, cooperando para que las bases de este término fuesen tan conciliatorias como honrosas para todos.

No cesaban empero los preparativos de guerra.

Durante el día se fortificaban mas las barricadas y se construian otras nuevas por los voluntarios y el pueblo; el ejército se atrincheraba y preparaba con mas seguridades en sus puestos y todo demostraba que en el caso de un nuevo

combate, este seria mas sanguinario y terrible que el anterior.

Entretanto que los acontecimientos de este dia seguian su curso, veamos los partes que el mismo dia las autoridades hacian llegar al Gobierno, en su incesante afan (así lo parece), de extraviar la opinion y que el país acusara á los gaditanos indevidamente.

«Sevilla, 8 de Diciembre, á las cuatro y quince minutos de la mañana.

«El Gobernador Civil al Ministro de la Gobernacion.—El Alcalde de San Fernando, en telégrama de la una y cuatro minutos, me dice: Nada nuevo ocurre desde mi último parte. Cádiz, á lo que se vé y oye, parece estar tranquilo. Gonzalez de la Vega está encargado del Gobierno Civil. Avisaré cuando se restablezca la línea. Por mi parte añado, que Sevilla continúa tranquila, merced á los esfuerzos y patriótica cooperacion de todos los partidos, incluso el republicano.»

En el anterior parte nada encontramos de notable.

Lo único que llama nuestra atencion es la noticia de que el Sr. Gonzalez de la Vega se hallaba encargado del mando de la Provincia: parecia como que con esto se trataba de tranquilizar al Gobierno.

¡La Provincia de Cádiz mandada por Gonzalez de la Vega, se habia salvado!

«San Fernando 8, á las dos y treinta minutos de la tarde.

«El Alcalde al Ministro de la Gobernacion.— Se cree que el movimiento sea reaccionario con el nombre y elemento republicano, á juzgar por el dinero que corre.»

¡No puede darse mayor descaro!

El Alcalde de San Fernando, con cuya amistad por cierto nos honramos, suponía que el movimiento de Cádiz era reaccionario, que el oro se derramaba á manos llenas; y esto lo aseguraba á las dos y treinta minutos de la tarde del día ocho, en cuyo día, desde las primeras horas, no había obstáculo para penetrar en Cádiz é informarse de la verdad de lo ocurrido, verdad que se hallaba palpable para todos y que estaba muy lejos de enlazarse con la reaccion, á quien los aduladores del monarquismo echan ahora la culpa de todos sus desaciertos.

El Alcalde de San Fernando, que es una persona muy sensata, debía haber meditado mas sus palabras para no esponerse á nuestra severa cuanto sensible censura.

Nosotros á fuer de imparciales, no podemos por menos de decirle que con el parte anterior engañaba, aunque no aseguraremos que maliciosamente, al Gobierno y al país.

«Puerto 8, á las cuatro y diez minutos de la tarde.

«El primer jefe del segundo batallon del pri-

mero de línea al Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra.—Se compone la vía. El Gobernador acaba de marchar con el coronel Pavía al Trocadero. Se transita libremente por el muelle y Puerta del Mar: los insurrectos circunscriptos en las posiciones del Ayuntamiento y casas contiguas, con barricadas en la plaza. Incendio en la casilla de carabineros del muelle. Se opina que el parlamento será para intimar la rendición á los sublevados. Estos parece recurrieron ayer á soltar los presos. Continúa en estos contornos la tranquilidad.»

Equivocada era también la versión de esta parte, como puede verse por el relato de nuestra obra, pero mas equivocada, maliciosa y ofensiva para los gaditanos era la *última hora* publicada en *La Iberia*, periódico ministerial.

Decía así:

«La insurrección está agotando sus últimos recursos, y apela á toda clase de medidas.

«Habían pedido un armisticio los insurrectos, (1) por lo cual en todo el día de ayer no hubo fuego. La población estaba muy amedrantada ante el hecho criminoso de haber dado libertad á todos los presos de la cárcel y los con-

(1) El armisticio no había sido pedido por los llamados insurrectos. La bandera de parlamento apareció como dejamos dicho en el edificio de la Aduana que ocupaban las tropas.

7 finados en aquel presidio. (1) Figuran tambien entre los sublevados una parte de los que formaban la guardia rural, (2) que se habia disuelto.

«Se presume con mucho fundamento, así por los antecedentes de algunos sublevados, como por el mucho dinero que allí circula, que todo es obra de la reaccion, valiéndose del elemento llamado republicano (3).

Segun las últimas noticias, está al frente de la sublevacion un sastre llamado Junco, (4) y los amotinados continúan circunscriptos al Ayuntamiento y casas contiguas que forman la plaza á que dá entrada la puerta del Mar, y que constituyen una posicion de difícil acceso, dada la topografia de Cádiz. Cuanto mas pensamos en lo que ha sucedido, nuestra indignacion es mayor. Dicese que principió la lucha haciéndose una descarga por la espalda, (5) sin que precediera aviso alguno, y de la cual resultaron bas-

(1) Es inesacto: los confinados, justo es decirlo, no dieron con sus actos motivo alguno para amedrentar al vecindario.

(2) Ni uno solo.

(3) Ya hemos consignado anteriormente que la reaccion no figuraba para nada en los sucesos de esta ciudad. Los gaditanos peleaban en defensa de la libertad que habian visto arrebatarle en el bando del Sr. Peralta.

(4) El Sr. Junco desde los primeros momentos se hallaba detenido por la fuerza militar.

(5) Esta suposicion es tan calumniosa que indignará, de seguro, á cuantos la leyeren. El pueblo español ni es cobarde, ni traidor.

tantes muertos y heridos.

«Casi de la propia manera fué herido el general Peralta, que paseaba las calles con algunos ginetes antes de que se rompieran las hostilidades. (1)

«No alcanzan á mas las noticias que hemos podido recoger, y la hora es avanzadísima: son las tres de la noche.»

La verdad de lo acontecido es cuanto vamos consignando, y como la verdad es una sola, quizás antes de dar á luz estas líneas, ya se hallará justificada por hechos tan palpables que no quede género de duda.

Toda aquella mañana fué invertida en las conferencias que dejamos indicadas, que tuvieron feliz término á las seis y media de la tarde, dando por resultado un armisticio de cuarenta y ocho horas, contado desde aquella, para darse lugar entretanto á un arreglo honroso que diese por terminados los acontecimientos.

Las precauciones continuaron por aquella noche: muchos curiosos transitaban por las calles visitando las barricadas y ningun accidente desagradable vino á turbar en todo aquel día la calma, que, siquiera fuese aparente, había venido á pacificar al vecindario.

(1) También es inesacto. Peralta no paseaba las calles cuando fué herido. Las tropas no pudieron pasear las calles un solo momento.

XVIII.

Nosotros tambien hacíamos nuestras investigaciones, tomábamos nuestros apuntes y pudimos notar que el dia ocho, el número de barricadas era mayor: que se habían colocado en algunas, nuevas piezas de artilleria, y queriendo dar una idea exacta del aspecto de la ciudad, en su actitud guerrera, vamos á proceder á la relacion de todo ello.

Número de barricadas y calles en que se encontraban.

7 Calle de Santo Domingo.

4 « Botica.

1 « Mirador.

2 « Público.

- 1 Calle de la Higuera.
- 4 « Sopranis.
- 5 « San Marcos.
- 5 « Merced.
- 2 « Calle de San Juan de Dios.
- 3 « Plaza de id. id. (Una del ejército, destruida.)
- 3 « Espaldas del Ayuntamiento.
- 2 « Calle del Sagrario.
- 1 « Salazar.
- 2 « Flamencos.
- 1 « Alonso el Sábio.
- 8 « San Francisco y laterales.
- 1 « Flores.
- 1 « Cristóbal Colon.
- 5 « Rosario y plaza de San Agustín.
- 4 « Marina.
- 1 « Puerto.
- 1 « Norte.
- 1 « Gamonales.
- 1 « Ahumada.
- 1 « Isabel la Católica.
- 1 « Calvario.
- 2 « Linares.
- 1 « San Juan.
- 1 « Escuelas.
- 3 « Puerto Chico.
- 2 « Garaicoechea.
- 3 « Compañía.
- 2 « Empedrador.

- 1 Calle de la Cruz.
- 3 « Pasquin, con foso.
- 2 « San Vicente.
- 2 « Capuchinos, con foso.
- 7 « Amargura.
- 2 « Cármen.
- 1 « Bulas.
- 1 « Herrador.
- 2 « Ancha.
- 3 « Zanja.
- 6 « Rosa.
- 3 « San José.
- 2 « Puerto.
- 5 « Torre.
- 2 « Encarnacion.
- 2 « Virgili.
- 2 « Aire.
- 2 « Marzal.
- 2 « Bomba.
- 4 « Oleo.
- 1 « Cruz de la Verdad.
- 3 « Enrique de las Marinas.
- 3 « Molino.
- 2 « Bendicion de Dios.
- 3 « Veedor.
- 1 « Plata.
- 1 « Viudas.
- 5 « Zanja.
- 2 « Hospital.
- 3 « Consolacion.

- 1 Calle de San Rafael.
- 3 « Sacramento.
- 1 « Patrocinio.
- 2 « Trinidad.
- 1 « Belen.
- 2 « Santa Elena.
- 3 « Angel (Viña).
- 3 « Jesus, Maria y José.
- 3 « San Félix.
- 2 « San Francisco de Paula.
- 2 « Caridad.
- 2 « San Joaquin.

Forman un total de *ciento ochenta y cinco*; sin que hayamos anotado algunas poco importantes.

Piezas de artilleria y barricadas en que fueron colocadas.

- 4 « Plaza de San Juan de Dios, dos á derecha y dos á izquierda del Ayuntamiento, dando frente á la Puerta del Mar.
- 1 « Calle de Santo Domingo, dándolo á la muralla.
- 1 « Calle de Santa Maria, con frente al cuartel de Santa Elena.
- 1 « Calle del Sagrario, su frente al campo del Sur.
- 1 « Puerto Chico, frente al mismo campo y muralla.

- 1 Cuatro esquinas de las calles de la Bomba y Navas, dando frente al Parque de Artillería.

Todas de grueso calibre, montadas sobre cureñas de hierro y con cuantos accesorios marca el arma de Artillería para emprender una campaña.

XIX.

El armisticio pactado y al que se dió de plazo cuarenta y ocho horas contadas desde las seis de la tarde del día ocho, tenía por objeto dar lugar á las conferencias necesarias, con la detencion debida, para tratar de un arreglo conciliatorio entre las partes beligerantes, que pusiese término á aquella situacion anómala y desesperada.

Los voluntarios de la libertad veian en las tales conferencias el triunfo de sus aspiraciones, aspiraciones por cierto limitadas en lo que cabe para los que, tácitamente hasta ahora, eran dueños de la victoria, y estaban en el caso, no de aceptar, sino de imponer condiciones.

Mas reflexivos nosotros y menos apasiona-

dos, no mirábamos el asunto bajo las mismas fases. Sería desconfianza la que abrigábamos en aquellos momentos, pero los hechos vinieron mas tarde á convertir aquella desconfianza en realidad.

No era concebible que el ejército transigiese con el pueblo, y aquella tregua no tenia otro objeto por parte de la fuerza militar que dar tiempo á reponerse de su derrota y esperar la llegada de *Caballero de Rodas*, general que se ha hecho tristemente notable desde los acontecimientos de Cádiz, que ya se aproximaba á esta capital con un ejército de mas de diez mil hombres y un tren de batir con ocho piezas de artilleria.

Ni como habia de tener lugar una transaccion.

El Gobierno provisional que, por su parte, ó ignoraba, ó pretestaba ignorar el verdadero origen de lo acaecido, que tenia los acontecimientos de Cádiz por una colision armada contra el principio de autoridad y hasta contra las instituciones liberales aceptadas por la revolucion, por mas que en su conciencia pensase de otro modo, no podia tolerar ningun arreglo que no fuese otro que la rendicion incondicional de los que él llamaba *sublevados* de Cádiz.

Pero los voluntarios, y con ellos su gefe Salvachea, que pensaban dentro de la verdad y de

la justicia alimentaban la efímera ilusion de que un convenio honroso dejaria en su lugar al pueblo de Cádiz, en cuyo nombre solo pedia volviesen las cosas al ser y estado en que se hallaban antes de la publicacion del bando del Sr. Peralta.

No era mucho exigir, dada la actitud favorable del pueblo respecto á la palpable derrota del ejército.

Las conferencias habian de tener efecto al siguiente dia nueve, dedicando la noche del ocho para el descanso de militares y voluntarios, que natural y preciso era ya que descansasen los que por espacio de tres dias no habian hecho otra cosa que batirse.

Entretanto, se habia dejado libertad para transitar por las calles, algunos establecimientos habian abiertos sus puertas y la poblacion empezaba á tomar un aspecto menos imponente que el que hasta aquí habia tenido.

Solo quedaron en las barricadas los retenes necesarios para su vigilancia, y aquella noche pasó sin incidente alguno digno de reseñar.

Ya el dia habia dado ocasion á los observadores para averiguar punto por punto todos los accidentes ocurridos durante los tres dias del fuego, y aunque los datos publicados y partes oficiales dejan mucha duda respecto á la verdad de las bajas ocurridas, tanto en el ejército como en las fuerzas populares, nosotros que vi-

sitamos los hospitales, y hasta el cementerio de Extramuros, podemos consignar sin temor de equivocarnos que pasaban de trescientas cincuenta las de la clase de tropa, y de ciento cincuenta las de los paisanos, calculándose en la tercera parte el número de muertos en uno y otro bando relativamente.

Hay quien supone que se hicieron enterramientos y hasta se sacrificaron á las llamas algunos cadáveres, que el ejército como incomunicado con el cementerio rural no pudo darles en él sepultura, pero esta especie que corrió muy autorizada, nosotros nos limitamos solamente á consignarla, sin comentario alguno.

El día nueve tuvieron efecto las conferencias anunciadas, que dieron por resultado el que ya nos anticipamos á enunciar al principio de este capítulo. Se reducían á dejar sin efecto el histórico bando, continuando la organización de la milicia ciudadana bajo las bases estipuladas en el decreto vigente, conviniéndose además, pero sin que esto fuera condicion del tratado, que la guarnición de la plaza, fuese relevada, con el plausible fin de amortiguar los ódios.

Las bases del arreglo, autorizadas con las firmas del Sr. Laserna, comandante general de la Provincia, por el Sr. Salvochea, jefe de los voluntarios de la libertad, algunos otros Sres. Jefes militares é individuos del Comité Republicano, y por último, por algunos Sres. Cónsules,

fueron remitidas inmediatamente á la aprobacion del Excmo. Sr. Capitan General del distrito.

Al mismo tiempo se acordó que una comision del vecindario de Cádiz pasase inmediatamente á la corte á conferenciar con el Gobierno, con el fin de que éste, informado con veracidad de todas las ocurrencias y su origen, cooperase con su benéfico poder á una solucion conciliadora y pacífica.

Para esta comision fueron nombrados los Sres. D. Eduardo Benot, individuo del Comité Republicano, y D. Pedro Rudolpch, cónsul de Oldemburgo, cuyos Sres. aceptaron tan delicado encargo y se dispusieron á desempeñarlo sin pérdida de momento.

Los directores de los periódicos tambien consultaron y se pusieron de acuerdo con la autoridad militar sobre si les seria lícita la publicacion de los suyos respectivos, prohibida en el bando de Peralta, y obteniendo una resolution satisfactoria, se aprestaron á continuar sus respectivas publicaciones, como en efecto tuvo lugar al dia siguiente.

El Sr. Laserna, al consentir en este acto, para nosotros de justicia, no hacia otra cosa que derogar en una de sus partes mas importantes el odioso bando de su antecesor.

El Sr. Peralta moral, tácitamente en todo, y espresa en la parte relativa á la prensa, habia sido vencido, derrotado.

Pero en tanto que la autoridad militar de Cádiz comprendía la razón del pueblo y lo consignaba así por medio de sus actos, otras autoridades, el Gobierno mismo y la prensa de Madrid y provincias, equivocada y fascinada en sus apreciaciones, seguía lanzando sus dardos contra el heroico pueblo, siempre sostenedor de las libertades patrias, y esta vez á costa de su sangre y hasta de haber sido apostrofado como rebelde y hasta como traidor.

Ofrecen gran curiosidad las noticias equivocadas que publicaba la prensa de Madrid, y por eso vamos á consignar las del día nueve, en que se vé que, hasta algunos de los periódicos, mas tardes partidarios decididos de los voluntarios y el pueblo de Cádiz, estaban equivocados en sus apreciaciones. Hé aquí las de mayor interés:

«Hemos sabido que la insurrección empezó á los gritos de viva la república, y ahora parece que se roba en Cárdenas, se rompen los alambres del telégrafo y las vías férreas, dando vivas á Isabel II.» — *Iberia*.

«Las cartas de Andalucía suponen que los insurrectos, aumentados con 700 presidiarios, ascienden á unos 2000 y pico de hombres. Nada se sabe con exactitud de la bandera que han levantado, pero se cree que además de Junco debe estar al frente de la rebelión algun militar inteligente, pues así se deduce de la

defensa.»—*Epoca*.

«¡Imponer á tiros una forma dada de gobierno cuando están espeditos todos los caminos para hacerla triunfar, si es la mejor, por medio de la opinion pública! Esto no se ha visto en ningun país del mundo. Semejante espectáculo no le dió la Grecia en sus épocas mas turbulentas, ni le dieron las repúblicas italianas de la Edad Media, ni le dieron los concejos republicanos de la Flandes, ni le ha dado ningun país democrático en el último ni en el presente siglo. ¡Oh, qué demencia! ¡Oh, qué ingratitud! ¡Oh, qué dias de gloria para la reaccion y qué dias de luto para la libertad! Somos republicanos: pero si habíais de proporcionarnos así vuestra república, nos saldríamos de ella mas apresuradamente que de un estado sometido á la tiranía de un Nabis, de un Olivero de Fermo, de un Rosas ó de un emperador Soulouque.»—*Pueblo*.

«Críticábase anoche que el Gobierno provisional hubiese accedido á las proposiciones de armisticio en Cádiz, y á la verdad que quienes esto sostienen, desconocen por completo las costumbres y las reglas del derecho público europeo.

«Sensible es, en efecto, que se deje descansar cuarenta y ocho horas á unos insurrectos que no merecen consideracion alguna; pero no es posible otra cosa si se ha de guardar para

con las naciones extranjeras las deferencias y justicia que en caso análogo hubiéramos demandado para nosotros. Hoy por hoy, es necesario para batir á los insurrectos, caso de que estos no cesen en su demanda, como anoche se indicaba, ejecutar operaciones en grande escala, y estas podrian producir en súbditos extranjeros ó en sus intereses, perjuicios que no es equitativo se les cause, y por tanto los repetimos, ha sido medida cuerda y plenamente justificada la concesion de un armisticio, que no supone ni debilidad ni falta de medios para hacer triunfar la causa de la libertad, que hoy es la del Gobierno provisional.»—*Reforma*.

«Allí se sospecha y aun casi se tiene por cosa cierta que manda uno de los generales de aquella desatentada ex-reina que llamó al país á la guerra civil antes que humillarse ante la sentencia providencial á que su pueblo la condenara. Aprovechándose de la ligereza de algunos republicanos, y habiendo distraido la guarnicion con motines provocados en la provincia, cuando ésta habia quedado reducida á muy escaso número de hombres, la lanzó á la insurreccion, teniendo por auxiliares á un ex-jefe de la guardia rural, pariente del duque de Valencia.»—*Nacion*.

«Al frente de ésta se halla un tal Junco, sastre de profesion, ayer progresista, hoy republicano, que ha dado la voz de viva la repú-

blica y héchose proclamar presidente de ella. En una proclama que circula en Cádiz se dice que Pierrad, Orense y Castelar son unos pobres hombres, transigentes, débiles é incapaces de ponerse al frente de la *república-federal-ibérica* y que por eso se ha aclamado para la presidencia al ciudadano Junco.» — *Política*.

«No es ya un secreto para nadie que los revoltosos de Andalucía han sido pagados por uno de los principales banqueros de Bayona, á favor del cual las gentes del pabellon Rohan habian librado gruesas sumas. Tampoco se ignora que militares afectos á la situacion caida, apoyándose en el elemento republicano, han preparado el movimiento de los perturbadores, organizándolos y distribuyéndolos en diversos puntos, con instrucciones detalladas y precisas.» — *Diario Español*.

«Los elementos Borbónicos que existian en Cádiz y que el Gobierno ha dejado intactos, algunas fuerzas procedentes del ejército de Novales y otras destinadas á Ultramar envueltas en la conspiracion Isabelina, creyeron favorable esta circunstancia y se lanzaron á la pelea tratando de arrastrar al partido republicano, gritando en los primeros momentos *viva la república*. El partido republicano, sin embargo, sorprendido por tan inesperado suceso y comprendiendo el lazo que se le tendia, lo ha evitado permaneciendo tranquilo, aparte de la

natural alarma que hechos de este género producen siempre. Los Isabelinos, al ver frustrado sus planes, se han decidido á arrojar la máscara y á enarbolar su propia bandera.» — *Discusion.*

«Hoy podemos dar mas detalles acerca de los acontecimientos de Cádiz y el Puerto:

«Parece ser que hace ya muchos dias se notaban en Cádiz y en Sevilla algunos personajes poco ó nada conocidos, pero que manejaban dinero: notábase tambien mucha moneda francesa y que los expresados forasteros se mezclaban entre los trabajadores, y al par que les hablaban de república federal, les hacian algunas esplicaciones eminentemente socialistas: no se habia hecho caso de esto, pero al saberse lo ocurrido en Cádiz y en el Puerto, cuando el partido republicano en masa y sus hombres importantes, así de Madrid como de las provincias, se han esforzado por predicar y sostener el orden convencidos de que sin él no hay libertad posible, se ha comprendido que el movimiento no es republicano, sino reaccionario de Carlos ó de Isabel.

«Corroboran este aserto, segun nos dicen por una parte, el que los que conozcan al pueblo de Cádiz, muy liberal, sí, pero tambien muy ilustrado y sensato, no promoveria hoy dificultades al Gobierno que habian de convertirse en daño del partido avanzado; por otra, que el es-

caso número de personas que en Cádiz tomarían las armas y la falta de direccion que por punto general se notan siempre en los movimientos populares, no puede acordarse con la tenaz defensa que viene haciéndose en Cádiz; añade, en fin, que pronto se sabrá quien es la persona que dirige el movimiento, así como su bandera, que no es republicana, por mas que se hayan dado algunos gritos á la república.

«Por esto los republicanos de Sevilla y los de toda España se aprestan á auxiliar al Gobierno y á las autoridades para que sofoquen el movimiento retrógrado, que se ha iniciado por gentes que ni son gaditanos ni merecen el nombre de españoles.»—*Imparcial*.

Como la verdad de lo ocurrido es cuanto llevamos consignado en esta reseña, escusamos toda clase de comentarios respecto á las anteriores versiones.

XX.

El día diez todo continuaba en el mismo estado.

A las seis de la tarde debía terminar el armisticio, pero no habiéndose aun recibido de la Capitanía general la aprobacion á las bases del arreglo, la tregua fué prorogada por veinte y cuatro horas, de acuerdo en ello las partes beligerantes.

Y sin embargo, aunque en Cádiz se abrigan lisongeras esperanzas, favorables para la causa defendida en las barricadas, el general Caballero de Rodas, en cuyas manos habia depositado el Gobierno provisional los destinos de todos los pueblos de Andalucía: el Sr. Caballero de Rodas, dueño de vidas y haciendas de los

verdaderos hombres libres de Cádiz, había fulminado su terrible fallo. Así lo significa el siguiente telégrama que dirigia desde Jerez, donde ya se encontraba, al Gobierno supremo de la Nación:

«Jerez 10, á las tres y cuarenta y tres minutos de la tarde.

«El general en jefe al presidente del Consejo de Ministros.—Las proposiciones de los insurrectos de Cádiz, son de tal naturaleza que no puede ni discutirse sobre ellas. No son los cónsules los que han tomado la iniciativa, sino que se limitaron á trasmitir los deseos manifestados por un grupo de ciudadanos para evitar la efusion de sangre.»

En Cádiz no obstante continuaba el espíritu belicoso. No habia decaído el ánimo del pueblo armado que estaba dispuesto á luchar de nuevo, aunque fuera para sucumbir.

Así lo demuestran las proclamas insertas en el periódico *La República Federal*, órgano el mas autorizado entonces del partido republicano: proclamas que en la tarde del dia diez aparecieron fijadas con profusion en todas las esquinas.

Decian así:

«Republicanos de España, republicanos de Europa, republicanos del mundo entero, derramad una lágrima sobre la tumba de un centenar de nuestros hermanos, de un centenar

de mártires de la idea republicana, que la ferocidad del sable, digno agente de la tiranía, acaba de inmolar en estas tierras de Cádiz, que siempre fueron la cuna de las libertades españolas.

«Os pedimos una lágrima para ellos; pero tambien os la pedimos para otro doble número de víctimas inocentes, soldados, mujeres y niños inmolados en aras de la tiranía de algunos miserables que no tienen de hombres mas que la figura. Bajo una forma humana suele algunas veces ocultarse un corazon de tigre, y esas fieras deshonran á la humanidad con sus actos.

«Odiemos siempre á los infames, que no vacilan en asesinar vil y cobardemente á sus semejantes con este ó el otro pretesto, pero siempre en aras de su ambicion.

«Perdonemos á esos desgraciados ignorantes, míseros esclavos, que hacen el oficio de puñal, que la traidora mano de un ambicioso, de un Cain, clava en el corazon de sus hermanos.

«No caiga nunca la responsabilidad de sucesos tan tristes como los que lamentamos, sobre esos hombres que la bárbara ordenanza militar convierte en máquinas, dispuestas siempre al exterminio, cuando son impulsadas por esos maquinistas que el buen instinto del pueblo rechaza y que se llaman generales.

«Republicanos, perdonemos á los que arran-

cados por la fuerza del seno de sus familias, convierte la pestilencia del cuartel y el despotismo militar en verdugos de sus mismas familias, perdonémoslos, porque el embrutecimiento que produce la disciplina les impide comprender lo que hacen.

«Perdonémoslo todo, nada de venganza, porque la venganza deshonra al que se venga, pero pidamos justicia; sí, justicia para esa sangre que aun vemos humear; justicia para esas removidas tumbas; justicia contra tamaña infamia, contra tan bárbaro proceder; justicia contra esos caníbales que así acuchillan á un pueblo, que así deshonran á la raza humana, y desdicen de la civilizacion de un pueblo como el nuestro.

«Republicanos de España, republicanos de Europa, republicanos del mundo entero, levantemos un altar en nuestro pecho á los hermanos que no vacilaron un momento en sacrificarse por la libertad del hombre, á los que han dado su sangre por no permitir que la tiranía ciña con las cadenas de la esclavitud al noble pueblo de España, á los que no consintieron que la bandera de la república, símbolo de la libertad y lábaro del progreso, fuera mancillada por los esbirros del despotismo.

«La sangre de nuestros hermanos no pide vengaza, pide solo justicia, y la justicia se hará.

«Hermanos, roguemos hoy por nuestros hermanos los mártires de nuestra santa causa, roguemos tambien por los inocentes soldados sacrificados; lloremos por todos, porque todos son hijos del pueblo.

La Redaccion.»

GLORIA A CADIZ.

GADITANOS:

«Sois dignos de ser libres!

«La lucha que habeis sostenido durante mas de sesenta horas, lo ha demostrado de una manera harto elocuente.

«Esa lucha ha cesado, por mediacion de los cónsules extranjeros; pero estais dispuestos á renovarla con el mismo ardor, si los hombres que han tenido la culpa de que se vierta sangre inocente, no acaban de comprender de que Cádiz está dispuesto A TODO antes de rendirse.

«Nosotros hemos predicado la fraternidad y la union entre el ejército y el pueblo: nosotros estamos encausados de órden del Sr. Gobernador militar por esta causa: el ejército no ha querido oir la voz de sus hermanos: pues bien; nosotros no seremos los responsables de lo que suceda!

«Gaditanos:

«Si el fuego vuelve á romperse, si las negociaciones son inútiles, es necesario concluir la obra que con tanto heroismo habeis principiado.

«Es necesario morir antes que humillar nuestra bandera!

«Es necesario caer entre las llamas, como cayeron Sagunto y Numancia!

«Es necesario que la defensa de Cádiz figure al lado de las de Zaragoza y Gerona!

«Es necesario que la República Federal Española se funde sobre nuestros cadáveres!

«Nunca predicaremos el estermínio: nuestra mano temblaba cuando hacíamos fuego á los inocentes instrumentos de los verdugos, de los asesinos del pueblo: pero si esos verdugos quieren estermínio, sangre y fuego, es necesario darles gusto!

«Si es necesario que el pueblo de Cádiz muera entre las llamas, entre las llamas morirá gustoso!

SIES NECESARIO QUE CADIZ ARDA ARDERÁ

«Ya lo saben los delegados del Gobierno provisional.

«Ciudadanos:

«En último caso, si las hostilidades vuelven á romperse, cuando ya no haya otro recurso, que nuestras familias se refugien á las iglesias, y si es necesario caer caigamos con honra.

«Caigamos como siempre han caído los pueblos que prefieren la muerte ó la esclavitud.

«De los escombros de Cádiz, surgirá ¡no lo dudeis! La República Federal Española.

«A esos soldados que han estado batiéndose contra sus hermanos y que son los instrumentos de que se valen los que quieren conquistar grados y honores con su sangre, solo nos resta decirles que, sus hermanos los recibirán con los brazos abiertos: que á nuestro lado encontrarán la licencia absoluta los que las quieran, y un puesto de honor en el ejército voluntario los que prefieran seguir en el ejercicio militar.

«A sus oficiales, que si luchan por el honor, que solo hay honor donde hay justicia, y la justicia está donde tremola la bandera de un pueblo que quiere ser libre.

«Obreros de Cádiz:

«Os dirige su voz un obrero que ha estado con vosotros en las horas de peligro: que ha admirado de cerca vuestro valor en la lucha y vuestra generosidad con los vencidos: por lo que mas ameis en el mundo, por esos hermanos nuestros que yacen en los hospitales, por la sangre inocente que hemos derramado nos atrevemos á dirigiros una súplica.

«Habeis vencido, habeis demostrado al mundo de lo que es capaz el pueblo de Cádiz: habeis merecido bien de la patria!

«Que ni el mas leve desórden empañe el brillo de vuestra victoria!

«Continuad firmes en vuestros puestos dando ejemplo de valor y de honradez.

«La poblacion entera, la tranquilidad de las

familias, la propiedad que tanto respetamos, hasta la vida de muchos de nuestros enemigos, debeis seguir defendiendo con el mismo heroísmo que habeis defendido vuestra gloriosa bandera.

«Grandes habeis sido en la lucha: sed mas grandes aún despues de la victoria!

«Voluntarios, obreros, trabajadores todos, hermanos nuestros:

«De vuestra actitud depende el triunfo definitivo.

«De vuestra actitud depende el que la matanza cese!

«Honradez y juicio.

«Nada de embriaguez!

«Nada de venganzas indignas de los nobles hijos de Cádiz!

«Arma al brazo y aguardemos sin provocar pero sin temer á nadie!

«La República es la virtud, es la honradez, es la dignidad del pueblo.

«No profaneis su sacrosanto nombre!

«Voluntarios, obreros, trabajadores, todos:

«Viva la República Federal Española!

«Viva el noble pueblo de Cádiz!

«Viva la fraternidad del ejército y del pueblo!

«Basta de sangre inocente!

La Redaccion.»

Entretanto y como aseveracion de que el armisticio pactado no era mas que un ardid

por parte del ejército para ganar tiempo y reponerse, véanse los partes publicados por la *Correspondencia* del mismo día diez.

«Puerto de Santa Maria, 10.

«El brigadier Pazos ha salido sobre Cádiz con fuerza del ejército.

«Jerez, 10.

El General en jefe del ejército de Andalucía Sr. Caballero de Rodas, ha llegado esta tarde á las tres é inmediatamente marchará sobre Cádiz al frente de algunos batallones.

«Cartajena, 10.

«Esta mañana han salido de este puerto con direccion á las aguas de Cádiz las fragatas *Villa de Madrid* y *Zaragoza*, al mando del brigadier Sr. Antequera.»

La misma *Correspondencia* de dicho día, también insertaba la siguiente noticia:

«Cartas recibidas hoy de Cádiz por el correo que salió de la plaza el 9 por la mañana, embarcado en una lancha por el muelle inmediato á la Aduana, confirman las noticias que han podido ver nuestros lectores en otro lugar, diciendo que entre los tumultuarios de Cádiz se encuentran unos cuatrocientos catalenes de conocidas ideas carlistas.

«Las banderas levantadas en dicha ciudad son la de la República Federal, la de Carlos VII y la de Isabel II, á cuyas aclamaciones se batian aquellos, asociados á los presidiarios de

aquel establecimiento penal.»

Y la prensa madrileña de este día continuaba en sus equívocos conceptos, siempre inclinandose á desacreditar el objeto de los acontecimientos é inclinar la opinion del país en contra de la justicia que á los hijos de Cádiz asistia.

XXI.

En tal estado las cosas, y en la esperanza de un lisonjero desenlace, llegó el día once de Diciembre.

Si hemos de ser verídicos en el relato de nuestra historia, forzoso es confesar que ya en este día el espíritu de los voluntarios de la libertad no era tan animoso.

Y esto era natural.

Obraba en ellos á esta fecha la convicción de que el armisticio, acordado primero por cuarenta y ocho horas y despues prorogado por veinte y cuatro mas, era un ardid para dar lugar á la llegada de las tropas á cuyo frente se hallaba el general Caballero de Rodas.

Ya en este día se encontraba cerca de los

muros de Cádiz: decíase también que el Sr. Salvochea ó algunas personas de importancia habian conferenciado con dicho general, y que de estas conferencias se deducia que no se hallaba dispuesto á transigir en nada con el pueblo.

Esto era también lógico.

En los primeros momentos del armisticio el pueblo se encontraba vencedor y entónces el ejército, impotente para entablar de nuevo el combate, hubiera transigido en cualesquiera terminos.

Ahora potente por los numerosos refuerzos que habia podido recibir, merced á la buena fé de los gefes del pueblo, encontraba la ocasion de humillar, siquiera fuese por la poderosa razon de la fuerza, al que tres dias antes y por espacio de dichos tres dias habia sido su vencedor.

Se habia fijado en muchos puntos guarnecidos por los voluntarios la siguiente alocucion:

«GADITANOS: Los quequieran llevarsiempre con orgullo el nombre de tales, nombre que la reciente lucha ha puesto á tanta altura, que no permitan á sus corazones otro sentimiento que el del amor patrio.

«Rendid unas armas que vais á depositar cubiertos de laureles en manos de un Gobierno que no puede desconocer ni vuestro valor ni vuestras virtudes, y que al reclamarlas obedece á la necesidad y á la conservacion de un prestigio, del cual sentiríais los primeros verlo

desposeído. Gaditanos: Amemos á Cádiz y salvémosle de mayor ruina.

GADITANOS: Sed cuerdos despues de ser valientes.»

Ya no era un secreto para nadie la llegada de las numerosas tropas y aunque, puede confesarse con orgullo, los gaditanos hubieran vuelto á batirse con la misma decision y bravura que anteriormente, el éxito hubiera sido una completa derrota.

Por otra parte, obraba en todos la reflexion y ninguno dejaba de comprender los grandes males que acarreaban á Cádiz con la prosecucion de una lucha que no habia sido secundada en ninguna parte y de la cual nada habia ya que esperar.

Así es que pasó el dia sin ningun accidente digno de mencion hasta que el doce apareció fijado en muchas esquinas la alocucion siguiente del General en gefe del ejército de Andalucia:

«GADITANOS: Una rebellion promovida y alentada por enemigos ocultos, ha ensangrentado ya las calles de vuestra hermosa ciudad. Sin eco en parte alguna de la Península, vengo á sofocarla con la fuerza que el Gobierno ha puesto á mi disposicion.

«Entregar las armas y salvar las vidas, que les garantizo en nombre del Gobierno provisional, cuya clemencia podrán impetrar en su dia, es el único medio que queda á los insur-

rectos de evitar que sean tratados con inflexible rigor.

«Hasta las doce del día de mañana 13 del corriente, doy el término para que puedan salir de la ciudad los ancianos, mugeres, niños y ciudadanos pacíficos.

«GADITANOS: No será mia la culpa ni de los medios de ataque que la imperiosa ley de la necesidad me obligue á emplear si sobrevienen para Cádiz dias de luto y de ruina. Lo sentirá en lo mas profundo de su corazon, pero cumplirá con su deber.

«El General en gefe del ejército de Andalucía, *Antonio Caballero de Rodas*.»

No era dudoso el partido que debia seguirse por los voluntarios de la libertad.

Impotentes ya para luchar contra un ejército numeroso por tierra y una escuadra por mar, puesto que además de los buques de guerra existentes en bahia, habian llegado en este dia las fragatas *Zaragoza* y *Villa de Madrid*, no les quedaba otro término honroso que depouer las armas, si no querian empañar mas tarde con una rendicion deshonrosa el reluciente laurel adquirido en las jornadas de los dias cinco, seis y siete, dias memorables, y que recordarán siempre con orgullo los gaditanos.

Obrando ya en mucho, como dejamos dicho, la reflexion y siendo la opinion general favorable á la entrega de armas, los voluntarios sin

resistencia alguna y con el orgullo del vencedor, pues vencedores eran, empezaron por decidirse á ejecutarlo así.

Muchos vecinos notables y pacíficos se lanzaron á las calles y recorriendo las barricadas, aconsejaban con sentidas palabras de admiración por el espíritu fuerte de los voluntarios y de elocuencia para llevar hasta ellos la convicción, que así procedieran, evitando á esta desventurada ciudad la indisputable ruina á que iban á condenar la plaza, sino unían este nuevo rasgo de abnegación y patriotismo á los muchos que tenían dados.

Este hecho, en efecto, que coronaba con la prudencia el heroísmo de los gaditanos, es tan elocuente, tan digno de un pueblo culto á la vez que valiente y liberal, que mereciendo los elogios de amigos y adversarios, coronaba de inmarcesible gloria la terrible hecatombe que el pueblo gaditano acababa de presenciar.

Hasta los enemigos de la libertad del pueblo lo aplaudían. Prueba palpable, la manera con que lo consignaba en sus columnas *El Comercio* periódico moderado recalcoitrante.

Decía así:

«La resistencia por parte de la milicia hubiera sido un acto de temeridad, sin mas resultado posible que cosumar la ruina de Cádiz.

«Tan unánime era la convicción de que una nueva lucha habría sido desastrosa para Cádiz

y desastrosa, sobre todo para los que la aceptasen; que los vecinos pacíficos, obedeciendo por instinto á un alto sentimiento de patriotismo y á los impulsos del interés de la propia conservación, salieron á las calles y se convirtieron espontáneamente en oradores del pueblo armado, para aconsejarle que no prolongase por mas tiempo una resistencia inútil y que, sometién-dose al poder de las circunstancias, ahorrarse á la parte del vecindario que no ha huido de la ciudad nuevas escenas de sangre y esterminio, nuevos dias de luto y consternacion.

«La opinion pública se pronunció enérgica-mente en este sentido: no se hablaba con una persona que no pidiese á voz en grito la paz, y la opinion se impuso al fin, apoderándose de todos los ánimos, penetrando en las filas de la milicia y generalizando entre los voluntarios el convencimiento de que era, no solo necesario, sino honroso y patriótico ceder.

«A las dos se reunieron en la casa capitular los gefes y oficiales de la milicia y convinieron tambien en la necesidad de deponer las armas renunciando á toda idea de resistencia.

«Es lo cierto que por la tarde no se veian mas que voluntarios con sus armas para hacer entrega de ellas, unos en la casa de algun cónsul extranjero, otros en la del capitán de la respectiva compañía, otros en el Ayuntamiento, etc., etc.

«Las barricadas quedaron de hecho abandonadas y las tropas hubieran podido penetrar ya en la población.»

Así era en efecto: todo había terminado.

Al día siguiente el general Caballero de Rodas, á la cabeza de un numeroso ejército entraba en Cádiz.

Nadie salió á recibirlo.

Ni un victor escuchó durante su permanencia en esta ciudad.

¡Qué elocuente es el silencio!

XXII.

La alocucion del general en gefe del ejército de Andalucia, era la contestacion que se daba del convenio celebrado por el Sr. Laserna, á nombre de las tropas y el Sr. Salvochea al del pueblo.

Y sin embargo de esta solucion, el pueblo habia sido el vencedor; el pueblo que nunca fué faccioso, que esta vez con la fuerte elocuencia de su brazo heróico habia defendido la libertad y los principios salvadores proclamados por la revolucion.

Pero Cádiz lloraba; Cádiz, la víctima de errores que hoy en vano se quieren legalizar por los hombres á quienes ha tocado el Gobierno de un pueblo libre, de un pueblo que en un mo-

mento, despertando de un letargo horroroso, ha sacudido el yugo de muchos años.

Amigos y enemigos harán justicia á Cádiz.

Amigos y enemigos no tendrán para los hijos de este precioso pueblo, hoy tan maltratado por la fortuna, mas que palabras de admiracion y de respeto.

Porque el pueblo que se lanza á las calles con las armas en la mano, cuando vé arrebatarse sus legítimos derechos y libertades, merece bien de la pátria.

Porque el pueblo que ensoberbecido en una lucha sangrienta por espácio de muchas horas, respeta á los indefensos, á la propiedad, aun á los mismos que reconoce como enemigos de sus aspiraciones, merece bien de la pátria.

Porque el pueblo que sabe batirse, aun á riesgo muy posible de ser vencido, maltratado y pisoteado y se bate con el heroismo que Cádiz en los tres dias memorables, merece bien de la pátria.

El país, que en los primeros momentos, interpretando mal los liberales sentimientos de los hijos de Cádiz, pudo dudar de su lealtad y de sus altas dotes patrióticas, ya les ha hecho justicia.

La historia les hará justicia tambien.

La historia lanzará un anatema sobre los verdaderos hombres culpables del conflicto de Cádiz, que para nosotros no son otros que aque-

llos que en mal hora hicieron entender al Sr. Peralta que los *voluntarios* de la siempre heroica cuna de la libertad, se desarmaban sin razon, con solo una *saliva*.

Estos hombres, que no pueden ser otros que los ambiciosos especuladores de la política, que por desgracia hay muchos en esta localidad, están ya anatematizados por la opinion pública.

Están ya conocidos.

Se les vé venir.

El pueblo de Cádiz está siempre preparado para resistirlos, para escupirles en la frente el baldon que ellos no vacilan en querer lanzar sobre el rostro de los gaditanos.

Baldon eterno para ellos.

Gloria siempre para Cádiz.

Gloria siempre para el querido suelo donde vió la primera luz, el autor de esta reseña.

Pocas palabras para concluir.

Han trascurrido mas de tres meses desde los acontecimientos de Cádiz.

El país conoce la verdad y hace justicia á los gaditanos.

El Gobierno, no ya provisional, sino poder ejecutivo, sigue negándole la justicia.

Las Córtes Constituyentes, elegidas por sufragio universal, ó al menos seguida la formu-

la del sufragio para la eleccion, se hallan reunidas.

La minoría republicana ha pedido se abra una informacion sobre dichos acontecimientos.

La mayoría de las Córtes se ha negado á ello.

Entretanto en Málaga han tenido lugar acontecimientos análogos, aun mas sanguinarios.

Pero en Málaga ha podido penetrar Caballero de Rodas, con su numeroso ejército, y el pueblo ~~ha sido acuchillado y vencido.~~

Caballero de Rodas y muchos gefes del ejército ametrallador de las dos heróicas ciudades han sido premiados por el Gobierno con grados y condecoraciones.

Fermin Salvochea, el gefe de los voluntarios de Cádiz, se halla preso en el Castillo de Santa Catalina.

La minoría republicana pide en las Córtes amnistia para los delitos políticos.

La mayoría, y con ella el Gobierno, la niega.

Pero entretanto el pueblo de Cádiz es convocado para elegir un municipio; y el municipio nombrado es republicano.

Entretanto Cádiz es convocado para elegir diputados para las Constituyentes; y Cádiz elije diputados republicanos.

Elije á *Salvochea*.

Nada hay mas elocuente que la voz del pueblo.

Por mas que la quieran ahogar, siempre sus
cos son soberanos, porque el pueblo es el solo
soberano de las naciones.

Y ¡hay quien todavia le niega sus derechos
con la hipócrita inventiva de su falta de civili-
zacion!

FIN.

18.000

DE CADIZ.

Raro

Encarnación - nueva

Melita pul con nervios

- H1

- Sxix

- AN

- CAD





